¡Un, dos, tres, ¡amor!.. digo, ¡ACCIÓN!



Yolanda Serra

UN, DOS, TRES, ¡AMOR!… DIGO ¡ACCIÓN!

Yolanda Serra

Capítulo 1

—¿Cómo habéis dicho?

Si el dinero pudiera comprar la paciencia, mi cuenta bancaria estaría en números rojos por primera vez en mi vida.

—Gabriela, por favor, no pongas esa cara de que te estamos enviando a galeras —dijo mi madre, Victoria, mientras se recolocaba un mechón de su melena impecable, que jamás se atrevería a despeinarse ni ante un huracán de fuerza cinco—. Es Borja de la Quadra. Su familia tiene viñedos en el Penedès, un apellido que abre puertas y una educación exquisita. Lo conoces, sois amigos. ¿No es perfecto?

Perfecto mi culo.

Estábamos en el gran salón de nuestro ático en Paseo de Gracia. Desde los enormes ventanales se alcanzaba a ver la silueta iluminada de la Casa Batlló, pero en ese momento, la maravilla modernista me importaba más bien poco. Yo estaba hundida en un sofá de diseño que costaba más que el coche de cualquier mortal, cruzada de brazos y con los ojos clavados en el techo artesonado.

—Mamá, Borja de la Quadra es mezquino y su personalidad da asco —repliqué, conteniendo las ganas de gritar—. Y además, tiene esa risa que parece el relincho de un caballo asmático. ¿De verdad pretendes que me siente a cenar con él, finja que me interesa su colección de relojes antiguos y encima me enamore de él por arte de magia?

—El amor es algo muy subjetivo, Gabriela.

—Esto tiene que ser una broma.

Y una de muy mal gusto, por cierto.

—Gabriela —intervino mi padre, el todopoderoso magnate Arturo Uría, bajando el periódico con esa parsimonia que solo los hombres que controlan el cincuenta por ciento del tráfico marítimo del puerto de Barcelona poseen—. No es una opción. Tienes

veintiséis años. Has gastado tres presupuestos anuales en proyectos artísticos que duran dos meses y es hora de que te asientes. La cena de compromiso está organizada para este sábado. Te pondrás el vestido que te ha traído tu madre de París, sonreirás y conocerás a tu futuro marido.

—¿Mi futuro qué? —Me puse en pie de un salto, el orgullo herido y los tacones resonando contra el suelo de parqué—. Estamos en el siglo veintiuno, papá. No podéis subastarme al mejor postor solo porque te gusta su apellido. ¡No me voy a casar con un tipo que tiene operada toda la cara!

—Cumplirás con tus obligaciones familiares, Gabriela, o empezaré a recortar los fondos de tus pequeños experimentos creativos —sentenció mi padre, sin levantar la voz, lo cual era mil veces más amenazante que un grito.

—¿Me estáis amenazando?

¡No podía creerme nada de esto!

—Si prefieres verlo de esa manera…

El aire en el salón se volvió denso, casi asfixiante. Mi madre me miró con una mezcla de lástima y firmeza, mientras mi padre volvía a refugiarse tras las páginas del diario. Sabía que insistir allí mismo era una batalla perdida. Necesitaba aire, necesitaba espacio y, sobre todo, necesitaba a mis aliadas antes de cometer una locura.

Cruzar la puerta del piso de mis padres fue como salir de una cámara hiperbárica. Bajé en el ascensor a toda velocidad, ignorando el saludo del conserje, y salí a la noche. El aire me golpeó la cara, cargado de la humedad del verano que ya se podía sentir en el ambiente. Caminé a zancadas, esquivando a los turistas que se hacían fotos frente a la Pedrera, y me metí directamente en el metro. Sí, en el metro. Cuando Gabriela Uría está al borde de un colapso nervioso, necesita integrarse con la plebe para recordar que el mundo aún es lo suficientemente físico para poder tocarlo (o sostenerse en él) y no sentirse atrapada al borde de un agujero negro expandiéndose en todas direcciones.

Veinte minutos después, entraba como un torbellino en la cafetería donde siempre me refugiaba tras una discusión, un rincón con paredes de piedra vista y luces tenues donde mis dos mejores amigas ya me esperaban con una botella de vino blanco sobre la mesa.

—Por esa cara que traes, o se ha muerto tu diseñador favorito o tus padres han vuelto a sacar el catálogo de terratenientes —soltó Carlota nada más verme caer sobre la silla.

Carlota es abogada penalista, siempre lleva recogido en una coleta alta su cabello rubio oscuro que desde hace dos años lleva recortado por encima de los hombros (y llevo esos dos años preguntándome cómo consigue hacerse esa coleta en la coronilla sin que quede suelto un solo mechón de cabello) y tiene una mente tan afilada que podría rebanar un diamante. A su lado, Marina, que se gana la vida restaurando muebles antiguos en un taller del Poblenou y lleva el pelo teñido de un rosa pastel de lo más rebelde, me empujó una copa llena de Priorat blanco. Sus ojos castaños me miraban con una mezcla de resignación y lástima.

—Bebe, Gabi. Y luego escupe el veneno —dijo Marina con dulzura.

Le di un trago largo, sintiendo cómo el alcohol me templaba el estómago.

—Quieren casarme —solté, furiosa—. Este sábado. Cena oficial de compromiso con Borja de la Quadra.

Carlota estuvo a punto de atragantarse con su propio vino.

—¿Qué? ¿Quién has dicho?

—¿Te refieres a Borja… a ese Borja?

Puse los ojos en blanco.

—Sí, el del caballo asmático. Mi padre ha amenazado con cerrarme el grifo y confiscar el piso si no paso por el aro.

Carlota esta vez casi se atraganta con una aceituna.

—¿Borja? Pero si ese hombre tiene menos sangre en las venas que una estatua de la Rambla. ¿Qué vas a hacer? No planearás aceptar el compromiso, ¿verdad?

Carlota parecía horrorizada y yo sacudí lentamente la cabeza.

—No puedo permitir que me corten los fondos ahora que voy a lanzar la línea de joyería —gemí, apoyando los codos en la mesa y hundiéndome el rostro entre las manos—. Pero tampoco pienso dejar que ese estirado me toque un solo pelo. Imagínate nuestra noche de bodas. Sería como intimar con un mueble de Ikea mal montado.

Marina soltó una carcajada que hizo que varios clientes se giraran a mirarnos.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo, inclinando la cabeza para sonar confidencial aunque medio local seguía mirándonos.

—¿Y qué quieres que haga? —gemí—. Lo que llevo haciendo los dos últimos años.

—¿Llorar? —sugirió Carlota metiéndose otra aceituna en la boca.

Le lancé una agria mirada.

Bueno, vale, llorar había llorado mucho para camelarme a mi madre y eso me había hecho ganarme varios meses sin que intentaran encontrarme un nuevo pretendiente.

—Fingir que no tiene nada que ver conmigo —repliqué enseñándole los dientes a mi amiga.

—Esta última vez solo has ganado una semana de tiempo.

—Seis días —nos recordó Marina y las dos la miramos—. ¿Qué? Fue hace seis días que Gabriela nos llamó para quedar desesperadamente.

—Como sea.

—Ya no te va a servir esa solución —señaló Carlota desviando la mirada de Marina—. He oído hablar a mis padres y al parecer

quieren consolidar algún tipo de acuerdo con los de la Quadra.

—¿Qué?

Carlota se encogió de hombros.

—Estás soltera, Gabi. Dudo que tus padres se casaran realmente por amor y también ven tu matrimonio como un posible intercambio o una posibilidad de beneficio.

—Ahora resulta que soy una maldita mercancía.

—No les des la oportunidad de seguir pensando así.

—¿Y qué quieres que haga?

—Explícales que no vas a entrar en sus planes, que ya tienes otros.

—¡Qué fácil suena cuando tú lo dices! —protesté, llevándome la copa de vino a los labios y bebiendo un trago largo—, ¿y cómo se supone que haga eso que dices?

—Bueno, la solución es fácil. Preséntate con un novio alternativo. Alguien tan escandalosamente guapo, carismático y... bueno, impresentable para los estándares de tu padre, que Borja huya despavorido y tus padres tengan que suspender la puja.

—¿Y de dónde saco yo un novio en menos de cuarenta y ocho horas, Marina? —le reproché—. Mis círculos sociales están llenos de clones de Borja. Si meto a cualquiera de mis ex en esa cena, mi padre le ofrece un puesto en el consejo de administración y terminamos firmando capitulaciones matrimoniales antes de los postres.

Carlota enarcó una ceja, sus ojos brillando con esa chispa peligrosa que utiliza cuando encuentra un vacío legal. Siempre he dicho que ella da más miedo en un juicio que en una discoteca… y eso que es bastante aterradora en una sala de fiestas. Tamborileó las uñas perfectas contra el cristal de su copa.

—No necesitas un novio real, Gabi. Necesitas a un profesional. Alguien que sepa mentir, que aguante la mirada de tu

padre sin pestañear y que, si es necesario, te bese como si le fuera la vida en ello para que la farsa sea indiscutible.

—¿Un profesional? —La miré, parpadeando—. ¿Estás sugiriendo que contrate a un gigoló? Carlota, por favor. Se notaría a leguas que es todo falso.

—No, tonta, habla de un actor —intervino Marina, captando la idea de inmediato y dando un golpe de entusiasmo a la mesa—. Mi primo trabaja en producción de televisión y siempre habla de una agencia en el centro, TalentBCN. Tienen listados de actores desesperados por pagar el alquiler, modelos que buscan una oportunidad... Tipos con físicos de infarto y técnicas de improvisación brutales. Contratas a uno, le pagas una buena tarifa, le das un guión y se convierte en el amor de tu vida hasta que tus padres se rindan.

—El amor de mi vida, ¿eh?

Me quedé flotando en la idea. El zumbido de las conversaciones del local y el tintineo de los vasos parecieron desvanecerse. Un actor. Un hombre a sueldo que hiciera exactamente lo que yo le pidiera, que fingiera devoción absoluta y que destrozara los planes de mi padre con una sonrisa de portada de revista.

Miré a mis amigas. La propuesta era una locura absoluta, un billete directo al desastre. Y precisamente por eso, me pareció la mejor idea que había escuchado en todo el año.

—Buscad el teléfono de esa agencia —dije, sintiendo una sonrisa perversa dibujarse en mis labios—. Mañana por la mañana voy a ir a comprarme un novio.

Capitulo 2

La sede de TalentBCN estaba escondida en uno de esos principales señoriales del Ensanche, con techos altos y molduras de yeso combinadas con un diseño industrial terriblemente moderno. Había paredes de cristal, sofás de cuero y carteles de películas independientes colgados por todas partes.

Caminé hacia la recepción pisando fuerte con mis tacones de aguja de doce centímetros, sintiéndome como una emperatriz romana a punto de comprar un gladiador. Llevaba unas gafas de sol de Chanel descomunales que no pensaba quitarme; el misterio siempre cotiza al alza.

Y la vergüenza también.

—Hola, buenos días. Tengo una cita con la directora de casting —le dije a la chica de la entrada, una veinteañera con demasiados pendientes en la oreja y un corte de pelo asimétrico.

—Sí, un segundo. Está terminando una reunión —respondió sin mirarme, tecleando a la velocidad de la luz.

Me di la vuelta dispuesta a esperar de pie, porque sentarse arruga los vestidos de lino, y fue justo en ese instante cuando el universo decidió demostrarme que tiene un sentido del humor bastante retorcido.

Un tipo salió disparado de uno de los pasillos laterales. Iba leyendo unos folios, completamente concentrado, y no me vio. Yo tampoco frené. El impacto fue inevitable. Su hombro chocó contra el mío con la fuerza suficiente para hacerme perder el equilibrio. Solté un grito ahogado mientras mis gafas salían volando y yo me precipitaba de espaldas hacia el suelo.

Esperé el golpe seco contra el parqué, pero nunca llegó. Una mano grande, cálida y de dedos largos me agarró firmemente por la cintura, deteniendo mi caída a escasos centímetros del suelo. El tirón fue tan brusco que me estampó directamente contra su pecho.

—Vaya, lo siento. Menudo aterrizaje —dijo una voz profunda, con una nota divertida y un acento catalán de lo más magnético.

Parpadeé, tratando de recuperar el aliento. Lo primero que vi fue una camiseta blanca de algodón que se ajustaba a unos pectorales que parecían esculpidos en mármol. Subí la mirada por un cuello fuerte, una barbilla cuadrada y unos labios carnosos curvados en una sonrisa medio burlona. Pero lo peor fueron los ojos. Unos ojos verdes, intensos y descarados, que me miraban fijamente, cargados de una diversión absoluta.

—¿Estás bien, reina? ¿No te has roto nada? —preguntó, sin soltarme la cintura. Su cercanía desprendía un olor a menta que me nubló el juicio durante unos segundos.

—¿Reina? —Reaccioné de golpe, apartándolo de un empujón y recolocándome la chaqueta como si me acabara de atacar un orangután—. Primero, no me llames así. Segundo, fíjate por dónde caminas. Casi me destrozas los zapatos.

El tipo soltó una carcajada, cruzándose de brazos. Su postura relajada solo servía para marcar aún más sus hombros anchos. Vestía unos vaqueros desgastados y unas zapatillas blancas, pero se movía con la confianza de un rey.

—Mis disculpas, alteza —dijo, acentuando la ironía—. Estaba repasando un texto para un casting de una serie de época. Ya sabes, drama, espadas, caballeros que salvan a damiselas torpes... Aunque veo que tú prefieres el drama contemporáneo.

—No soy una damisela y mucho menos torpe —le espeté, fulminándolo con la mirada mientras me agachaba a recoger mis Chanel—. Eres un maleducado. Deberían enseñarte modales antes de dejarte salir a la calle.

—Y a ti deberían enseñarte a sonreír un poco más, que la vida son dos días y juraría que pasas la mitad enfadada —replicó él, guiñándome un ojo con una osadía que me encendió la sangre.

Antes de que pudiera soltarle el insulto que estaba cocinando en mi cabeza, la puerta del despacho principal se abrió. Una mujer

de mediana edad, vestida de negro riguroso y con gafas de pasta, asomó la cabeza.

—¿Gabriela Uría? Pasa, por favor. Siento la espera —me llamó. Luego miró al tipo de los ojos verdes—. Gabriel, no te vayas todavía, que quiero revisar tus fotos nuevas.

Me quedé helada. Miré a la directora, luego al tipo insolente que seguía sonriéndome de medio lado, y la pieza del puzle encajó en mi mente. Gabriel (que se llamara como yo en su versión masculina me crispaba un poco los nervios pero no me importaba demasiado). Actor. Un físico que derretiría los glaciares y una boca tan rápida que podría desesperar a mi padre en cinco minutos.

—No te preocupes, no me voy —dijo Gabriel, clavando sus ojos verdes en los míos con una intensidad que me produjo escalofríos—. Creo que este casting se acaba de poner muy interesante.

El despacho de la directora de la agencia estaba lleno de archivadores, focos de luz y pantallas de ordenador. Me senté en una de las sillas de cuero, intentando recuperar la compostura y el aire de superioridad que el tal Gabriel me había robado en el pasillo. Él entró justo detrás de mí, arrastrando los pies con una parsimonia desesperante, y se apoyó contra el marco de la puerta de madera, cruzando esos brazos esculpidos que tanto me habían molestado (y llamado la atención) hacía un momento.

—A ver, Gabriela —comenzó Montserrat, la directora, ajustándose las gafas de pasta—. Me ha llamado tu amiga Carlota. Dice que necesitas un actor de manera urgente para un papel de larga duración. Algo muy específico. Una especie de... ¿actuación inmersiva?

Miré de reojo a Gabriel. Él me sostenía la mirada, con una ceja alzada y una sonrisita que me daban ganas de estamparle el bolso en la cara.

—Así es —dije, enderezando la espalda y adoptando mi tono de negociadora implacable—. Necesito un novio. Bueno, un actor

que interprete el papel de mi novio ante mi familia y mi entorno social. El trabajo consiste en asistir a cenas, eventos benéficos y soportar a mis padres. Duración: todo el verano. Requisitos: ser extremadamente convincente, saber comportarse y, sobre todo, no dejar que nadie descubra la farsa.

Gabriel soltó un bufido que pretendía ser una risa, pero se lo guardó cuando Montserrat le lanzó una mirada de advertencia.

—¿Un novio a sueldo? —preguntó él, dando un paso hacia el frente—. Vaya, qué moderno. ¿Y cuál es el perfil del personaje, jefa? ¿Tengo que ser un duque, un broker de la Bolsa o el heredero de una fortuna? Porque el traje de chaqueta me queda de miedo, no es por presumir.

—Quiero que seas tú —le solté directamente, clavando mis ojos en los suyos—. Bueno, una versión mejorada de ti. Alguien con carisma, un poco canalla, rebelde, que trabaje en el mundo del arte o del espectáculo. Quiero que mi padre vea que eres todo lo contrario a lo que él desea para mí. Quiero que se tire de los pelos cada vez que te vea entrar por la puerta.

Gabriel se quedó serio por primera vez desde que lo había visto. Se acercó a la mesa, apoyando ambas manos sobre la madera, quedando a escasos centímetros de mí. Su perfume volvió a invadir mis fosas nasales, alterándome el pulso.

—¿Quieres usarme para fastidiar a papá? —murmuró, con una voz más baja, casi íntima.

—Sí —dije sosteniéndole la mirada.

Él asintió con la cabeza.

—Eso suena divertido. Pero actuar veinticuatro siete es agotador, reina. Exige mucha improvisación. Y si tus padres sospechan, tendremos que ser muy físicos. Abrazos, caricias, besos... de esos que dejan sin respiración... ¿Estás segura de que vas a poder aguantar el ritmo sin enamorarte de la mercancía?

El descaro de sus palabras me encendió las mejillas, pero no iba a dar mi brazo a torcer. Me incliné hacia él, desafiando la

distancia que nos separaba.

—Soy una Uría, Gabriel. No me enamoro de los empleados —le espeté, con una frialdad ficticia—. Además, te voy a pagar una tarifa que te permitirá no volver a preocuparte por el alquiler en los próximos tres años. Tú pones el talento y el físico, y yo pongo las reglas. ¿Tenemos un trato o tengo que buscar a otro actor que sea menos hablador?

Gabriel me miró fijamente durante unos segundos que parecieron eternos. Sus ojos verdes escanearon mi rostro, deteniéndose un instante en mis labios antes de volver a mis ojos. Una sonrisa lenta y peligrosa se dibujó en su rostro. Extendió su mano derecha hacia mí.

—Tenemos un trato, jefa. Prepárate, porque a partir de hoy, soy el amor de tu vida.

El amor de mi vida… ¡Sería imbécil!

Le estreché la mano. El contacto de su piel cálida contra la mía me provocó un chispazo eléctrico que me recorrió toda la columna vertebral. El plan maestro estaba en marcha, y yo acababa de firmar un contrato con el diablo más guapo de toda Barcelona.

Capítulo 3

El vestidor de mi piso en Sarrià parecía una zona de guerra. Había vestidos de seda por los suelos, tacones desparejados sobre las banquetas de terciopelo y un olor intenso a laca de pelo mezclado con los cruasanes que Marina había traído de la pastelería. Faltaban solo tres horas para la fatídica cena en la Torre de Alta Mar y el pánico empezaba a abrirse camino en mi estómago.

—A ver, Gabi, quieta. Si sigues contoneándote así no te voy a poder abrochar la cremallera —protestó Carlota, que llevaba tres horquillas entre los labios mientras intentaba domar mi melena en un moño alto, sofisticado pero falsamente desenfadado.

—Es que estoy nerviosa, ¿vale? —admití, mirándome en el espejo de cuerpo entero—. ¿Y si Gabriel aparece vestido con unos vaqueros rotos? ¿Y si se equivoca de cubierto? ¿Y si le da por soltar uno de sus chistes ordinarios delante de Borja de la Quadra? Dios mío, mi padre me va a desheredar antes del primer plato.

—¡Pues esa es la idea, genio! —gritó Marina desde el fondo del vestidor, emergiendo de una montaña de ropa con un vestido de satén rojo colgado de una percha—. Al final hemos decidido que este es el ganador. Con este escote, a Borja se le va a caer la mandíbula al suelo y tu padre va a necesitar un desfibrilador. Es perfecto.

Miré el diseño. El color rojo sangre contrastaba con mi piel y el corte se ceñía a mis curvas como una segunda piel. Era atrevido, elegante y gritaba «no me importa vuestra opinión» a los cuatro vientos.

—¿Y tú crees que el... empleado sabrá estar a la altura? —pregunté, mordiéndome el labio inferior mientras recordaba la intensidad de sus ojos verdes en la agencia.

—Por favor, Gabi —Carlota terminó de colocar la última horquilla y me dio un suave palmadita en los hombros—. Ese chico es actor. Ayer estuve investigando su ficha en la agencia. Ha hecho

teatro clásico, anuncios de televisión y un par de cortos independientes. Sabe modular la voz, sabe moverse. Además, seamos realistas: con esa percha, aunque solo se quede de pie callado, ya va a eclipsar a todos los estirados de la alta burguesía catalana. ¡Además se llama Gabriel, como tú, debe ser cosa del destino!

Marina se echó a reír, después soltó un suspiro.

—Exactamente igual que un cuento de hadas.

—Cortar el rollo ese, ¿vale? ¡Y yo no me llamo Gabriel, me llamo Gabriela! ¡Y es muy distinto!

Las dos se echaron a reír.

—Por supuesto, por supuesto.

Justo en ese momento, el telefonillo del piso sonó, rompiendo el ambiente con un zumbido estridente. Las tres nos quedamos congeladas, mirándonos de hito en hito como si acabara de sonar una alarma de evacuación.

—Es él —susurró Marina, con los ojos como platos de postre —. El novio de alquiler ha llegado a su destino.

Sentí un vuelco en el corazón. Me alisé el vestido con manos temblorosas, respiré hondo para recuperar el control de mis propias piernas y caminé hacia el pasillo dispuestaa a abrir la puerta principal, consciente de que la función de mi vida estaba a punto de comenzar.

Abrí la puerta dispuesta a soltarle una lista de advertencias de tres páginas, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

Gabriel estaba apoyado en el marco de la puerta, con una mano metida en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo una rosa blanca. El traje de chaqueta negro le quedaba de una forma casi pecaminosa. Le entallaba los hombros anchos a la perfección y la camisa blanca, ligeramente abierta en el cuello y sin corbata, le daba un aire de modelo recién salido de una pasarela internacional. Tenía el pelo castaño peinado hacia atrás, pero unos mechones

rebeldes caían sobre su frente, dándole un toque peligrosamente atractivo.

—Buenas noches, jefa —dijo, recorriéndome con la mirada de arriba abajo sin ningún tipo de vergüenza—. Madre mía. Si el plan era matarme de un infarto antes de la cena con ese vestido rojo, felicidades, casi lo consigues. Estás espectacular.

—Gracias —atiné a decir, recomponiendo mi postura y actitud fría—. Veo que te has tomado en serio lo de vestirte bien. No está mal.

—Oye, que soy un profesional —replicó con una sonrisa traviesa, dándome la rosa—. Para ti, esta noche soy Gabriel, el hombre que daría la vida por un roce de tus dedos. Ah, y tus amigas nos están espiando desde el pasillo.

Giré la cabeza y, efectivamente, las cabezas de Marina y Carlota asomaban por el borde de la pared. Al verse descubiertas, salieron al recibidor. Marina miraba a Gabriel con la boca abierta, y Carlota asintió con aprobación.

—Hola, Gabriel. Soy Carlota, la abogada. Recuerda: ni una palabra de dinero, ni del contrato, y si el padre de Gabi te presiona, tú sonríes y cambias de tema.

—Entendido, letrada. Control absoluto —respondió él, guiñándole un ojo a Marina, que soltó un suspiro poco disimulado.

—Bueno, basta de charlas —interrumpí, cogiendo mi bolso de mano y sintiendo que los nervios me carcomían por dentro—. El taxi nos espera abajo. La cena es en la Torre de Alta Mar. Prepárate, Gabriel, porque mi familia no tiene piedad.

—Yo nací listo, jefa.

—Más te vale.

Treinta minutos más tarde, el ascensor acristalado nos subía a lo alto de la torre del teleférico, en el puerto de Barcelona. El restaurante ofrecía unas vistas de 360 grados de la ciudad iluminada y del mar Negro, pero yo solo podía mirar cómo Gabriel se ajustaba

la chaqueta. Al abrirse las puertas, la música de piano y el tintineo de las copas de cristal nos recibieron.

A lo lejos, en una mesa principal junto al ventanal, vi a mis padres. Y sentado a su lado, con su postura rígida y su traje gris, estaba Borja de la Quadra.

—Es el momento —le susurré a Gabriel, sintiendo que me temblaban las manos.

Gabriel no dijo nada. Simplemente me tomó de la cintura con firmeza, atrayéndome hacia su cuerpo. El calor de su mano atravesó la tela fina de mi vestido rojo, enviando un chispazo directo a mi espina dorsal. Se inclinó hacia mi oído, rozando mi mejilla con sus labios al hablar.

—Respira, reina. Déjamelo a mí —susurró con voz ronca—. Vamos a darles el mejor espectáculo de sus vidas.

Caminamos hacia la mesa con paso firme. Mi padre levantó la vista, sonriendo al verme llegar, pero su sonrisa se congeló por completo en el segundo exacto en que sus ojos se clavaron en el hombre que me sujetaba por la cintura.

La función había comenzado.

El silencio que se apoderó de la mesa fue tan denso que casi se podía cortar con el cuchillo del pescado. Mi padre se enderezó en la silla, fulminando a Gabriel con la mirada, mientras mi madre parpadeaba repetidamente como si intentara despertar de una pesadilla. Borja de la Quadra, por su parte, se quedó a mitad de un trago de vino, con los ojos fijos en la mano de Gabriel, que seguía posesivamente asentada sobre mi cadera.

—Gabriela... —pronunció mi padre con una voz que pretendía ser calmada, pero que vibraba con una furia contenida—. Veo que llegas tarde. Y veo que vienes... acompañada.

—Mamá, papá, Borja —dije, esbozando la sonrisa más radiante y cínica de mi repertorio—. Siento el retraso. Es que no podía venir a una cena tan importante sin la persona más especial de mi vida. Os presento a Gabriel Salas. Mi novio.

A Borja casi se le escapa el relincho de caballo asmático del que le había hablado a mis amigas, pero lo camufló con una tos forzada.

—¿Tu... novio? —repitió mi madre, agarrando su copa de champán como si fuera un salvavidas—. Gabriela, cariño, no nos habías comentado nada de ningún... Gabriel.

—Encantado, señores —intervino Gabriel. Su voz sonó profunda, segura y asombrosamente educada, aunque arrastraba ese deje burlón que a mí me ponía de los nervios y a mi padre parecía provocarle una úlcera instantánea—. Sé que ha sido un poco imprevisto, pero cuando el amor te golpea de esta manera, las formalidades quedan en un segundo plano. Gabi me habla muchísimo de vosotros.

Gabriel alargó la mano para estrechar la de mi padre. Arturo Uría la miró durante dos segundos interminables antes de aceptarla, apretando con fuerza en un claro intento de marcar territorio. Gabriel ni pestañeó; sostuvo el pulso con una sonrisa impecable y un brillo desafiante en sus ojos verdes.

—Siéntense —ordenó mi padre, señalando las dos sillas vacías frente a Borja—. Supongo que el señor... Salas, ¿verdad? Nos explicará a qué se dedica. Porque no recuerdo haber visto su apellido en ninguna de las listas del Real Club de Polo.

Nos sentamos, y Gabriel, en un movimiento perfectamente estudiado, acercó su silla a la mía tanto que nuestras piernas se rozaron bajo el mantel. El calor de su muslo contra el mío me envió otra descarga eléctrica que me obligó a tensar la espalda.

—No, señor Uría, en mi familia lo nuestro nunca han sido los caballos de carreras precisamente. Lo mío, siendo especifico, es el arte —respondió Gabriel, mirándolo con total desparpajo—. Trabajo en el sector audiovisual y teatral. Proyectos independientes, ya sabe. Capturando la esencia de la vida, sin ataduras.

—Un actor —soltó Borja, con una sonrisita condescendiente y estúpida—. Vaya. Un mundo muy... inestable, ¿no crees, Gabriela?

Mi familia prefiere inversiones más sólidas, como las tierras y el sector inmobiliario.

—A mí me encantan los hombres que asumen riesgos, Borja —le espeté, clavándole una mirada letal—. La estabilidad me parece soberanamente aburrida. Y Gabriel es... todo menos aburrido.

Bajo el mantel, la mano de Gabriel subió por mi pierna, acariciando suavemente la tela de satén de mi vestido rojo hasta posarse en mi rodilla. El gesto, sutil pero cargado de una audacia insoportable, me dejó sin respiración. Le lancé una mirada de advertencia de reojo, pero él simplemente me devolvió una sonrisa idílica, fingiendo devoción absoluta ante el tribunal de mis padres.

—Es verdad —añadió Gabriel, inclinándose hacia mí para rozar mi mejilla con sus labios en un beso casto pero exasperantemente sensual frente a todos—. Con Gabi, cada día es una aventura. Y no pienso dejar que nada, ni nadie, se interponga entre nosotros.

Mi padre se puso rojo como un tomate. Borja miró el plato de entrada como si deseara que la tierra se lo tragara, y yo sentí que el corazón me iba a mil por hora, atrapada en una farsa que se estaba volviendo peligrosamente adictiva.

Sobrevivir a los postres fue un milagro. En cuanto mi padre pidió la cuenta con la cara de quien acaba de tragarse un limón, arrastré a Gabriel fuera del restaurante antes de que la farsa terminara en una tragedia. Bajamos en el ascensor acristalado en absoluto silencio y, nada más pisar el suelo del puerto, echamos a correr entre las risas contenidas hasta que nos metimos de lleno en los callejones del barrio Gótico.

La noche nos envolvió de inmediato. Nos detuvimos en una pequeña plaza escondida, iluminada apenas por un par de farolas de hierro forjado.

—¡Madre mía! —solté, apoyando la espalda contra la pared de piedra de una iglesia, tratando de recuperar el aliento—. ¿Has visto

la cara de Borja cuando le has dicho que el dinero no compra el talento? ¡Pensaba que le iba a dar un síncope!

Gabriel se plantó frente a mí, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón del traje y esa sonrisa traviesa que empezaba a desarmarme por completo.

—Te dije que lo tenía bajo control, reina —dijo, dando un paso hacia mí, acortando peligrosamente la distancia—. Aunque tengo que admitir que tu padre impone. Es como mirar fijamente a un tiburón blanco con corbata.

—Has estado increíble —admití en un susurro, mirando sus labios carnosos. El subidón de adrenalina de la cena se estaba transformando en algo mucho más denso y peligroso—. De verdad. Mis amigas tenían razón, eres un actorazo.

—¿Ah, sí? ¿Solo te ha gustado mi actuación? —preguntó con voz ronca, dando otro paso al frente.

Ahora estaba tan cerca que podía sentir el calor que desprendía su cuerpo. Su perfume a menta me inundó los sentidos. Me quedé atrapada bajo la intensidad de sus ojos verdes, que brillaban en la penumbra de la plaza. Levantó una mano y, con una lentitud exasperante, apartó un mechón rebelde de mi pelo que se había escapado del moño, rozando mi mejilla con las yemas de sus dedos. El contacto físico me provocó un escalofrío tan intenso que tuve que contener el aliento.

—Gabriel... —murmuré, intentando recordar que esto era solo un contrato, que yo era su jefa—. Ya no hay cámaras. No hay padres. No tienes que seguir actuando.

—¿Y quién te ha dicho que estoy actuando ahora, Gabriela? —respondió, inclinando la cabeza hacia abajo.

Su respiración, un poco acelerada, acarició mi boca. Mis manos, de forma casi involuntaria, buscaron apoyo en las solapas de su chaqueta negra, arrugando la tela fina. El juego de roles se había esfumado; lo que quedaba entre nosotros en ese callejón oscuro de Barcelona era una atracción real, salvaje y absolutamente prohibida.

Gabriel acortó los últimos milímetros y me besó. No fue un beso fingido para impresionar a unos padres ricos; fue un beso lento, profundo, cargado de una urgencia contenida que me hizo temblar las rodillas. Sus labios se movieron contra los míos con una maestría que me vació la mente, mientras su mano libre se posaba firmemente en mi nuca para pegarme más a él. Sentí el frío de la piedra a mi espalda y el fuego de su cuerpo quemándome el pecho a través del vestido rojo.

Cuando nos separamos, apenas unos centímetros, ambos estábamos jadeando. Me miró fijamente, con los ojos oscurecidos por el deseo, y una sonrisa pícara volvió a dibujarse en su rostro.

—Primera función superada, jefa —susurró, rozando mi labio inferior con el pulgar—. Pero me temo que este verano se nos va a hacer extrañamente largo.

Capitulo 4

—¡Que te besó! ¡Gabi, por el amor de Dios, que le estás pagando el alquiler de tres años y tú vas y te dejas comer la boca en un callejón! —el grito de Carlota a través del altavoz de mi móvil casi me revienta el tímpano izquierdo.

Estaba tirada boca abajo en mi cama, con la almohada tapándome la cabeza y un remordimiento del tamaño de la Sagrada Familia aplastándome el pecho. El sol del domingo por la mañana entraba con una insistencia criminal por los ventanales de mi habitación en Sarrià, recordándome que el mundo seguía girando a pesar de que yo hubiera dinamitado mis propias normas profesionales.

—A ver, Carlota, calma —intervino la voz adormilada de Marina, que también estaba metida en la llamada a tres bandas—. Tampoco dramatices. El chico es un bombón de pasarela, es verano y venían de una sobredosis de adrenalina con Borja. Un resbalón lo tiene cualquiera. ¿Qué tal estuvo, Gabi? Del uno al diez, danos detalles técnicos.

—¿Detalles técnicos? —Me di la vuelta, quedando de espaldas y mirando al techo con los ojos como platos—. ¡Estuvo que casi me tienen que recoger con una pala del suelo, Marina! Besa como si... como si supiera exactamente lo que estás pensando y decidiera que vas a dejar de pensar por completo. Me temblaron las piernas. Literalmente.

—Mal, muy mal —sentenció Carlota con su tono de fiscal del Tribunal Supremo—. Esto rompe la cláusula implícita de cordura del contrato. Si te acuestas con el empleado, Gabi, pierdes el control de la farsa. ¿Y qué vas a hacer hoy? Recuerda que tu madre te mandó un mensaje anoche a las dos de la madrugada exigiendo que os presentéis los dos en el brunch del Club de Tenis de Pedralbes.

Un gemido de pura desesperación escapó de mi garganta. Lo había olvidado por completo. El Club de Tenis de Pedralbes. El

epicentro del pijerío barcelonés, donde las señoras de la alta sociedad critican los estilismos ajenos mientras toman mimosas y los hombres cierran tratos millonarios con polos de Ralph Lauren sobre los hombros.

—Me va a dar un ataque de ansiedad —lloriqueé, tapándome los ojos—. ¿Cómo voy a mirarle a la cara hoy después de lo de anoche? Ayer era fácil fingir porque estábamos actuando, pero ahora sé a qué sabe. Sé cómo se siente su mano en mi nuca. Voy a sudar frío delante de mis padres.

—Pues te aguantas, Uría, que la idea fue tuya —me recordó Marina, soltando una risita cruel—. Ponte un vestido ibicenco mono, unas gafas de sol que te tapen la culpa y reza para que Gabriel siga siendo el profesional que dice ser. Porque si él también te mira hoy con cara de cordero degollado, tu padre os caza en el primer saque.

Colgué el teléfono con el estómago hecho un nudo. Me levanté arrastrando los pies y fui directa al baño. Al mirarme al espejo, vi que todavía tenía los labios ligeramente hinchados. «Es solo un negocio, Gabriela», me repetí a mí misma mientras abría el grifo del agua fría. «Un maldito negocio muy bien pagado».

El problema era que el "negocio" acababa de mandarme un mensaje de WhatsApp que hizo que el corazón me diera un vuelco: «Buenos días, jefa. Espero que tengas el protector solar listo, porque hoy en Pedralbes vamos a tener que sudar la camiseta. Paso a buscarte en veinte minutos. No te olvides de sonreír».

Cuando bajé al portal, Gabriel me estaba esperando apoyado en la carrocería de un descapotable clásico de color azul oscuro. Llevaba unas gafas de sol de aviador, unos pantalones chinos beige y un polo de punto blanco que le marcaba los hombros de una forma casi ofensiva para la salud. Tenía el pelo ligeramente revuelto por el viento y sostenía dos cafés para llevar.

Al verme aparecer con mi vestido ibicenco blanco y mi pamela de paja, se quitó las gafas lentamente. Sus ojos verdes brillaron con una mezcla de diversión y algo mucho más profundo que me hizo tragar saliva.

—Buenos días, jefa —dijo, estirando el brazo para darme el café—. Vaya. Parece que te has escapado de un anuncio de alta gama. Estás preciosa.

—Gracias —respondí, intentando imitar la frialdad de un témpano de hielo ártico, aunque por dentro era un volcán en erupción—. ¿De dónde has sacado este coche? Espero que no lo hayas robado de la agencia.

—Es de un amigo que hace rodajes de publicidad —dijo, abriéndome la puerta del copiloto con una galantería exagerada—. Si vamos a ir a Pedralbes, tenemos que mantener el estatus. No podíamos presentarnos en un taxi normal y corriente. Hay que dar espectáculo desde la entrada.

Me subí al coche y el olor a cuero antiguo y el perfume de Gabriel me rodearon al instante. Él rodeó el capó, se sentó al volante y arrancó el motor, que rugió con fuerza antes de enfilar las calles de Sarrià hacia la zona alta.

El silencio dentro del habitáculo se volvió denso. Yo miraba de reojo sus manos grandes sobre el volante de madera, recordando con demasiada nitidez cómo se habían sentido esas mismas manos en mi nuca la noche anterior en el Gótico. Sentía las mejillas calientes y el corazón me iba a mil por hora.

Aprovechando un semáforo en rojo en la Avenida Pedralbes, Gabriel giró la cabeza hacia mí. Se quitó las gafas de sol y me sostuvo la mirada. Una pequeña sonrisilla traviesa se dibujó en sus labios carnosos.

—Estás muy callada hoy, Gabriela —murmuró, inclinándose un poco hacia mi lado—. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo que hoy tengamos que repetir lo de anoche delante de tus padres?

—Lo de anoche fue... un error —espeté, cruzándome de brazos y mirando al frente—. Una consecuencia de la adrenalina de la cena. No se volverá a repetir. Así que te sugiero que hoy te limites estrictamente al guion. Nada de besos improvisados en los callejones, Gabriel. Eres un empleado.

Gabriel soltó una carcajada limpia, metiendo la primera marcha cuando el semáforo cambió a verde.

—Como mande, jefa —dijo, aunque el brillo de sus ojos verdes me decía todo lo contrario—. Pero te recuerdo que en el Club de Tenis nos van a mirar con lupa. Si tus padres ven que nos tratamos como desconocidos, la farsa se cae en cinco minutos. Así que prepárate, porque hoy voy a ser el novio más cariñoso, atento y devoto de toda Cataluña. Y tú vas a tener que aguantarme la mirada.

El descapotable enfiló la entrada del exclusivo Club de Tenis de Pedralbes. El desastre inminente estaba a punto de comenzar, y yo no estaba segura de si quería frenarlo o dejarme llevar por completo.

La terraza del club estaba a rebosar de sombrillas blancas, copas de champán y señores con jerséis de cachemir anudados al cuello. En cuanto pusimos un pie sobre el césped impecable, sentí que todas las miradas de la burguesía catalana se clavaban en nosotros como dardos. Gabriel, sin embargo, caminaba a mi lado con una soltura envidiable, como si fuera el dueño legítimo de todo aquello, uno más entre tanta gente snob que le salía dinero por las orejas.

—Ahí están tus padres. Mesa del fondo, bajo la pérgola de buganvillas —me susurró al oído, rozando mi mejilla con su aliento templado—. Sonríe, reina. Que parezca que venimos de pasar una noche de pasión salvaje, no de un funeral.

Le clavé el codo en las costillas con discreción, pero me colgué de su brazo musculoso justo cuando mi madre nos divisaba de lejos. Arturo Uría, mi padre, levantó la mirada de su plato de ostras con una expresión que prometía un asesinato en cualquier momento. Bueno, de contratar uno. Mi padre jamás se mancharía sus impecables manos en un asunto tan burdo.

—Gabriela, Gabriel. Qué puntuales —saludó mi madre, forzando una sonrisa que tensaba hasta el último milímetro de su

bótox—. Sentaos, por favor. Estábamos comentando con los condes de Vilalta lo... sorprendente que fue vuestra aparición de ayer.

Nos sentamos en las sillas de mimbre. Gabriel, demostrando una osadía que casi me hace escupir el sorbo de mimosa que acababa de dar, estiró las piernas bajo la mesa y rozó mi tobillo con el suyo. No fue un accidente. Su mirada verde y descarada se clavó en la mía, desafiándome a apartarme.

—El señor Salas —retumbó la voz de mi padre, cortando el aire—. Ayer nos quedamos con ganas de saber más sobre su... solvencia. Mi hija tiene un nivel de vida muy específico, caballero. Los barcos en el puerto no se mantienen con aplausos en el teatro. ¿Qué perspectivas de futuro tiene en su carrera?

—Papá, por favor... —empecé a protestar, con las mejillas ardiendo.

—No te preocupes, Gabi —me interrumpió Gabriel, cubriendo mi mano con la suya sobre el mantel blanco. Su piel cálida me envió un escalofrío que me obligó a enderezar la espalda—. El señor Uría tiene toda la razón. El amor es un motor maravilloso, pero no paga las facturas.

—Me alegra que pueda entenderlo.

Gabriel le dedicó una sonrisa tranquila pero su padre no se la devolvió.

—Actualmente estoy cerrando un contrato de representación para una coproducción internacional en Netflix, rodada aquí en Barcelona. Las cifras son... bastante reconfortantes, si es lo que le preocupa.

Miré a Gabriel, parpadeando. Mentía con una naturalidad tan pasmosa, con una seguridad tan aplastante, que por un segundo yo misma me creí que estaba saliendo con una futura estrella de Hollywood y no con un actor desesperado por pagar el alquiler que había conocido hacía veintiséis horas en un principal del Ensanche.

—¿Netflix? —mi madre enarcó las cejas, visiblemente impresionada a su pesar—. Vaya. Eso suena... Aunque Borja de la

Quadra nos comentaba esta mañana que el sector audiovisual es muy volátil. Por cierto, Borja no ha podido venir porque le ha surgido algo importante.

—Qué lástima —dijo Gabriel, lanzándome una mirada cargada de doble sentido, con una sonrisa perversa que fingí que no veía—. La verdad es que la noche de ayer tuvo momentos de mucha... intensidad. A veces, las emociones fuertes afectan a los estómagos más delicados. ¿Verdad, mi amor?

Bajo la mesa, la mano de Gabriel se deslizó por mi muslo desnudo, aprovechando que el vestido ibicenco se había recogido ligeramente al sentarme. El tacto de sus dedos largos y firmes contra mi piel me dejó sin respiración. Me quedé congelada en la silla, con el pulso disparado a mil por hora, incapaz de articular palabra mientras él seguía sonriendo a mis padres como si fuera el yerno perfecto.

—Si me disculpan un segundo, necesito ir al tocador —dije, poniéndome en pie de un salto antes de que la mano de Gabriel en mi muslo me hiciera soltar un gemido inapropiado delante de mis padres.

—Te acompaño, mi amor. Así aprovecho para refrescarme —dijo Gabriel de inmediato, levantándose con esa parsimonia suya tan desesperante y perfecta.

Caminé a zancadas por los pasillos señoriales del club, esquivando trofeos de plata y socios en ropa de tenis, hasta que me metí en la zona de los vestuarios privados. El pasillo que llevaba a las taquillas de invitados estaba completamente desierto a esa hora del brunch. Me di la vuelta dispuesta a cantarle las cuarenta, pero Gabriel entró justo detrás de mí, cerrando la pesada puerta de madera a sus espaldas con un sutil click.

—¿Pero tú te has vuelto completamente loco? —le espeté en un susurro furioso, dándole un empujón en el pecho que apenas le hizo moverse un milímetro—. ¿Qué ha sido eso de ahí fuera? ¿Acariciarme el muslo debajo de la mesa delante de mi padre? ¡Casi me da un ataque al corazón!

Gabriel dio un paso al frente, acorralandome contra la hilera de taquillas de madera barnizada. Apoyó ambas manos a los lados de mi cabeza, dejándome atrapada en el espacio de su cuerpo. Su polo blanco estaba tan cerca que podía sentir los latidos rápidos de su corazón.

—Se llama improvisación, jefa —murmuró con esa voz ronca que me derretía las neuronas—. Tu padre nos estaba examinando como si fuéramos mercancía. Si no muestro posesión, si no muestro que me vuelves loco, no se lo cree. Además... ¿vas a decirme que no te ha gustado?

—Es... es una falta de profesionalidad —titubeé, perdiendo toda la firmeza mientras mis ojos se clavaban en sus labios carnosos. La tensión en ese vestuario cerrado y fresco era tan densa que el aire parecía quemar—. Hay unas normas en el contrato, Gabriel.

—A la mierda el contrato, Gabriela —susurró, rompiendo la distancia.

Su boca buscó la mía con una urgencia que no tenía nada de ficticia. Me pegó contra las taquillas y yo solté un suspiro que él atrapó con sus labios, devorándome. Mis manos subieron directas a su cuello, enredando mis dedos en su pelo rebelde mientras nos besábamos con una pasión salvaje, ajenos al riesgo de que cualquiera de los socios pudiera entrar en ese instante. Gabriel bajó una de sus manos a mi cintura, apretándome contra su cuerpo con tanta fuerza que pude sentir cada línea de sus músculos tensos. Sus labios descendieron por mi mandíbula hasta mi cuello, dejándome la piel de gallina y el pulso completamente desbocado.

—Nos van a pillar... —logré articular, jadeando, mientras él volvía a subir para morder suavemente mi labio inferior.

—Que nos pillen —respondió con una sonrisa peligrosa, mirándome con los ojos oscurecidos por el deseo—. Pero de aquí salimos habiendo dejado claro quién manda en este juego.

Nos separamos a duras penas cuando escuchamos unos pasos lejanos en el pasillo exterior. Me recolocó el vestido ibicenco con una caricia lenta y me guiñó un ojo mientras se ajustaba el polo, dejándome temblorosa, con las mejillas encendidas y la absoluta certeza de que la farsa ya no tenía nada de farsa.

Capitulo 5

—Si te pones ese corsé de cuero negro, te aseguro que el vocalista del grupo se va a olvidar de la letra de las canciones —sentenció Marina, mientras me lanzaba una bota militar de plataforma que por poco esquivé.

Estábamos en el salón de mi ático. El suelo parecía un mercadillo de ropa vintage de la calle Tallers. Para contrarrestar la sobredosis de pijerío de Pedralbes, le había dicho a mi madre que Gabriel y yo íbamos a pasar la noche en un concierto de música indie en la mítica sala Razzmatazz. Quería demostrarle que éramos una pareja moderna, urbana y totalmente alejada de sus cenas con vajilla de plata.

—No sé si el corsé es demasiado, chicas —dije, mirándome al espejo mientras me ajustaba unos pantalones vaqueros negros ajustadísimos—. El vestuario de Pedralbes ya fue bastante... Bueno eso. Todavía me da vergüenza recordar cómo salí de ese baño.

Carlota, que estaba sentada en la isla de la cocina abriendo una lata de cerveza, soltó una carcajada.

—A ver, Uría. Nos has confesado que os pegasteis un lote de campeonato contra las taquillas del Club de Tenis. A estas alturas, preocuparse por si el corsé es "demasiado" es de un cinismo precioso. Estás colgada del actor, asúmelo.

—¡Que no estoy colgada! —protesté, sintiendo que las mejillas se me encendían de golpe—. Es solo... tensión acumulada. El plan está funcionando. Mi madre llamó esta mañana a tres de sus amigas para quejarse de que su futuro yerno prefiere el streaming y el teatro a las acciones. ¡Estamos ganando!

—Sí, claro, ganando —Marina se acercó y empezó a delinearme los ojos con un lápiz negro, obligándome a quedarme quieta—. Estás jugando con fuego, Gabi. Esta noche hay alcohol, música alta, cuerpos sudorosos y oscuridad. Si en el vestuario de un

club de tenis casi saltan chispas, en Razzmatazz vais a salir ardiendo.

Justo en ese momento, el telefonillo volvió a sonar. Mi corazón dio un vuelco salvaje, el mismo que daba cada vez que sabía que él estaba cerca.

—Ahí tienes a tu bombero —se burló Carlota, dándole un trago a su cerveza—. Anda, vete a abrir antes de que Marina te pinte la cara entera de negro.

Me eché un último vistazo en el espejo. Con los ojos ahumados, el corsé ceñido y las botas, no parecía en nada la heredera de los Uría. Parecía una mujer lista para cometer una locura. Y cuando abrí la puerta y vi a Gabriel apoyado en la pared del pasillo, supe que la locura estaba asegurada.

Gabriel estaba apoyado en la pared, jugando con un casco de moto entre las manos. Cuando levantó la vista y me vio, se quedó completamente paralizado. Sus ojos verdes recorrieron el corsé de cuero, los vaqueros ceñidos y los ojos ahumados, deteniéndose un segundo de más en el escote. Llevaba una chaqueta de cuero negra desgastada sobre una camiseta gris con el logo de un grupo de rock, vaqueros oscuros y unas botas moteras. Estaba jodidamente irresistible.

—Madre mía, jefa... —murmuró con una voz que sonó más ronca de lo habitual—. Si me

hubieras dicho que el código de vestimenta de esta noche era "pecado mortal", me habría preparado psicológicamente. Estás... no tengo palabras.

—Tú tampoco te quedas atrás, Salas —repliqué, intentando que no se me notara el temblor en las piernas.

Marina y Carlota se asomaron por detrás de mí, despidiéndose con gestos exagerados y risitas tontas antes de cerrarnos la puerta del piso en las narices. Nos quedamos solos en el rellano, bajo la luz parpadeante del pasillo. La tensión del vestuario de Pedralbes seguía flotando entre nosotros, espesa y magnética.

—¿Nos vamos? He traído la moto —dijo Gabriel, ofreciéndome uno de los cascos—. Vamos a tener que pegarnos un poco para no caernos en las curvas de la Gran Vía, espero que no te importe romper otra de tus normas profesionales.

—Por una noche, haré una excepción —dije, cogiéndole el casco con una sonrisa desafiante.

Diez minutos después, cruzábamos Barcelona a toda velocidad. Ir en moto por la ciudad de noche siempre tiene algo de mágico, pero ir abrazada a la espalda de Gabriel era otra categoría de experiencia. Tenía mis brazos envueltos con fuerza alrededor de su cintura, sintiendo la dureza de sus abdominales bajo la camiseta y el calor que desprendía su cuerpo a través de la cazadora de cuero. Cada vez que frenaba en un semáforo, mi pecho se estampaba contra su espalda, enviando descargas eléctricas directas a mi estómago.

Llegamos a la zona industrial del Poblenou. La calle Almogàvers ya estaba colapsada de gente joven haciendo botellón, luces de colores y el zumbido de los bajos de la sala Razzmatazz vibrando desde el interior del edificio. Aparcamos la moto y nos mezclamos con la multitud que hacía cola para entrar. El ambiente olía a cerveza, humo y ganas de quemar la noche.

Gabriel me tomó de la mano para que no me perdiera entre el gentío. Sus dedos se entrelazaron con los míos con una naturalidad pasmosa. Al llegar a la puerta, el portero nos miró el sello vip que yo había conseguido y nos dejó pasar directamente.

Al cruzar el umbral, la oscuridad de la sala principal nos envolvió junto con una ráfaga de aire caliente, música indie a todo volumen y focos de luces estroboscópicas que parpadeaban al ritmo de la batería. Gabriel me atrajo hacia su cuerpo por la cintura para protegerme de un empujón de la multitud, pegando su boca a mi oído para que pudiera escucharle por encima del ruido.

—Bienvenida al mundo real, reina —susurró, con sus labios rozando el lóbulo de mi oreja—. Prepárate, porque esta noche nos toca bailar muy pegados.

—Eso ya lo veremos —grité para hacerme oír, aunque no estaba segura de haberlo conseguido.

La sala principal de Razzmatazz era un hervidero de cuerpos en movimiento, humo y destellos rojos y azules que cortaban la oscuridad. El grupo indie en el escenario tocaba con una distorsión salvaje, y la vibración de los altavoces nos retumbaba directamente en el pecho. Gabriel nos abrió paso hasta la barra del piso superior, donde el ambiente estaba un poco menos masificado, y pidió dos copas.

—Para ser una heredera de alta alcurnia, te mueves bastante bien entre la multitud —me gritó al oído para hacerse oír, mientras me entregaba un vaso con ginebra y tónica.

—¡Te sorprendería lo que sé hacer cuando mis padres no están mirando! —le respondí, dándole un trago largo a mi copa. El alcohol me bajó quemando por la garganta, encendiendo una chispa de audacia que el corsé de cuero ya sugería.

Empezamos a bailar al ritmo de la música. Gabriel se movía con una soltura física que resultaba casi hipnótica; sus caderas seguían el compás de la batería sin ningún esfuerzo. Yo me dejé llevar, dándole la espalda y pegando mis caderas a las suyas. Sentir la dureza de su cuerpo justo detrás de mí, marcando el territorio a cada compás, me nubló el juicio por completo.

De repente, un tipo alto, con el pelo engominado y aspecto de haber salido de un reservado de la zona alta, se interpuso entre nosotros con una sonrisa babosa.

—Vaya, pero qué joya me acabo de encontrar en la pista —soltó el desconocido, ignorando por completo a Gabriel y dando un paso invasivo hacia mí—. ¿Dónde estaba metido una preciosidad como tú toda mi vida? Ven al reservado conmigo, invito yo.

Antes de que pudiera mandarlo a paseo —o directamente a la mierda, algo que mi rodilla ya estaba más que dispuesta a machacarle la entrepierna en cuanto tuviera la intención de ponerme un solo dedo encima sin ni autorización—, una mano grande y

tatuada se posó con firmeza sobre el hombro del tipo. Gabriel dio un paso al frente, interponiendo su cuerpo robusto entre el desconocido y yo. Sus ojos verdes, que hasta hacía un momento brillaban con diversión, se habían vuelto oscuros, fríos y peligrosamente afilados. La mandíbula se le tensó tanto que la barba de tres días pareció marcarse aún más.

—La chica está conmigo —dijo Gabriel. Su voz no fue un grito, sino un murmullo bajo, áspero y tan cargado de amenaza real que la música pareció quedar en segundo plano—. Y no le interesan tus reservados. Así que da la vuelta y piérdete antes de que tengamos un problema de verdad.

El tipo miró la envergadura de Gabriel, evaluó sus opciones en un segundo y dio dos pasos hacia atrás con las manos en alto, desapareciendo entre la multitud con el rabo entre las piernas.

Me quedé mirando a Gabriel, con el corazón dándome vuelcos salvajes. El subidón de adrenalina fue instantáneo. No era una actuación; la mirada de Gabriel había sido de puros celos reales, posesivos y viscerales.

—¿Eso también entraba en el guion de la agencia, Salas? —le pregunté, dando un paso hacia él y clavando mis ojos en los suyos.

Gabriel no respondió con palabras. Me agarró de la muñeca, con un agarre firme pero delicado que me hizo soltar un suspiro, y me arrastró fuera de la pista, directo hacia la zona de los baños del piso superior. Tenía la respiración acelerada y me dejé arrastrar sin protestar, apartando los cuerpos que seguían moviéndose de un lado para otro y rara vez al compás de la música hasta los servicios.

Gabriel empujó la puerta metálica del baño del piso superior, que afortunadamente estaba vacío y me metió dentro antes de cerrarla con un golpe seco. El ruido ensordecedor de la discoteca se redujo a un zumbido sordo tras las paredes, dejando espacio únicamente al sonido de nuestras respiraciones aceleradas.

—¿Te has vuelto loco? —le solté, dándome la vuelta para encararlo, aunque la rabia era pura fachada para ocultar que el

corazón me iba a mil por hora—. Casi le rompes el hombro a ese tipo. ¿Se puede saber qué te pasa? ¡Eres un actor, Gabriel! Las escenas de celos no entraban en la tarifa diaria.

Gabriel dio dos pasos largos hacia mí, obligándome a retroceder hasta que mis caderas chocaron contra el borde de mármol frío de la fila de lavabos. Apoyó las manos a ambos lados de mi cuerpo, acorralandome por completo bajo la parpadeante luz blanca del baño. Su cazadora de cuero rozaba los hombros de mi corsé y sus ojos verdes despedían destellos de puro deseo.

—A la mierda la tarifa diaria, Gabriela —soltó con voz áspera, la mandíbula aún tensa—. Ese imbécil te estaba mirando como si fueras un trozo de carne. Y no, no fue una actuación. No soporto ver que otro tío te ponga las manos encima.

—¿Y por qué te importa tanto? —le desafié, clavando mis dedos en el cuero de su chaqueta, inclinándome hacia él con una osadía alimentada por la ginebra y el deseo—. Esto es un negocio. Tú finges que me quieres y yo te pago. No tienes derecho a sentir celos reales.

—¿Ah, no? ¿Preferías subir a follar con ese tío en el reservado? —murmuró con un siseo, rompiendo los últimos centímetros de distancia.

Interpuse una mano entre nuestros cuerpos pero no ejercí verdadera resistencia para apartarlo. No quería hacerlo. Su calor me abrasaba y realmente es lo que llevaba queriendo desde que lo había visto aparecer en las oficinas de la agencia.

¿Sentido común?

A la mierda con todo eso.

Alcé la barbilla arrogantemente.

—¿Y qué si me hubiera apetecido subir a follar con él?

—¿En serio?

Hice una mueca desafiante con las cejas.

—¿Es que te crees tanto hombre como para ser capaz de complacerme, Salas?

Su sonrisa se volvió felina.

—Deja de provocarme —me advirtió.

Despegué los labios para replicar pero su boca se estrelló contra la mía con una ferocidad contenida que me hizo soltar un gemido ahogado. No fue un beso dulce; fue un choque de lenguas salvaje, urgente y cargado de reproches mudos por las reglas que ambos intentábamos mantener en vano. Gabriel deslizó sus manos por mi cintura, subiendo por los costados de mi corsé de cuero, apretándome contra su pecho con tanta fuerza que apenas cabía el aire entre nosotros. El calor que desprendía me quemaba la piel a través de la ropa.

Le rodeé el cuello con los brazos, tirando de él hacia abajo, respondiendo a su voracidad con la misma desesperación. Me subió un poco sobre el mármol del lavabo, acomodando su cuerpo entre mis piernas abiertas, y el contacto directo me produjo un fuerte estremecimiento que me recorrió toda la columna vertebral. Sus labios bajaron por mi barbilla hasta morder suavemente mi cuello, haciéndome arquear la espalda y clavar las uñas en sus hombros musculosos.

—Eres una caprichosa insoportable, Uría —susurró contra mi piel, jadeando, mientras sus dedos se enredaban con fuerza en mi pelo—. Pero me tienes completamente jodido.

—Cállate y bésame otra vez, Salas —le ordené, tirando de su pelo hacia atrás para buscar de nuevo su boca.

El segundo beso fue aún más profundo, devorándonos en un rincón oscuro de Poblenou, borrando para siempre cualquier rastro de profesionalidad. Sabíamos que estábamos cruzando una línea sin retorno, pero en ese baño de Razzmatazz, el resto del mundo y mi familia nos importaban una absoluta soberana mierda.

Capitulo 6

El olor a café recién hecho y las tostadas quemadas inundaban el pequeño pero acogedor piso de Marina en el Poblenou. Decidí no volver al ático de mis padres ni a mi propia casa; necesitaba un búnker libre de testosterona y, sobre todo, libre de Gabriel Salas. Llevaba puesta una camiseta de propaganda tres tallas más grande que me había prestado Marina y arrastraba los pies por el pasillo directo al salón, donde mis dos salvavidas ya estaban instaladas en el sofá con cara de querer interrogarme hasta el amanecer.

—Buenos días, bella durmiente —saludó Carlota, que ya lucía unas mallas de deporte listas para su sesión de yoga dominical—. Tienes una cara de confusión existencial que se nota desde la Barceloneta. Venga, suéltalo todo de una vez.

Me dejé caer en medio de las dos, hundiendo la cara en un cojín con un gemido amortiguado. Luego me incorporé, cogiendo la taza de café que Marina me ofrecía como si fuera un elixir sagrado.

—Chicas, estoy perdiendo la cabeza por completo —admití, mirando fijamente la espuma de la leche—. Lo del baño de Razzmatazz anoche... no fue normal. Con Gabriel todo se vuelve jodidamente intenso en un segundo. Es como si el aire cambiara de densidad cada vez que da un paso hacia mí. Siento una química que me asusta, porque sé perfectamente que es un actor, sé que hay un contrato de por medio, pero cuando me toca... me olvido hasta de mi propio apellido. No sé qué siento y qué es parte de la farsa.

Marina se cruzó de piernas en el sofá, dándole un mordisco a su tostada antes de hablar con esa sabiduría bohemia que tanto envidiaba.

—A ver, Gabi, estás obsesionada con ponerle etiquetas a algo que acaba de empezar. Mírame a mí, que llevo tres meses enganchada a un escultor del taller de al lado que solo me habla cuando necesita que le preste una lijadora y tiene más traumas

emocionales que una película de Almodóvar. Mi vida amorosa es un desastre absoluto y aquí sigo, intentando aclararme. Lo tuyo con Gabriel es intenso porque hay atracción real, no le des más vueltas.

—Marina tiene razón —añadió Carlota, dejando su taza en la mesa baja con firmeza—. Como abogada te diría que estás rompiendo los términos del acuerdo, pero como tu amiga te digo: disfruta del maldito presente. ¿Qué más da si es el hombre de tu vida o un error de verano? Tienes a un tío que parece esculpido por los dioses griegos haciéndose pasar por tu novio, que te defiende de los babosos y que te besa como si se fuera a acabar el mundo. Explora, diviértete y deja que las cosas fluyan. Nadie te está pidiendo que firmes unas capitulaciones matrimoniales con él.

Las palabras de mis amigas me cayeron como un bálsamo de agua fría. Tenían razón. Me pasaba la vida controlando cada detalle de mis proyectos y mis finanzas, y ahora que aparecía alguien capaz de descontrolarme, me entraba el pánico.

—Vale, de acuerdo —dije, esbozando una sonrisa real por primera vez en la mañana—. Voy a intentar relajarme y disfrutar del empleado.

—¡Esa es la actitud! —celebró Marina, chocando su taza con la mía—. Pero ahora, cambiando de tema y poniéndonos serias... Tenemos que empezar a trazar una estrategia de cara a la prensa y las redes sociales.

Carlota sacó su tableta digital y la puso sobre mis rodillas, mostrando una pantalla que me hizo perder el color de las mejillas de golpe. Era una captura de una cuenta de cotilleos muy conocida de la zona alta de Barcelona. En la pantalla aparecía una fotografía, algo borrosa pero indiscutible, de Gabriel y yo anoche, riendo pegados a la entrada de Razzmatazz mientras él me rodeaba la cintura con su chaqueta de cuero. El titular rezaba: «¿Fin del acuerdo con los De la Quadra? Gabriela Uría se olvida de la etiqueta con un misterioso y atractivo chico rebelde en el Poblenou».

—Los rumores ya han empezado, Gabi —advirtió Carlota con un brillo de pura diversión en los ojos—. Tu farsa acaba de volverse

pública, y ahora hay que alimentar al monstruo antes de que tu padre intente silenciarlo.

Solté un gemido de frustración y Marina me dio unas palmaditas en la espalda.

—Tú puedes.

—¡Qué vergüenza!

Nos quedamos las tres mirando la pantalla de la tableta como si fuera un plano del asalto al Banco de España. El titular seguía allí, brillando con una luz de cotilleo de lo más jugosa.

—Vale, que no cunda el pánico —dijo Marina, dando una palmada en el aire—. Esto no es un desastre, ¡esto es oro puro para nuestra causa! Mírale los hombros a Gabriel en esa foto de perfil. Si yo fuera tu madre, estaría cancelando las invitaciones de boda con el del caballo asmático solo por el qué dirán.

—Marina, por favor —la frenó Carlota con su tono de abogada estricta, aunque no podía ocultar una sonrisa—. Hay que enfocar esto con cabeza. Gabi, el entorno de tu padre se mueve por las apariencias. Si sale esta foto en Razzmatazz, pensarán que es un desliz de una noche. Si queremos que se tomen en serio que has mandado a Borja a paseo por Gabriel, tenemos que darles una narrativa. Hay que alimentar a la prensa con buen material.

—¿Buen material? ¿A qué te refieres? —pregunté, dándole un mordisco a una tostada para calmar los nervios—. ¿Quieres que convoquemos una rueda de prensa en el Paseo de Gracia?

—No, tonta —Carlota se inclinó hacia delante, tecleando en la tableta—. Hablo de dejar pistas. Mañana tenéis que dejaros ver en un sitio donde los fotógrafos de las revistas de sociedad suelen cazar a los famosos. Nada de encerraros en el baño de una discoteca oscura. Necesitamos luz de día, complicidad, risas y... bueno, algún roce sugerente que deje claro que hay fuego entre vosotros. El Parque del Laberinto de Horta es perfecto para eso. Es romántico, es precioso y siempre hay algún fotógrafo haciendo reportajes de bodas o moda que puede "filtrar" una foto robada.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? ¿Posar como si estuviéramos en un catálogo de novios? —protesté, aunque la idea de volver a estar cerca de Gabriel bajo cualquier excusa me hacía dar un vuelco al corazón.

—No tienes que posar, Gabi. Ya hemos quedado en que la química os sale sola —me pinchó Marina, guiñándome un ojo—. Solo tenéis que dar un paseo. Tú te pones un vestido veraniego, él te coge de la mano, jugáis a perderos por el laberinto, os reís... y si él decide arrinconarte contra un seto para darte uno de esos besos de película, dejas que pase. Todo sea por la farsa, ¿no?

Dejé la taza sobre la mesa y me eché hacia atrás en el sofá, suspirando. Estaba atrapada entre los consejos de mis amigas para que disfrutara del presente y la realidad de un plan de comunicación que nos iba a obligar a estar aún más pegados.

—Está bien, organizaremos el "ensayo" en Horta —cedí, tapándome la cara con las manos—. Pero antes de que mi mente colapse con más estrategias, Marina, cuéntanos qué pasa con ese escultor de tu taller. Nos has soltado la bomba antes y has cambiado de tema. ¿Qué pasa con esos traumas emocionales suyos?

Marina soltó un bufido y se tapó la cara con un cojín, mientras Carlota se reía.

—Venga, no te hagas la tímida que no cuela.

—No estoy siendo tímida. No es eso…

—¿Qué es lo que ocurre?

Marina se quitó el cojín de la cara. El tono divertido de su voz se había desvanecido, dejando paso a una expresión de auténtica preocupación. Miró fijamente la taza de café vacía entre sus manos y soltó un suspiro tembloroso que nos puso a Carlota y a mí en alerta máxima. El ambiente en el salón cambió por completo.

—A ver, chicas... Es que la cosa con Liam, el escultor, se ha vuelto bastante turbia esta semana —empezó Marina, bajando la voz —. Sabéis que comparte el local del Poblenou con otros artistas. Pues el martes por la noche me quedé tarde en mi taller terminando

de decapar una cómoda. Escuché ruidos raros en su zona. Gritos ahogados, golpes contra las mesas de trabajo y cristales rompiéndose.

—¿Se estaba peleando con alguien? —pregunté, inclinándome hacia ella con el corazón encogido.

—Eso pensé al principio. Fui a mirar por la rendija de la puerta metálica. Liam estaba solo, destrozando a martillazos una de sus esculturas de mármol más caras, la que iba a exponer en la galería de arte de Gracia. Tenía las manos ensangrentadas, lloraba con una rabia tremenda y no paraba de repetir el nombre de una mujer... y unas fechas.

Carlota frunció el ceño, activando su chip de abogada en un segundo.

—¿Qué tipo de fechas, Marina? ¿Y qué nombre?

—No lo entendí bien —Marina sacudió la cabeza efusivamente —. Decía "Lucía, fue mi culpa". O algo así. Creo que también dijo algo de dos mil veinticuatro —volvió a sacudir la cabeza—. Estaba completamente fuera de sí. Al día siguiente fui a llevarle un café para ver cómo estaba, actuando como si yo no hubiera visto nada. Tenía los nudillos vendados. Intenté sacarle el tema de la exposición y se puso como una fiera, me agarró del brazo... no con violencia para hacerme daño, pero sí con una desesperación que me asustó. Me suplicó que no me metiera en su vida, que había cosas de su pasado en Berlín que era mejor no remover si quería estar a salvo.

—¿A salvo? ¿De qué o de quién? —Carlota se enderezó en el sofá, cruzándose de brazos—. Marina, eso no suena normal o a un desamor. Eso suena a que tu escultor bohemio arrastra algo delictivo o muy peligroso del extranjero. ¿Has investigado algo sobre su pasado antes de que llegara a Barcelona?

—He buscado su nombre real en internet y no hay nada anterior a su llegada al taller hace un año. Es como si hubiera borrado su rastro —confesó Marina, con los ojos empañados—. Y lo peor es que me gusta de verdad, chicas. Cuando está tranquilo es el

hombre más sensible del mundo, pero esa actitud del otro día me está carcomiendo por dentro. Tengo miedo de estar metiéndome en la boca del lobo.

Miré a Marina y luego a Carlota. Mi drama con un actor contratado para engañar a mis padres de repente parecía una niñería al lado del secreto que escondía el vecino de taller de mi amiga. Le puse una mano en el hombro a Marina, apretándola con fuerza.

—No vas a volver a quedarte sola por las noches en ese taller, ¿me oyes? —le dije con firmeza—. Si ese tío tiene fantasmas oscuros, los va a tener lejos de ti hasta que descubramos qué trama. Mañana mismo, después de mi ensayo con Gabriel en el laberinto, Carlota y yo vamos a ayudarte a investigar quién es verdaderamente ese Liam.

—No sé… —murmuró Marina apretando el cojín con fuerza.

—No te estamos pidiendo tu opinión —insistí mirando significativamente a Carlota que asintió despacio con la cabeza.

—Hecho. Mañana mismo le pido un informe de antecedentes a un contacto que tengo en los juzgados —asintió Carlota con determinación, apuntando el nombre de Liam en su tableta—. Nadie toca a una de las nuestras, y menos un tío.

El resto de la tarde se nos pasó entre confidencias, teorías sobre el pasado del escultor y, sobre todo, una desconexión total que me hacía mucha falta. Pedimos unas pizzas a un local italiano del Poblenou, abrimos otra botella de vino y decidimos que aquella noche haríamos una fiesta de pijamas improvisada en el salón de Marina, como cuando teníamos quince años y el mayor de nuestros problemas era aprobar el examen de matemáticas en el instituto.

Nos tumbamos en el gran colchón que Marina utilizaba para las visitas, rodeadas de cojines y con la luz de una lámpara de pie iluminando tenuemente la estancia.

—Oye, Gabi —murmuró Marina, mirando al techo con los brazos cruzados detrás de la cabeza—. Volviendo a tu plan mediático

para mañana en el Laberinto de Horta... ¿Le vas a contar a Gabriel lo de la foto que ha salido hoy en la prensa de cotilleos?

—Tendré que hacerlo —suspiré, sintiendo un cosquilleo nervioso en el estómago al imaginar su reacción—. Si vamos a ir allí a dejarnos cazar por los fotógrafos, él tiene que saber que la farsa ya está en el radar de todo el mundo. Cuanto más real parezca nuestro paseo, más creíble será para mis padres.

—Pues prepárate, amiga —se burló Carlota desde el otro lado del colchón, tapándose con la manta hasta la barbilla—. Porque me da la impresión de que a Gabriel no le va a costar absolutamente ningún trabajo fingir que está loco por ti frente a las cámaras. Asegúrate de mantener la respiración controlada, que los setos del laberinto son altos pero no tapan los infartos.

Nos reímos las tres, lanzándonos algunos cojines hasta que el cansancio del fin de semana y el efecto del vino nos fue ganando terreno.

Antes de cerrar los ojos, miré la pantalla de mi móvil por última vez. Tenía un mensaje de Gabriel enviado hacía apenas una hora: «Descansa, jefa. Mañana a las cuatro te recojo. Tengo algunas ideas nuevas para el guión que creo que te van a encantar».

Sentí un vuelco salvaje en el corazón. Apagué la pantalla, me acurruqué contra la almohada y me quedé dormida con una sonrisa involuntaria en los labios.

Capitulo 7

El lunes por la tarde, el calor caía a plomo sobre el capó del descapotable azul de Gabriel. Me había puesto un vestido camisero de lino verde oliva, muy fluido, y unas sandalias cómodas. Cuando subí al coche frente al taller de Marina, el contraste entre el ambiente relajado de la fiesta de pijamas de la noche anterior y la realidad de tener a Gabriel a escasos centímetros me revolvió el estómago.

—Buenas tardes, jefa —saludó Gabriel, quitándose las gafas de sol para mirarme con fijamente. Sus ojos verdes brillaban con esa confianza descarada que tanto me descolocaba—. Te noto un poco tensa. ¿Ha pasado algo con las letradas esta noche?

—Ha pasado esto —le solté directamente, sacando el móvil de mi bolso y mostrándole la captura de pantalla de la revista de cotilleos de la zona alta.

Gabriel cogió el teléfono, sujetándolo con sus dedos largos mientras leía el titular sobre nuestro desliz en los baños de Razzmatazz. En lugar de preocuparse o ponerse nervioso, una sonrisa amplia y sumamente traviesa empezó a dibujarse en sus labios carnosos.

—Vaya, vaya... —murmuró, devolviéndome el móvil—. Salgo bastante favorecido para ser una foto robada. Mira qué perfil. Tu padre debe de estar al borde de una apoplejía.

—No te rías, Gabriel, esto es serio —le reproché, cruzándome de brazos—. La farsa ya es pública. Mis amigas dicen que tenemos que aprovechar el tirón y darles una narrativa real a los fotógrafos. Por eso vamos al Parque del Laberinto de Horta. Hay que dejarse ver en plan pareja idílica, cómplices y enamorados de verdad, para que la prensa termine de enterrar la idea de mi compromiso con Borja.

Gabriel metió la primera marcha, haciendo rugir el motor del clásico mientras enfilábamos la Ronda de Dalt en dirección a Horta.

—O sea, que me estás pidiendo que vaya a un parque romántico a pasear de la mano contigo y a hacer ver que me muero por besarte delante de unas cámaras ocultas —dijo, lanzándome una mirada de reojo cargada de pura picardía—. Jefa, insisto: te estás buscando la ruina. Te recuerdo que lo del baño de Razzmatazz no fue precisamente una simulación. Si nos metemos en los rincones oscuros de ese laberinto a "ensayar", puede que la prensa capte algo mucho más real de lo que habías planeado en tu contrato.

El pulso se me disparó en el acto. Miré por la ventanilla, tratando de ocultar la sonrisa nerviosa y el calor que me subía por el cuello. Sabía que mis amigas me habían dicho que disfrutara del presente y que explorara, pero tener a Gabriel tan cerca, prometiendo fuego con la mirada, hacía que el trayecto hacia Horta se sintiera como el viaje en montaña rusa más peligroso de mi vida.

Llegamos poco después. El Parque del Laberinto de Horta estaba precioso a esa hora de la tarde. La luz del sol se filtraba entre las copas de los árboles calmadamente, creando sombras alargadas sobre los caminos de tierra. El olor a pino, a hiedra y a tierra mojada flotaba en el ambiente. Era un rincón de Barcelona que parecía sacado de un cuento neoclásico, completamente aislado del ruido del tráfico de la ciudad.

En cuanto cruzamos la entrada de piedra, Gabriel entrelazó sus dedos con los míos con una firmeza que me hizo contener la respiración. Sus manos estaban cálidas y su tacto me devolvió de golpe la electricidad de las noches anteriores.

—A ver, jefa, despliega tus radares —me susurró al oído, inclinándose tanto que su barbilla rozó mi pamela—. ¿Dónde están esos supuestos fotógrafos que van a inmortalizar nuestro amor de verano?

—Por la zona de las terrazas superiores o cerca de los templetes de la entrada —respondí en un susurro, intentando mantener la compostura mientras caminábamos a paso lento—. Carlota dijo que suelen ponerse por ahí porque hay buena luz. Así que actúa con naturalidad. Hazme reír o algo.

—¿Que te haga reír? Eso es fácil —Gabriel se detuvo en mitad del camino, obligándome a girar hacia él. Me rodeó la cintura con el brazo, pegando mi cuerpo al suyo de una manera tan fluida que pareció ensayado durante meses—. Solo tengo que recordarte la cara que puso Borja cuando le sugerí que probara el teatro alternativo para desatascarle el carácter. Estaba a un segundo de morder el mantel.

No pude evitarlo. Solté una carcajada limpia y sincera, mirándole a esos ojos verdes que brillaban con una luz divertida bajo el sol de la tarde. Gabriel aprovechó el momento para levantar su mano libre y acariciarme la mejilla con el pulgar, recorriendo la línea de mi barbilla con una lentitud que me erizó la piel.

—Vaya, mira eso —murmuró con voz más baja, bajando la mirada hacia mis labios—. Tienes una sonrisa preciosa cuando no estás intentando recordarme que soy tu empleado, Gabriela. Deberías usarla más a menudo.

—Gabriel... las cámaras —titubeé, sintiendo que el corazón me martilleaba con fuerza contra las costillas. La cercanía de su cuerpo, el olor a tierra y su perfume a menta me estaban nublando el juicio por completo.

—Que miren todo lo que quieran —respondió, guiñándome un ojo antes de volver a tirar suavemente de mi mano—. Vamos a meternos de lleno en el laberinto de cipreses. Si de verdad queremos un buen reportaje, la prensa necesita vernos perdernos en el lugar más romántico del parque.

Nos adentramos en el pasillo de altos muros verdes de ciprés, donde los senderos se estrechaban y el mundo exterior desaparecía por completo. La farsa mediática seguía en marcha, pero mi temperatura estaba empezando a rozar el punto de ebullición.

Intenté pensar en otra cosa. En cualquier otra cosa, pero su mano aferrando la mía y su proximidad no ayudaban precisamente.

Levanté la mirada.

Un giro a la izquierda, dos a la derecha y los muros de ciprés de más de dos metros de alto nos aislaron por completo del resto del mundo. El silencio en el corazón del laberinto era absoluto, interrumpido únicamente por el canto lejano de algunos pájaros y el sonido de nuestras respiraciones. La luz del sol apenas lograba filtrarse entre las ramas tupidas, creando una penumbra verde, íntima y cargada de una electricidad insoportable.

Gabriel me soltó la mano, pero solo para rodearme la cintura por completo con ambos brazos y estamparme de espaldas contra el seto vegetal. Las hojas crujieron tras de mí, y el calor de su cuerpo robusto cayó encima como una losa de pura sensualidad.

Vale, sí, me encantaba ese cuerpo y sobre todo me volvía loca todas esas emociones que despertaba en mí.

—Creo que aquí ya no nos ve ningún fotógrafo, jefa —susurró con una voz ronca, densa, que me vibró directo en el vientre. Sus ojos verdes estaban oscuros, fijos en mi boca con un hambre que me hizo estremecer.

—Gabriel, vinimos a... a ensayar para la prensa —logré decir, aunque mis manos ya se habían adelantado solas, subiendo por su pecho, aferrándose al tejido de su camiseta para no caerme. Las piernas me flaqueaban.

—A la mierda la prensa —sentenció, rompiendo los últimos milímetros de distancia.

Su boca se adueñó de la mía con una urgencia salvaje. No hubo preámbulos. Fue un beso profundo, húmedo y desesperado que me vació los pulmones en un segundo. Le respondí con la misma ferocidad, abriendo los labios para dejarme devorar, mientras el deseo, contenido durante días, estallaba en mi interior. Gabriel bajó una de sus manos hacia mis muslos, metiendo los dedos por debajo de la falda de mi vestido de lino, acariciando la piel desnuda con una firmeza que me hizo soltar un gemido ahogado contra su boca.

Me estrechó aún más contra él, rodeada por la inmensidad del laberinto y la intensidad de su presencia. La cercanía era total, una marea de sensaciones que me recorría la espalda y me dejaba sin aliento. Estaba completamente cautivada, olvidando por un momento el mundo exterior y las reglas que nos habíamos impuesto, perdida en la fuerza de un sentimiento que ya no podíamos ignorar. Mis dedos se aferraron a sus hombros mientras él buscaba refugio en el hueco de mi cuello, haciéndome suspirar ante la vulnerabilidad del momento.

—Gabriel... por Dios, Gabriel... —murmuré, dejándome llevar por la emoción que nos envolvía, sintiendo cómo el tiempo parecía detenerse entre los muros de ciprés.

Su abrazo se volvió más firme y yo me aferré a él con una necesidad alarmante.

Estábamos a un milímetro del abismo. Gabriel me tenía completamente sujeta, su respiración agitada golpeaba mi cuello y yo tenía los ojos cerrados, entregada a una necesidad física que nunca antes había experimentado con tanta fuerza. Quería que la ropa desapareciera, quería mandarlo todo al demonio allí mismo, entre las hiedras y los cipreses de Horta.

Quería que me follase.

Y quería que lo hiciera en ese momento sin importar donde estuviera.

Un zumbido estridente y prolongado empezó a vibrar con insistencia dentro de mi bolso de mano, colgado a duras penas de mi hombro. El tono de llamada exclusivo para los miembros de la familia Uría sonó con la fuerza de una alarma de evacuación nuclear.

Riiing. Riiing.

Gabriel se detuvo en seco, con los labios a un milímetro de mi piel. Soltó un juramento entre dientes, apoyando la frente contra mi hombro mientras intentaba recuperar el aire. Yo abrí los ojos, parpadeando, sintiendo que la realidad me golpeaba la cara como un cubo de agua helada.

—Dime que es un simulacro de incendio —gruñó Gabriel con la voz completamente rota por el deseo, sin retirar la mano que aún descansaba sobre mi muslo.

—Es... es mi madre —atiné a decir, tragando saliva con dificultad. Con las manos temblorosas, metí la mano en el bolso y saqué el maldito teléfono. En la pantalla brillaba el nombre de Victoria Uría.

Aparté suavemente a Gabriel, que dio un paso atrás frotándose la nuca, visiblemente frustrado. Me arreglé la falda del vestido de lino con movimientos torpes, respiré hondo tres veces para intentar que mi voz no sonara como la de una mujer que acaba de ser devorada en un seto, y deslicé el dedo por la pantalla.

—¿Sí, mamá? —dije, intentando forzar mi mejor tono de aburrimiento.

—¡Gabriela! ¡Menos mal que respondes! —la voz de mi madre sonó aguda y cargada de una indignación que tantas veces había escuchado ya. A mi madre había pocas cosas que no la indignasen —. ¿Se puede saber qué es esa ordinariez de fotografía que está circulando por los círculos de la Diagonal? ¡Salis riendo en un callejón del Poblenou como dos adolescentes sin educación! Tu padre está reunido con los abogados de Borja para intentar calmar las cosas, y tú estás desaparecida. Exijo que vengas inmediatamente al piso de Paseo de Gracia. Tenemos que hablar de ese... muchacho tuyo ahora mismo.

Miré a Gabriel. Él me observaba apoyado contra el muro de ciprés, con los brazos cruzados, una ceja alzada y esa sonrisita traviesa que empezaba a regresar a sus labios, aunque sus ojos verdes seguían oscuros y fijos en mí.

—No puedo ir ahora, mamá. Estoy... en medio de una reunión de trabajo muy importante —mentí, sintiendo cómo el calor de la excitación contenida se transformaba en pura adrenalina.

—No me importan tus reuniones, Gabriela. Y mucho menos un trabajo absurdo como el tuyo. Te queremos aquí en una hora. No

tenses más la cuerda —sentenció mi madre antes de colgar el teléfono sin despedirse.

Bajé el móvil lentamente. El hechizo del laberinto se había roto por completo, dejándome el cuerpo temblando de frustración y con unas ganas de sexo tan espantosas que me dolía el pecho.

Gabriel se acercó a mí lentamente. Me cogió la barbilla con delicadeza, obligándome a mirarle.

—Parece que la función ha terminado, jefa —murmuró, dándome un tierno pero exasperante beso de despedida en la comisura de los labios—. Anda, vamos a sacarte de este laberinto antes de que decida ignorar las llamadas de tu madre y te quede claro quién manda aquí dentro.

Solté un bufido irritado y puse la mano libre en la cadera.

—Yo, por supuesto.

Gabriel se echó a reír y se apresuró a seguirme en cuanto empecé a caminar.

Capitulo 8

Cuando llegué al ático de Paseo de Gracia olía a un fuerte aroma de té de bergamota, algo que mi madre solo tomaba en una crisis de ansiedad extrema y presagiaba una tormenta familiar de proporciones bíblicas. Llegué todavía con la respiración un poco alterada (mitad por la carrera, mitad por los setos de Horta) y me encontré a mis padres sentados en el salón como un tribunal de la Inquisición, con una copia impresa de la maldita foto de la prensa rosa sobre la mesa de centro.

—¿Se puede saber qué significa esta... esta vulgaridad, Gabriela? —soltó mi madre nada más verme cruzar el umbral, señalando el papel con una uña impecablemente de color uva—. ¡Toda Barcelona está hablando de que mi hija se revuelca en los callejones del Poblenou con un donnadie que se viste en el rastrillo!

—No me estaba revolcando con nadie, mamá —repliqué, cruzándome de brazos y plantándome firme—. Estábamos saliendo de un concierto. Se llama tener una vida normal. Algo que a Borja de la Quadra le vendría muy bien para espabilar.

—¡Gabriela!

—Y esa ropa del rastrillo de la que hablas yo diría que le sienta de maravilla. Ni a Borja los…

—¡No metas a Borja en esto! —intervino mi padre, levantándose con esa pesadez imponente de los hombres de negocios, al menos aquellos que están acostumbrados a tener a miles de personas bajo su mando y está demasiado acostumbrado a mandar y esperar ciegamente a ser obedecido—. Los De la Quadra están indignados. Esto es una humillación pública para su apellido. Ese... Gabriel Salas, o como se llame, es una distracción intolerable. No tiene estatus, no tiene patrimonio y, por lo que veo, no tiene el más mínimo respeto por la discreción. Exijo que cortes con él hoy mismo. Le mandas un mensaje, le dices que ha sido un error y

restablecemos las relaciones con Borja antes de que el escándalo vaya a más.

—¡Pues no pienso cortar con él! —le grité, sintiendo que el orgullo y la rabia me nublaban la vista—. No podéis controlar mi vida como si fuera un contenedor de carga en el puerto. Gabriel me quiere por quien soy, no por el dinero de la familia. Y si os molesta ver su foto en la prensa, os vais a tener que aguantar, porque pienso seguir saliendo con él todo el verano.

—¡Gabriela! —mi madre se llevó una mano al pecho dramáticamente—. Si insistes en este capricho con ese muchacho, tu padre va a cumplir su palabra. Te congelaremos las cuentas y revocaremos el contrato de alquiler de tu piso de Sarrià esta misma semana. ¡A ver cuánto te dura el amor cuando tengas que pagar el metro con monedas sueltas!

—¡Pues hacedlo! —solté con una valentía ficticia que me dio vértigo—. Prefiero ser pobre al lado de alguien a quien quiero y me quiere que infeliz al lado de un mueble de Ikea engominado como Borja.

Me di la vuelta sobre mis talones, dando un portazo que hizo temblar las lámparas de cristal de Murano del recibidor, y salí disparada hacia el ascensor. Me subí al primer taxi que pasó por el Paseo de Gracia con las lágrimas de rabia quemándome los ojos. Necesitaba a mis amigas, necesitaba alcohol y necesitaba huir de toda esa mierda antes de cometer un asesinato.

Dentro del taxi, mis manos temblaban tanto que casi se me cae el teléfono entre los asientos. El corazón me iba a mil por hora, bombeando una mezcla furiosa de adrenalina y frustración retenida. Abrí el chat de grupo con las chicas a toda velocidad.

Gabi: S.O.S. Emergencia nacional. Mis padres acaban de mutar en monstruos de película de terror. Me han puesto a parir. Me congelan las cuentas. Quieren que deje a Gabriel YA.

Marina: ¿¿Qué?? Pero si la foto de Razzmatazz era genial. Qué antiguos son, por favor.

Carlota: A ver, calma. Jurídicamente no pueden quitarte el piso de Sarrià sin un preaviso, pero las cuentas sí las pueden bloquear si están a su nombre. ¿Dónde estás?

Gabi: En un taxi. Voy directa a la Plaza del Sol. Necesito alcohol, amigas y asfalto. Venid ya o me pongo a llorar en el capó de un coche.

Marina: Dejo la lija ahora mismo. En diez minutos estoy allí.

Carlota: Salgo del despacho. La primera en llegar pide una ronda doble de bravas y cerveza.

Veinte minutos después, bajé del taxi en pleno corazón del barrio de Gracia. La Plaza del Sol bullía con su ambiente habitual de última hora de la tarde: gente sentada en las terrazas, jóvenes tocando la guitarra en el suelo y ese aire bohemio tan alejado del esteticismo rígido de Paseo de Gracia. Divisé a Marina y a Carlota en una mesa de la esquina de una de las terrazas.

Me desplomé sobre la silla de plástico, tirando el bolso sobre la mesa con tanta fuerza que los cubiertos de la mesa de al lado tintinearon. El camarero se acercó al instante, asustado por mi cara de querer prenderle fuego al local.

—Una jarra de cerveza doble. La más grande que tengas. Y ponme tres de bravas —le solté, sin respirar.

—Vaya... la heredera ha entrado en modo demolición —comentó Carlota, quitándose las gafas y mirándome con preocupación real—. Venga, escupe la bilis antes de que te dé un síncope.

Le di un trago largo a la jarra de cerveza que el camarero trajo volando, sintiendo cómo el amargor frío me calmaba un poco el incendio del pecho.

—¡Me han amenazado con dejarme en la indigencia! —exclamé en un susurro furioso, inclinándome sobre la mesa—. Mi madre se ha puesto histérica con la foto de Razzmatazz. Dice que es una ordinariez y que he humillado el apellido Uría. Y mi padre... mi padre me ha dado un ultimátum: o le mando un mensaje a Gabriel cortando la relación hoy mismo, o esta semana me congelan las tarjetas y me quitan las llaves del piso. ¡Están compinchados con los abogados de Borja!

—¿Y qué les has dicho? —preguntó Marina con los ojos como platos, fascinada por el drama.

—¡Pues que prefería ser pobre al lado de Gabriel que infeliz con el estirado de Borja! —solté, dándole otro zarpazo a la cerveza —. Pero chicas... la farsa se nos ha ido de las manos. He defendido a Gabriel como si fuera el amor de mi vida, cuando en realidad solo es un actor al que le pago el alquiler. Y lo peor... lo peor es lo que ha pasado una hora antes en el Laberinto de Horta. Casi lo hacemos contra los cipreses, chicas. Estoy jodidamente confundida, sin dinero, enfadada y muerta de ganas de acostarme con mi empleado. ¡Es un desastre absoluto!

Carlota me arrebató la jarra de cerveza de las manos antes de que me la terminara de un trago largo y me miró con fijeza.

—Gabi, respira profundamente tres veces, por favor —me ordenó con su tono más firme—. A nivel financiero, mañana mismo revisamos tus cuentas personales. Si el fondo de la línea de joyería está a tu nombre, tu padre no puede tocar un solo céntimo por mucho que patalee. Así que quítate esa idea de la indigencia de la cabeza. Eres una tía dura.

—Es que no es solo el dinero, Carlota —gemí, apoyando los codos en la mesa y hundiéndome la cara entre las manos—. Es la cabeza. En el laberinto de Horta... la farsa desapareció por completo. Me tocaba y yo temblaba entera. Estaba dispuesta a mandarlo todo a la mierda. ¿Y si me estoy enamorando de un tío que solo está memorizando un guión para cobrar a fin de mes?

—Ay, Gabi... —Marina me acarició el brazo con dulzura, apartándome un mechón de pelo—. El amor y el deseo son cosas muy confusas, y más cuando juegas con fuego. Disfruta de la química. Si él actúa tan bien, es porque algo real hay ahí dentro. Ningún actor finge esa mirada de la foto de Razzmatazz por un cheque.

—¿En serio? —solté un bufido y bebí otro trago de la cerveza antes de dejarla sobre la mesa con fuerza—. Es actor, chicas, a-c-t-o-r. Eso lo dice todo. Está actuando y si me preguntas es muy bueno en su profesión. Merecería un premio, un goya… ¡No! ¡Un Óscar!

—Deja lo que estés esnifando, guapa —me interrumpió Marina lanzando una significativa mirada a Carlota—. Es actor, sin duda, pero también es un hombre y yo apostaría todo mi sueldo de un año que esa actuación no es solo teatro.

—Ni yo lo hubiera dicho mejor —asintió Carlota levantando su jarra hacia mí.

—No sé…

—Chica, solo disfruta. Sí al final te toca llorar ya estaremos aquí para consolarte, abrazarte y si es necesario, ya sabes que puedes contar con nosotras para darle una paliza y así te desahogas.

Me eché a reír y apreté la jarra con las dos manos.

Justo cuando empezaba a asimilar las palabras de Marina, tres chicos altos, rubios y con pinta de turistas nórdicos se detuvieron junto a nuestra mesa de la Plaza del Sol. Llevaban bermudas, zapatillas de lona y unas sonrisas de oreja a oreja que delataban que llevaban unas cuantas jarras de sangría encima. Uno de ellos, el que tenía unos ojos azules idénticos a los de un husky, se inclinó hacia nosotras apoyando una mano en el respaldo de la silla vacía.

—Excuse me, girls... —dijo con un acento inglés marcadísimo y una voz arrastrada—. Nos hemos perdido un poco buscando un sitio con buena música. Pero viéndoos a vosotras, creo que ya

hemos encontrado el mejor sitio de toda Barcelona. ¿Os importa si nos sentamos un rato a compartir unas cervezas con vosotras?

Carlota enarcó una ceja, divertida por el descaro, y Marina soltó una risita cómplice por lo bajo. Yo, sin embargo, los miré con una cara de pocos amigos que habría espantado a un batallón de marines. Lo último que necesitaba en mitad de mi colapso existencial y mi frustración sexual era aguantar el coqueteo de tres guiris en Gracia. El chico de los ojos azules captó mi mirada de hielo, pero en lugar de retirarse, se inclinó un poco más hacia mí, sonriendo con una osadía que me encendió la sangre.

Varios de los chicos se sentaron alrededor de sus amigas, que si bien divertidas por el coqueteo, alzaron las cejas, visiblemente contrariadas por las confianzas que se estaban tomando.

El nórdico de los ojos de husky no se daba por aludido con mi mirada de pocos amigos. Al contrario, arrastró una silla de la mesa contigua y se sentó sin pedir permiso, acortando la distancia conmigo de una forma descarada.

—Vamos, morena, no pongas esa cara —dijo en un español bastante masticado, intentando pasarme un brazo por encima del respaldo de mi silla—. El verano en Barcelona es para disfrutar. Invito yo a la siguiente ronda de margaritas y nos cuentas por qué estás tan seria.

Carlota cruzó los brazos, adoptando su típica postura de «No, si después de todo hoy celebramos un funeral», mientras Marina contenía la risa. Yo estaba a punto de mandarlo de vuelta a su país de un grito cuando, de repente, una sombra imponente se proyectó sobre nuestra mesa.

Una mano grande, de dedos largos y nudillos firmes, se posó con una fuerza indiscutible sobre el hombro del rubio, obligándolo a enderezar la espalda de golpe.

—Creo que la señorita ya te ha dicho todo lo que necesitabas saber con la mirada, amigo —soltó una voz profunda, áspera y peligrosamente calmada.

Di un respingo en la silla. Gabriel estaba de pie justo detrás del turista. Llevaba unos vaqueros oscuros, una camiseta negra que le marcaba los músculos a la perfección y la cazadora de cuero colgada de un solo brazo. Tenía la mandíbula tan apretada que se le marcaba cada músculo de la cara, y sus ojos verdes despedían unos destellos fríos que habrían congelado el mismísimo mar del Norte.

El guiri parpadeó, intimidado al instante por la envergadura de Gabriel y por el aura de sutil violencia que desprendía.

—Eh... no problem, man. Solo estábamos hablando —balbuceó el chico, levantándose de la silla con las manos en alto. Sus dos amigos, que habían visto el panorama, tiraron de él hacia los pasillos de la plaza antes de que la cosa fuera a mayores.

Gabriel los vio marcharse con la mirada fija y, solo cuando desaparecieron entre la multitud de la Plaza del Sol, se volvió hacia nosotras. Su expresión se relajó un milímetro, transformándose en esa sonrisita traviesa que me ponía enferma y me encantaba a partes iguales.

—Buenas noches, preciosas —saludó a Marina y Carlota, guiñándoles un ojo—. Siento interrumpir la reunión de amigas, pero me ha parecido que a la jefa le hacía falta un guardaespaldas a tiempo completo.

Bufé sin poder evitar la sonrisa que ya asomaba en mis labios.

—No necesito un guardaespaldas.

—Lo que tú necesitas es otra cosa —canturreó Carlota.

Le lancé una mirada de advertencia y Marina se echó a reír.

—Vete a la mierda —murmuré—. Y tú —me giré hacia Gabriel —. ¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo?

—Por supuesto que no —se echó a reír con indiferencia—. No estoy tan libre. Tenía algo que hacer por los alrededores y te he visto.

Se sentó en la silla vacía a mi lado, pegando tanto su cuerpo al mío que su muslo rozó el mío bajo la mesa de la terraza. Miré a mis amigas: Marina tenía los ojos como platos de postre y Carlota sonreía con una satisfacción absoluta. Miré a Gabriel, con el pulso totalmente desbocado, dándome cuenta de que mi búnker libre de testosterona acababa de ser invadido por el único hombre capaz de hacerme perder el control.

Capitulo 9

Gabriel se acomodó en la silla de plástico, cruzando sus largas piernas con total naturalidad y finalmente librándome del contacto de su pierna sobre mi muslo, ajeno al escrutinio al que mis amigas lo estaban sometiendo. Pidió una caña al camarero con una sonrisa encantadora y luego clavó sus ojos verdes en mí, divirtiéndose con el sutil pánico que emanaba de mis poros.

—Y bien —empezó Carlota, apoyando los codos en la mesa con esa mirada de fiscal lista para destruir a un testigo en el estrado —. Supongo que ya que eres el "novio oficial" de Gabi ante la mitad de España, nosotras tenemos derecho a un pase privado de tu verdadera biografía. ¿De dónde sale Gabriel Salas cuando no está rescatando a herederas en apuros en los lavabos de Razzmatazz?

Gabriel soltó una carcajada, dándole un trago a la cerveza que el camarero acababa de dejarle.

—Vaya, directo a la yugular. Me gusta tu estilo, abogada — respondió él, acomodándose la chaqueta de cuero—. Nací aquí mismo, en Barcelona. En el barrio de Sants, para ser más exactos. No hay mucho misterio.

—¿Y tu familia? —intervino Marina, inclinándose hacia delante con curiosidad genuina—. Ayer Gabi nos dijo que mentías de miedo con lo de tus proyectos artísticos, pero ¿qué dicen tus padres de que te ganes la vida en una agencia de talentos?

La sonrisa de Gabriel flaqueó un milímetro. Fue casi imperceptible, pero yo, que no le quitaba el ojo de encima, noté cómo la mandíbula se le tensaba sutilmente antes de recuperar su máscara de desparpajo canalla. Miró de reojo hacia la calle antes de volver a mirarnos.

—De mis padres no hay mucho que contar, la verdad. Digamos que las relaciones familiares no son mi fuerte —soltó, dando largas con una evasiva tan sutil que a Carlota se le encendieron las alarmas de inmediato—. Actualmente vivo con mi

abuela en un piso pequeño cerca de la Estación de Sants. Ella es la única que me aguanta los guiones tirados por el salón y los horarios intempestivos.

Me quedé flotando en sus palabras. ¿Vivía con su abuela? Miré a Gabriel con una mezcla de sorpresa y una extraña ternura que intenté camuflar de inmediato. Detrás de ese físico imponente, de esa chulería y de sus besos salvajes, había parcelas de su vida que estaban completamente cerradas bajo llave. Su misterio, lejos de ahuyentarme, empezó a parecerme jodidamente magnético.

—¿Entonces tus padres no aprueban lo que haces?

Gabriel se encogió de hombros con indiferencia.

—Mis padres tenían unos planes muy… diferentes para mí —continuó Gabriel, tamborileando los dedos sobre el cristal de su vaso de cerveza—. Querían que estudiara ADE y pasara el resto de mis días vistiendo corbata y lidiando con asuntos que no son de mi agrado. Cuando les dije que me matriculaba en el Instituto del Teatro y que lo mío era el cine, la cosa no sentó precisamente bien.

—¿Te dieron un ultimátum? —pregunté, sintiendo una punzada de empatía que me recorrió el pecho. Su historia sonaba terriblemente familiar.

—Algo así —admitió él, encogiéndose de hombros con una madurez que me descolocó—. Digamos que decidí que era mejor pagar mi propio alquiler y buscarme la vida a mi manera que vivir bajo sus normas. El cine es mi pasión, jefa. Contar historias, actuar, ponerme en la piel de otros... Aunque sea para rescatar a herederas caprichosas. —volvió a dedicarme su mejor sonrisa traviesa y yo sonreí poniendo los ojos en blanco—. Eso vale más que cualquier oficina o empresa.

Me quedé mirándolo en silencio, conmovida a mi pesar. Así que la decisión de ser actor lo había distanciado de su familia por completo. Mientras yo usaba a Gabriel como un escudo de alquiler para protegerme de las exigencias de mis padres, él ya había librado esa misma batalla en su propia vida, y la había ganado a costa de su

propia comodidad. Vivía con su abuela, se rompía los cuernos en castings y trabajaba a destajo solo por defender su libertad.

Carlota y Marina se miraron de reojo, suavizando notablemente sus expresiones. De pronto el interrogatorio no resultaba tan gratificante como habían esperado. La chulería de Gabriel había dejado paso por unos instantes a un hombre real, con principios y una valentía que resultaba insultantemente atractiva.

—Bueno —dijo Gabriel, rompiendo el momento de seriedad con una sonrisa arrebatadora que volvió a iluminarle los ojos verdes —. Ya basta de dramas, que para eso ya cobro por horas. Mañana es martes, va a hacer un calor de justicia y creo que nos hemos ganado un descanso. ¿Qué os parece si mañana nos vamos todos a la playa? ¿Qué me decís?

—¿A la playa? —di un respingo en la silla, abriendo los ojos de par en par.

Gabriel me miró sin borrar la sonrisa.

—Sí, a la playa. ¿No te apetece?

—No —gemí.

—¿Por qué no? —intervino Carlota de pronto entusiasmada con la idea.

La miré incrédula.

—¿Que por qué no? —mascullé—. ¿Te has vuelto completamente loca? ¿Has escuchado lo que os acabo de contar sobre mis padres? Mi casa es una zona de guerra. Mi madre está a punto de sufrir un ataque y seguramente se arrepienta de haberse quedado embarazada y darme a luz, mi padre quiere confiscarme las tarjetas y tú sugieres que nos vayamos a tomar el sol al Bogatell como si estuviéramos de vacaciones en las Bahamas. No es el momento.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —se interesó Gabriel—. ¿Para eso quería tú madre que volvieras a casa?

—Están furiosos por la foto —lloriqueé con las manos en la cara.

—Precisamente por eso es el mejor momento, jefa —replicó él, inclinándose hacia mí y apoyando los brazos en la mesa, acortando la distancia—. Estás colapsada. Llevas dos días encerrada en una situación familiar que te está amargando el verano. Necesitas desconectar, que te dé el aire del mar y dejar el móvil apagado en la mochila durante unas horas. Además, a los actores nos viene muy bien tomar el sol para lucir sanos en las fotos de la prensa.

—¡A mí me parece una idea fantástica! —exclamó Marina, dando una palmada de entusiasmo que hizo que el camarero se girara de nuevo—. Gabi, por favor, hazle caso al chico. Llevas semanas sin pisar la arena por culpa de los rollos de tu línea de joyería y las cenas de compromiso. Mañana cerramos el taller, Carlota se pide el día libre en el bufete y nos vamos las tres con Gabriel a la playa. Un día de chicas... con un infiltrado de lujo.

—Yo voto a favor de la moción —secundó Carlota, enarcando una ceja con una sonrisa pícara—. Jurídicamente hablando, un día de playa no infringe ninguna norma en vuestro contrato de novio de alquiler. Al contrario, si algún fotógrafo os ve en bañador por el Poblenou, la historia de amor de verano se vuelve todavía más jugosa y real para el entorno de tu padre. Es una estrategia mediática perfecta, Uría. No tienes escapatoria.

Miré a mis dos amigas y luego a Gabriel. Él me sostenía la mirada con un brillo desafiante en sus ojos verdes y esa sonrisita traviesa que me decía que, por mucho que yo intentara ponerme digna e implacable, ya había perdido la batalla antes de empezar a discutir.

—No sé…

—Venga… —insistió Marina poniendo expresión de lástima muy al estilo del gato con botas.

—¡Oh! ¡Está bien! —cedí, soltando un suspiro cargado de falsa resignación mientras le daba el último trago a mi cerveza—.

Nos vamos a la playa mañana. Pero como me llame mi padre enfadado a mitad de la tarde, Gabriel, te toca a ti hacer de escudo humano.

—Eso está incluido en la tarifa de novio protector, reina —respondió él con un guiño descarado—. Tú no te preocupes por nada.

—Bueno, organicemos las cosas —intervino Marina, sacando su vena de organizadora—. Quedamos a las once en la playa del Bogatell, que es la más amplia y donde mejor se está. Yo me encargo de traer las toallas grandes y las sombrillas del taller.

—Yo me pido el suministro de supervivencia —añadió Carlota, tecleando algo en su móvil—. Prepararé una nevera portátil con hielo, mimosas caseras en termos para que no se calienten y unos picoteos finos. Nada de patatas rancias, que somos pijas venidas a menos, pero mantenemos la dignidad culinaria.

Todos nos echamos a reír.

—¿Y a mí qué me queda? —preguntó Gabriel, cruzándose de brazos con diversión.

—Tú pones el coche, Tienes coche, ¿verdad?

—Lo tengo, sí.

—Perfecto. Trae protector solar de factor cincuenta para que la jefa no se queme, y esos abdominales que van a justificar todo el escándalo mediático —le soltó Marina sin ningún tipo de filtro, haciéndome carraspear de golpe.

Gabriel volvió a reír.

—Entendido. Todo bajo control —rio Gabriel, levantándose de la silla y dejándonos unos billetes sobre la mesa para pagar la ronda —. Chicas, un placer, pero aún tengo que hacer algo y se me va a hacer tarde. Mañana nos vemos en la arena —se giró hacía mí—. Jefa, te recojo a las diez y media en tu portal. No te dejes el bikini más pequeño que tengas.

Me guiñó un ojo y antes de que pudiera replicar (o insultar un poco), se dio la vuelta y se marchó caminando a paso lento por las calles de Gracia, con la chaqueta de cuero al hombro y esa seguridad que volvía locos a todos a su paso. Me quedé mirándolo hasta que dobló la esquina, sintiendo que el estómago se me llenaba de mariposas nerviosas ante la perspectiva de verlo al día siguiente sin apenas ropa.

Capitulo 10

El espejo de mi vestidor me devolvía la imagen de una mujer que estaba perdiendo por completo el control de su propia farsa. Tenía la cama inundada de bikinis de todos los colores y cortes imaginables: desde los más discretos y elegantes de alta costura hasta los más diminutos que guardaba para escapadas secretas. Terminé poniéndome uno de color negro, de cordones finos, que dejaba muy poco a la imaginación y realzaba cada una de mis curvas. Al mirarme, sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura de la habitación.

Estaba caliente. Jodidamente caliente. No había otra forma de describirlo.

Me pasé las manos por el abdomen, sintiendo la piel de gallina mientras recordaba la firmeza de las manos de Gabriel en mis muslos dentro del laberinto de Horta. Cada vez que cerraba los ojos, revivía el olor a menta de su piel, el roce áspero de su barba contra mi cuello y esa urgencia salvaje con la que me devoraba la boca en el baño de Razzmatazz. El contrato me importaba cada vez menos; lo único que ocupaba mi mente de manera obsesiva eran unas ganas espantosas de acostarme con él, de arrancarle la camiseta gris, de sentir el peso de su cuerpo musculoso sobre el mío y descubrir si en la cama era tan implacable y pasional como lo era actuando.

—Concéntrate, Gabriela —me reñí en voz alta, intentando aplacar el incendio que me bajaba directo al vientre—. Es tu empleado. Solo estás alimentando una estrategia. Nada más.

Pero era una mentira insostenible. Me puse por encima un vestido de playa de ganchillo blanco, completamente calado, que dejaba ver a la perfección el bikini negro debajo. Me calcé unas sandalias, cogí unas gafas de sol gigantes y metí el protector solar en el capazo de paja.

Justo cuando terminaba de ajustarme el sombrero, el claxon del descapotable azul de Gabriel resonó en la calle. El corazón me dio un vuelco tan violento que tuve que apoyarme en la cómoda para no perder el equilibrio. Bajé las escaleras a toda velocidad, con la absoluta certeza de que mantener las distancias con él en bañador, bajo el sol abrasador del Bogatell, iba a ser la prueba de fuego más difícil de todo mi verano.

Crucé el portal de mi edificio y me topé de frente con la estampa más peligrosa que hubiera visto en mi vida. El descapotable azul de Gabriel estaba aparcado en doble fila, reluciendo bajo el implacable sol de la mañana. Él estaba apoyado en la puerta del conductor, con unas gafas de sol de espejo, unas bermudas de lino gris y una camisa de manga corta del mismo tejido, completamente abierta, que dejaba a la vista su pecho bronceado y perfectamente definido.

Cuando me vio salir, se quitó las gafas con una lentitud exasperante. Sus ojos verdes escanearon mi vestido de ganchillo blanco, deteniéndose de manera muy poco profesional en el bikini negro que se transparentaba debajo. Se quedó mudo unos segundos, tragando saliva.

—Buenos días, jefa —dijo al fin, con una voz que sonó rasgada, casi áspera. Me abrió la puerta del copiloto y se inclinó hacia mí para rozar mi mejilla con un beso de cortesía que me supo a poco—. Madre mía. Si tu intención era hacer que me estampara contra la primera farola de la Gran Vía, felicidades. Estás... espectacular no, lo siguiente.

—Gracias, Salas —respondí, subiéndome al asiento de cuero caliente y cruzando las piernas para intentar disimular el temblor de mis rodillas—. Tú tampoco te has esforzado poco en lucir como un figurante de anuncio de perfume. Veo que te tomas en serio lo de mantener los estándares estéticos de la farsa.

Gabriel rodeó el coche con una sonrisa traviesa dibujada en la comisura de los labios, se sentó al volante y arrancó el motor clásico. Enfílanos las calles del Ensanche en dirección al Poblenou con la

música de la radio mezclándose con el viento veraniego. El trayecto fue un ejercicio de contención insoportable. Cada vez que Gabriel metía la marcha, su antebrazo rozaba accidentalmente mi rodilla desnuda, enviando una corriente eléctrica directa a mi vientre que me obligaba a clavar las uñas en el bolso de paja.

—¿Has hablado con el cuartel general esta mañana? —preguntó de reojo, rompiendo el silencio mientras cruzábamos la calle Marina—. ¿Tus padres siguen enfadados?

Me encogí de hombros. Había decidido que disfrutaría del día y eso implicaba no pensar demasiado en mis padres.

—Tengo el móvil en modo avión en el bolso, Gabriel —admití, echando la cabeza hacia atrás sobre el respaldo—. No pienso dejar que me amarguen el día. Hoy solo quiero arena, sol, mimosas con las chicas y... bueno, ya sabes —me volví a encoger de hombros, mordiéndome el labio—. Pasarlo bien.

Gabriel soltó una carcajada, girando el volante para enfilar el paseo marítimo del Bogatell. Las palmeras recortaban un cielo azul impecable y el olor a salitre ya inundaba el habitáculo.

—Te vas a sorprender, reina —murmuró, lanzándome una mirada cargada de una complicidad tan densa que me hizo removerme en el asiento—. Prepárate.

La playa del Bogatell estaba en su máximo esplendor. El murmullo de las olas, la música de los chiringuitos y el olor a salitre nos envolvieron en cuanto aparcamos el descapotable. Marina y Carlota ya nos esperaban instaladas bajo una sombrilla de rayas, con una nevera portátil y una sonrisa cómplice que se divisaba desde el paseo marítimo.

—¡Por fin llega la pareja del año! —exclamó Marina, pasándome un termo plateado que olía a gloria—. Tomad, mimosas heladas para celebrar la libertad provisional de Gabi.

—Gracias, de verdad —dije, dejándome caer sobre la toalla grande y dándole un trago largo al cóctel. El frescor del champán

con naranja me bajó por la garganta, dándome el valor que tanto necesitaba.

Gabriel dejó el capazo de paja en la arena y, sin pensárselo dos veces, se desabrochó la camisa de lino gris y la tiró sobre su toalla. Me quedé a mitad de un sorbo, con la copa temblándome en la mano. Verlo sin camisa bajo la luz cegadora del sol de las doce de la mañana, su cuerpo era una provocación directa. Tenía los abdominales perfectamente marcados, el pecho ancho y bronceado cubierto por una ligera capa de vello que bajaba hacia el bañador oscuro, y unos hombros que delataban horas de gimnasio o de genética insultantemente buena.

Marina soltó un suspiro poco disimulado y Carlota enarcó las cejas, lanzándome una mirada de «disfruta del contrato, amiga».

—Bueno, jefa —dijo Gabriel, plantándose frente a mí con las manos en las caderas y esa sonrisa traviesa que me ponía enferma —. ¿Te vas a quedar ahí mirándome toda la mañana o vas a quitarte ese vestido de ganchillo? El calor aprieta y el agua tiene una pinta increíble.

Sentí que todos los ojos de la playa (y especialmente los suyos) se clavaban en mí. Me puse en pie despacio, sintiendo la arena caliente bajo las plantas de los pies. Con movimientos lentos, me deslicé el vestido blanco hacia arriba, dejándolo caer sobre la toalla.

Cuando me quedé en el bikini negro de cordones finos, Gabriel enmudeció por completo. Sus ojos verdes recorrieron la línea de mi cuello, bajaron por mi escote, mi cintura y se detuvieron en mis caderas con una intensidad tan física, tan posesiva y hambrienta, que sentí un vuelco salvaje directo en el vientre. La farsa se había disuelto en la arena caliente; lo que quedaba entre nosotros bajo el sol era pura y dura tensión sexual a punto de estallar.

Y yo quería que estallara.

Necesitaba que estallara.

—Bueno, antes de meternos al agua, alguien va a tener que hacerme el favor de ponerme protección en la espalda —dijo Gabriel, rompiendo el hechizo con una voz que sonó más ronca de lo habitual—. No quiero que mi representante me eche la bronca por quemarme el físico.

—Yo lo hago —me adelanté de golpe, antes de que Marina o Carlota tuvieran la brillante idea de ofrecerse. Cogí el bote de crema solar con manos temblorosas.

Gabriel se dio la vuelta, dándome la espalda. Me arrodillé en la arena detrás de él. Vertí una cantidad generosa de crema fría en mis palmas y, tras respirar hondo, apoyé las manos sobre sus hombros. El contacto directo de mi piel contra la suya me provocó una descarga eléctrica brutal. Tenía los músculos firmes, calientes por el sol y sumamente duros. Comencé a extender la loción con movimientos lentos, bajando por sus omóplatos, siguiendo la línea de su columna vertebral hasta rozar el borde de su bañador. Gabriel soltó un suspiro hondo, tensando la espalda bajo mis dedos.

—Jefa... —murmuró, girando ligeramente la cabeza, mirándome de reojo con esos ojos verdes oscurecidos por el deseo —. Si sigues dándome el masaje con esa lentitud, vamos a tener un problema de orden público en mitad del Bogatell.

—Cállate y camina —le espeté, con las mejillas ardiendo y el vientre encendido.

Me puse en pie de un salto, le agarré de la mano con firmeza y lo arrastré corriendo hacia la orilla, huyendo de las miradas divertidas de Marina y Carlota. Nos metimos de cabeza en el agua del Mediterráneo. El impacto del agua fría contra mi piel hirviendo fue un alivio momentáneo, pero la tregua duró poco.

En cuanto el agua nos llegó por la cintura, una ola más grande nos golpeó. Perdí el equilibrio, pero Gabriel fue más rápido: me agarró por las caderas con sus manos grandes y me atrajo hacia su cuerpo. El choque bajo el agua fue total. Mis piernas se enredaron de forma casi involuntaria alrededor de su cintura para no

caer, y me quedé completamente flotando, pegada a su pecho desnudo.

Bajo la superficie marina, el contacto de nuestros cuerpos sin apenas ropa era una provocación insoportable. Sentía la dureza de sus muslos, el roce sutil de los cordones de mi bikini contra su piel y el calor salvaje que emanaba de él a pesar del agua fría. Gabriel me sujetó con más fuerza, hundiéndome los dedos en los glúteos, elevándome un poco para clavar sus ojos verdes en los míos. Su respiración agitada me acariciaba la boca.

—Me estás volviendo loco, Gabriela —susurró contra mis labios, mientras las olas nos acunaban—. Esto ya no tiene nada que ver con ese maldito contrato.

Le respondí pegando mis labios a los suyos en un beso húmedo, salado y desesperado. Bajo el agua, nuestras manos recorrían la piel del otro con una urgencia que rozaba lo delictivo. La excitación era tan alta, tan asfixiante y caliente, que el mar entero parecía estar a punto de hervir a nuestro alrededor. Nos devorábamos con la certeza de que el autocontrol se había quedado enterrado en la arena, dejándonos el cuerpo vibrando de deseo justo cuando la tarde empezaba a caer.

Capitulo 11

Bajo la superficie templada del mar del Bogatell, el agua parecía haber entrado en ebullición. Tenía las piernas firmemente enredadas alrededor de la cintura de Gabriel, y el roce continuo de nuestras pieles desnudas, apenas separadas por las finas tiras de mi bikini negro, me estaba provocando una auténtica ceguera de deseo. Gabriel no tenía piedad; sus manos grandes y ásperas me sujetaban por las caderas con una fuerza brutal, hundiéndose en mi carne mientras me pegaba con violencia contra su pecho robusto. Sus labios se movían contra los míos con una voracidad salvaje, devorándome entre el vaivén de las olas, mientras su lengua reclamaba la mía con una urgencia que no tenía absolutamente nada que ver con el contrato de la agencia.

—Gabriel... Dios, Gabriel... —gemí directamente contra su boca cuando nos separamos apenas un milímetro para tomar aire. Tenía el vientre encendido, una pulsación ardiente que me exigía mandar la farsa y la decencia al fondo del Mediterráneo.

—A la mierda con todo, Gabriela —susurró él con una voz ronca, rota por la excitación, mientras bajaba los labios para morder suavemente la línea de mi cuello, haciéndome arquear la espalda bajo el agua. Sus dedos se deslizaron peligrosamente por debajo de la braguita de mi bikini, buscando un contacto aún más directo que me hizo soltar un grito ahogado.

Estábamos completamente perdidos en una marea de hormonas y roces clandestinos, ajenos al riesgo de estar a plena luz del día en una playa pública de Barcelona, cuando una sombra conocida se interpuso entre nosotros y el sol de la tarde. Un carraspeo exagerado y sumamente incómodo rompió el hechizo como un jarro de agua congelada.

—A ver, pareja del año... lamento ser la aguafiestas y cortar el rollo —soltó la voz de Carlota, que nos miraba desde pocos metros con el agua por las rodillas y los brazos cruzados—. Pero os aconsejo

que os cortéis un poco. Estamos en la playa del Bogatell a las dos de la tarde, la zona está plagada de familias y hay niños pequeños haciendo castillos de arena a tres metros de vosotros que no necesitan una clase de anatomía humana en directo. Salid del agua antes de que os pongan una multa por escándalo público.

Desenredé mis piernas de la cintura de Gabriel a toda velocidad, casi tropezando con una ola traicionera mientras sentía que las mejillas me ardían más que si me hubiera expuesto al sol del Sahara sin protección. Gabriel, por el contrario, se tomó su tiempo. Soltó una risita ronca, se pasó las manos por la cara para quitarse el agua salada y me lanzó una mirada de reojo cargada de una complicidad tan pecaminosa que me hizo temblar el vientre de nuevo.

—Gracias por el aviso, abogada —le gritó Gabriel a Carlota, saliendo del agua con esa percha de modelo que hacía que un par de chicas de las toallas vecinas se giraran descaradamente a mirarlo.

Caminé hacia la arena intentando mantener la cabeza alta, aunque la vergüenza y el sofocón me pesaban en cada paso. Me envolví de inmediato en la toalla grande que Marina me tendió con una sonrisa de oreja a oreja que amenazaba con partirle la cara.

—Bueno, bueno, bueno —comentó Marina en un susurro mientras nos sentábamos en las tumbonas—. Veo que el agua del Mediterráneo está especialmente terapéutica hoy. Casi os fundís en una sola persona, Gabi. Creo que el concepto de "explorar el presente" te lo has tomado al pie de la letra.

—Cállate, Marina, por favor —supliqué, escondiéndome detrás de mis gafas de sol gigantescas y dándole un trago desesperado a lo que quedaba de mi mimosa helada—. Ha sido... un momento de debilidad. El calor, el mar...

—Sí, claro, el cambio climático tiene la culpa —se burló Carlota, acomodándose bajo la sombrilla—. En fin, el caso es que vuestra farsa está alcanzando unos niveles de realismo que ya quisieran en Hollywood. Al menos os habéis desquitado del mal rollo de tu casa.

A pesar del sofocón inicial, el resto de la tarde transcurrió de maravilla. El sol empezó a caer lentamente, tiñendo el cielo del Bogatell de unos tonos rosados y dorados preciosos. Compartimos risas, devoramos las bravas y el picoteo que había traído Carlota, y jugamos a las cartas en la arena. Gabriel se integró de una manera tan limpia con mis amigas que por unas horas olvidé las tarjetas de crédito bloqueadas, las llamadas amenazantes de mi madre y las imposiciones de mi entorno. Éramos simplemente cuatro jóvenes apurando las últimas horas de un día de verano en Barcelona. Pero cada vez que los ojos verdes de Gabriel cruzaban la distancia de la toalla y se clavaban en los míos, la corriente seguía allí, intacta, esperando el menor descuido para volver a estallar.

El viaje de vuelta en el descapotable fue un ejercicio de contención insoportable. Con la piel todavía tirante por la sal del mar, el pelo revuelto y el sol escondiéndose tras los edificios, la atmósfera dentro del coche era casi sólida. Gabriel dejó primero a Marina en su portal del Poblenou con un abrazo cariñoso, y luego enfiló hacia el bufete de Carlota en la zona alta para dejarla cerca de su coche. Ambas se despidieron de mí con miradas cargadas de dobles sentidos y sonrisas cómplices.

Finalmente, nos quedamos solos. El descapotable avanzó por las calles de Sarrià hasta detenerse frente a mi portal. Apagó el motor y un silencio denso, cargado de expectativas, nos envolvió al instante.

—Ya he llegado —dije con una risa tonta.

—Ya lo veo.

El silencio volvió a apoderarse a nuestro alrededor pero no me moví. Cerré los ojos angustiada, preguntándome si tendría que ser yo quien diera el primer paso e invitarlo a subir.

A ver, que no me importaba. No era una santa precisamente y mucho menos virgen pero sí que era el primero con el que tenía un contrato para hacerse pasar por novio falso y aunque sin duda él me deseaba tanto como yo a él, ni siquiera tenía claras sus intenciones.

Y ya de paso ni siquiera tenía claras las mías propias.

—Bueno, jefa —murmuró Gabriel, quitándose las gafas de sol y haciendo que casi pegara un bote en el asiento. Sus ojos verdes brillaban con una intensidad peligrosa en la penumbra del coche—. ¿Qué tal la salida? ¿Sobreviviste al día de playa?

—A duras penas, Salas —respondí, intentando mantener mi voz firme, aunque por dentro el corazón me martilleaba las costillas.

Me giré hacia él para coger mi capazo de paja, pero Gabriel se adelantó. Me tomó suavemente de la nuca con su mano grande, atrayéndome hacia su cuerpo. Su boca buscó la mía en un beso de despedida que no tuvo nada de inocente. Fue un beso húmedo, lento, profundo, que me devolvió de golpe todo el calor que habíamos acumulado bajo el agua del Bogatell. Su lengua acarició la mía con una sensualidad que me dejó sin respiración, mientras sus dedos se enredaban en mi pelo. Cuando se separó apenas unos milímetros, nuestras respiraciones estaban completamente agitadas.

—Gabriel…

—No sé tú, Gabriela —sonrió ampliamente al decir mi nombre. Aún resultaba raro que nuestros nombres fueran tan similares y tal vez eso mismo me producía un revoltijo en el estómago—, pero yo me he quedado a medias en ese mar —susurró con una voz ronca que me bajó directo al vientre, rozando mi labio inferior con el pulgar—. ¿Me vas a invitar a subir a tu piso para terminar de revisar las cláusulas de este contrato, o tengo que volverme a Sants con las ganas?

Miré sus labios carnosos, su pecho entreabierto bajo la camisa de lino y mandé el orgullo a paseo.

—Sube, Gabriel —dije en un susurro cargado de deseo—. Sube y cállate de una vez.

Subimos en el ascensor en un silencio absoluto que resultaba casi ensordecedor. Gabriel no me quitaba los ojos de encima y yo sentía que el aire dentro del cubículo de madera se agotaba a cada piso que subíamos. Tenía las llaves del piso apretadas en el puño

con tanta fuerza que me dolían los dedos. Las hormonas iban a mil por hora. Solo pensaba en tirar el bolso al suelo, empotrar a mi empleado contra la pared del recibidor y arrancarle esa camisa de lino gris que tanto me había estado tentando durante todo el camino.

Llegamos al ático de Sarrià. Introduje la llave en la cerradura, giré el pomo con el corazón desbocado y empujé la puerta.

—Pasa —susurré, dándome la vuelta de inmediato para encararlo.

Gabriel entró, cerró la puerta a sus espaldas con el pie y, antes de que pudiera dar un solo paso, me agarró de la cintura, pegándome contra el recibidor. Su boca buscó la mía con una ferocidad salvaje, húmeda y desesperada. Le rodeé el cuello con los brazos, gimiendo entre sus labios, sabiendo que por fin íbamos a cruzar la línea definitiva. Sus manos grandes bajaron por mis caderas con posesión absoluta.

—Vaya… pero qué interesante.

Una voz fría, pausada y terriblemente familiar retumbó desde el fondo del pasillo, cortando el aire como un hacha de hielo.

Nos separamos de golpe, jadeando, con los ojos como platos. Gabriel se interpuso instintivamente delante de mí, cubriéndome con su cuerpo, mientras yo miraba por encima de su hombro musculoso hacia la penumbra del salón.

Sentado en uno de mis sillones de diseño, cruzado de piernas, con un vaso de whisky en la mano y una copia del contrato de alquiler de mi piso sobre las rodillas, estaba mi padre. Arturo Uría nos miraba con una expresión de hielo absoluto. Los dos nos tensamos en el acto.

Capitulo 12

El vaso de whisky de mi padre tintineó levemente cuando lo apoyó sobre la mesa de cristal. El silencio que siguió a su interrupción era tan espeso que casi tapaba el sonido de nuestras respiraciones agitadas. Yo seguía pegada a la espalda de Gabriel, con el corazón en la garganta y los labios todavía encendidos por el beso que acabábamos de interrumpir.

—Papá... ¿qué haces aquí? —atiné a decir, saliendo de detrás de Gabriel y recomponiendo mi vestido de playa con manos temblorosas—. Esto es una propiedad privada. No tienes derecho a entrar en mi casa así.

—Técnicamente, Gabriela, esta propiedad es de una de mis empresas filiales —respondió mi padre, levantándose despacio, con esa parsimonia implacable que utilizaba en las juntas de accionistas —. Así que tengo todo el derecho del mundo a comprobar en qué se gastan los recursos de la familia. Y lo que veo es a mi hija, la heredera de los Uría, a punto de revolcarse en el recibidor con un... espécimen que ni siquiera tiene la decencia de abrocharse la camisa para entrar en una casa respetable.

Gabriel dio un paso al frente, entornando los ojos verdes. La timidez o el respeto que pudiera haberle tenido a mi padre en el club de tenis habían desaparecido por completo. Se cruzó de brazos, tensando los bíceps bronceados.

—Señor Uría, modere el tono —soltó Gabriel, con una voz profunda, gélida y rasgada que me provocó un escalofrío—. Puede hablar con su hija todo lo que quiera, pero no le voy a tolerar que le falte al respeto. Ni a ella, ni a mí. Eres su padre. Aunque no estéis de acuerdo en algo las cosas se hablan, se discuten y todo lo que quiera pero siempre sin cruzar esa línea. Y a mí ni siquiera me conoce. Un mínimo de respeto es algo que merezco, ¿no le parece? Pensaba que de eso trataba la etiqueta de un caballero de la alta sociedad.

Mi padre enarcó una ceja, visiblemente sorprendido por la audacia de Gabriel, pero no tardó en recuperar su sonrisa de tiburón corporativo. Caminó hacia nosotros, deteniéndose a escasos centímetros de Gabriel. El choque de miradas era puro magnetismo destructivo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer, muchacho? ¿Darme un discurso motivacional de tu escuela de teatro? —se burló mi padre, con un desprecio absoluto—. Gabriela, el juego se ha terminado. Mañana a primera hora se cancelan tus tarjetas de crédito de forma definitiva. He hablado con el administrador: tienes cuarenta y ocho horas para desalojar este piso. Si tantas ganas tienes de vivir una aventura y revolcarte con… con este muchacho del sector del espectáculo, adelante. Empieza desde abajo. A ver cuánto os dura la pasión cuando tengáis que elegir entre pagar el abono de metro o comprar un cartón de leche.

La amenaza cayó como una losa de hormigón en mitad del recibidor. Miré a mi padre, sintiendo cómo las lágrimas de rabia contenida me quemaban los ojos, pero me negué a agachar la cabeza delante de él.

—¡No puedes hacerme esto!

—¿No puedo?

—¡Es mi vida!

—¡Y esto es mi dinero!

Lo miré furiosa y di un paso hacia delante. Podía notar las lágrimas traicioneras agolpándose en mis ojos. ¡No podía creerme que realmente fueran a hacerme eso! Pero no llegué a dar ese paso. Gabriel me detuvo, volviendo a ponerme detrás de él.

—No te preocupes por las cuarenta y ocho horas, señor Uría —soltó Gabriel. Su voz, extrañamente calmada, cortó el ambiente como una cuchilla—. Nos vamos ahora mismo. No nos hace falta tanto tiempo para salir de un sitio donde el aire es tan irrespirable.

Mi padre frunció el ceño. No se esperaba esa reacción. Gabriel se giró hacia mí, me cogió de la mano con una firmeza que me

devolvió toda la seguridad perdida y me miró directamente a los ojos.

—Gabi, ve al vestidor. Coge una mochila, mete lo básico para pasar la noche y un par de días y salgamos de aquí —me dijo en un susurro tierno pero inquebrantable.

Asentí con la cabeza, muda por el impacto. Caminé a zancadas hacia mi habitación, ignorando los bufidos de indignación de mi padre que resonaban en el salón. Metí de mala manera en un bolso de viaje un par de mudas, unos vaqueros, mi portátil y el neceser. Cuando regresé al recibidor, Gabriel me arrebató el bolso de las manos para cargarlo él y me abrió la puerta del piso.

—Estás cometiendo el mayor error de tu vida, Gabriela —sentenció mi padre desde el umbral del salón, con el vaso de whisky temblándole en la mano—. Si cruzas esa puerta, te olvidas de tu apellido.

—Prefiero olvidarme de mi apellido que de mi dignidad, papá —le espeté, dándole la espalda de golpe.

Salimos al pasillo y el ascensor nos bajó a toda velocidad hacia la calle. El aire fresco de la noche de Sarrià nos golpeó la cara. Gabriel metió mi bolso en el asiento trasero del descapotable, me abrió la puerta del copiloto y arrancó el motor con un rugido furioso que pareció una declaración de guerra contra todo mi mundo.

Cogimos la Diagonal a toda velocidad, dejando atrás el pijerío de la zona alta. Yo iba en silencio, con los brazos cruzados y temblando ligeramente, procesando que acababa de ser desheredada y expulsada de mi propia casa en menos de diez minutos. Gabriel estiró su mano derecha sobre la consola central, atrapó la mía y entrelazó sus dedos con los míos, apretando con fuerza.

—Tranquila, reina —murmuró, lanzándome una mirada verde cargada de dulzura—. Te tengo. Esta noche nos escondemos en mi terreno, en el Raval. Ahí tu padre no tiene poder para tocarte un solo pelo.

El descapotable se adentró en las entrañas del Raval, donde las calles se estrechaban tanto que los balcones de piedra casi parecían tocarse entre sí. El ambiente era radicalmente distinto al silencio sepulcral de Sarrià; olía a especias, a tabaco, a cerveza barata y a esa multiculturalidad vibrante que hace latir el centro histórico de Barcelona. Gabriel aparcó el coche en un garaje vigilado y me guió a pie por un laberinto de callejones empedrados hasta detenerse frente a un local sin cartel en la puerta, del que escapaba una luz roja mortecina y un ritmo de jazz underground sumamente sugerente.

—¿Qué…?

—Necesitas desconectar un poco.

—Sí, pero esto…

Miré la puerta del local.

—Bienvenida al búnker —me susurró al oído, empujando la puerta de madera desgastada.

El bar estaba lleno de sofás de terciopelo raído, paredes de ladrillo cubiertas de grafitis artísticos y un humo denso que flotaba bajo los techos altos. Nadie vestía de traje. Nadie hablaba de acciones. Gabriel me llevó directamente a una mesa del rincón más oscuro, junto a un balcón interior de madera, y pidió dos chupitos de tequila y dos cervezas artesanales al camarero, un tipo con los brazos tatuados que le saludó con un choque de puños cómplice.

—Tómate esto, reina —dijo Gabriel, empujando el vaso de tequila hacia mí—. Te va a ayudar a bajar la adrenalina del asalto de tu padre.

Me tomé el chupito de un trago largo, sintiendo cómo el fuego del alcohol me raspaba la garganta y me encendía un calor instantáneo en el estómago. Gabriel me imitó, sin dejar de mirarme con esos ojos verdes que en la penumbra roja del local parecían brillar con una luz salvaje.

—He mandado a la mierda toda mi vida en diez minutos, Gabriel —admití, apoyando los codos en la mesa y mirándolo

fijamente, sintiendo cómo el alcohol empezaba a diluir el miedo y a transformarlo en una audacia peligrosa—. No tengo tarjetas. No tengo piso en cuarenta y ocho horas. Oficialmente soy una indigente.

—Oficialmente eres libre, Gabriela —corrigió él, inclinándose sobre la mesa y atrapando mi barbilla con la yema de sus dedos largos—. Tu padre no puede comprar tu sumisión. Y mientras estés conmigo, te aseguro que no te va a faltar de nada. Ahora olvídate del mundo exterior. Mírame a mí.

La cercanía de su boca, el olor a menta de su aliento mezclado con el tequila y el roce de sus dedos en mi piel me provocaron un vuelco salvaje entre mis piernas. La frustración sexual acumulada en el mar del Bogatell y la rabia de la bronca familiar se fusionaron en una necesidad física asfixiante. Quería salir de ese bar, quería que me arrancara el vestido de lino y quería que me follase hasta que pudiera olvidarlo todo.

Aún así solo sonreí con amargura.

—Gabriel, gracias pero ni siquiera sé si podré pagarte y realmente ese contrato no sé si ya merece la pena. Yo…

Los dedos de Gabriel se apoyaron en mis labios, enmudeciendome y me perdí en la intensidad de su mirada.

—Solo a mí —insistió.

Sentí una fuerte sacudida.

—Quiero irme —dije, apartando su mano—. Quiero que nos vayamos.

—Ebtonces vámonos.

Dejamos los vasos vacíos sobre la mesa de madera y salimos del bar casi corriendo. Gabriel me llevaba de la mano, arrastrándome por un portal antiguo con escaleras de piedra desgastada que olían a humedad. Subimos los escalones de tres en tres en una penumbra apenas iluminada por bombillas amarillas. En cuanto metió la llave

en la cerradura de su pequeño piso y empujó la puerta, la contención saltó por los aires en un milisegundo.

No hubo tiempo para encender las luces. Gabriel tiró mi bolso de viaje al suelo con un golpe seco, cerró la puerta a sus espaldas con una patada y me estampó de espaldas contra la pared de la entrada.

—No sabes las ganas que tengo de hacer esto desde que nos bajamos del coche —susurró con una voz ronca, áspera, que me vibró directo en el vientre.

Su boca se estrelló contra la mía con una ferocidad salvaje que me vació los pulmones. Fue un beso abrasador, cargado de la adrenalina acumulada de la bronca con mi padre y de la excitación retenida en el mar del Bogatell. Le respondí con la misma desesperación, enredando mis manos en su pelo rebelde y tirando de él hacia mí para estrecharlo aún más fuerte. Gabriel soltó un gruñido contra mis labios y bajó sus manos grandes a mis caderas, levantándome del suelo sin ningún esfuerzo. Enganché mis piernas alrededor de su cintura, pegando mi cuerpo al suyo en una entrega total.

Caminó a ciegas por el pasillo corto hasta el dormitorio, guiado únicamente por la luz de la luna que entraba por el balcón. Nos caímos juntos sobre la cama. El colchón era firme y el contacto físico directo nos encendió la piel de inmediato. Gabriel se deshizo de su cazadora de cuero y de su camiseta negra en dos movimientos rápidos, dejando al descubierto su torso musculoso y caliente que brillaba en la penumbra. Yo me deslicé los botones del vestido de lino con dedos torpes, ansiosa por sentir el peso de su cuerpo desnudo sobre el mío.

Sus manos recorrieron cada rincón de mi piel con una posesión absoluta, haciéndome jadear a cada roce mientras sus labios descendían por mi mandíbula hasta morder suavemente mi cuello.

Sus dedos bajaron por mis hombros, apartando las tiras del bikini y sus manos grandes y ásperas alcanzaron mis pechos,

arrancándome un gemido cuando la yema de sus dedos presionaron los pezones duros y sensibles.

No estoy segura cómo terminamos de desnudarnos, posiblemente arrancandonos torpemente el resto de la ropa. El cuerpo desnudo de Gabriel era una obra de arte y su miembro largo y duro se presentó frente a mí.

Me mordí los labios con fuerza y me incliné hacia Gabriel, deslizando una mano a lo largo de su pene, masajeandolo suavemente.

—Joder, Gabi —murmuró él en mi oído, mordisqueando el lóbulo de mi oreja mientras que con una mano me apretaba una de mis nalgas, atrayéndome más a su cuerpo y con la otra jugueteaba con mis pechos.

Seguí moviendo mi mano alrededor de su erección, acariciando el glande y llenando los dedos de su presemen al mismo tiempo que los fuertes dedos de él se hundían entre mis piernas, buscando la humedad de mi sexo y las yemas de sus dedos empezaron a frotar hábilmente mi clítoris.

Ahogué un jadeo de placer cuando sus labios buscaron mi boca, volviendo a fundirse en un apasionado beso antes de que me penetrara con sus dedos, hundiendolos en mi interior.

—No… —musité abogada echando con esfuerzo la cabeza hacia atrás.

—¿No?

Los labios de Gabriel se curvaron en una sonrisilla y puse los ojos en blanco.

—Follame ya —gruñí.

Él dejó escapar una risita.

—Pensé que ya lo estaba haciendo.

—Que te…

No terminé la frase. Gabriel me empujó con suavidad, obligándome a tumbarme sobre la cama y me abrió las piernas con las dos manos, arrodillándose entre ellas. Agarró algo que había en una mesa al lado de la cama y pude ver cómo se deslizaba un condón antes de inclinarse sobre mí.

—¿Segura?

—Callate.

Gabriel volvió a reír antes de presionar con el extremo de su pene la abertura de mi sexo y se hundió en mi interior, arrancándome un grito de placer.

Me aferré con fuerza a su cuello con las dos manos y permití que de mis labios se escaparan constantes gemidos con cada una de las embestidas, penetrándome una y otra vez hasta que sentí como todo el placer estallaba en mi vientre con un fuerte orgasmo a la misma vez que él se ponía rígido, entrando en mi interior con fuerza antes de alcanzar su propio placer.

Capitulo 13

El olor a café recién hecho y el crujido de los muelles de una cama vieja me devolvieron a la realidad de golpe. Abrí los ojos despacio, parpadeando ante la luz intensa de la mañana que se filtraba por las rendijas del balcón del Raval. Tardé dos segundos en recordar dónde estaba y por qué sentía la piel tan encendida. Gabriel estaba tumbado a mi lado, bocarriba, con un brazo detrás de la cabeza y los ojos verdes fijos en mí, brillando con una mezcla de ternura y ese descaro canalla que ya era su marca registrada. Tenía las sábanas blancas cubriéndole apenas las caderas, dejando a la vista ese pecho esculpido que anoche me había servido de refugio.

—Buenos días, jefa —murmuró con una voz tan ronca y profunda que me provocó un escalofrío instantáneo en el vientre—. ¿Qué tal se duerme en mi cama?

—Mucho mejor de lo que esperaba, Salas —respondí, estirando los brazos y regalándole una sonrisa tímida, algo raro en mí—. Aunque tengo que admitir que este colchón tiene más historia que la catedral del Mar.

Gabriel soltó una carcajada, incorporándose sobre los codos. Me fijé en el dormitorio: era pequeño, con paredes de ladrillo, una estantería abarrotada de guiones cinematográficos y un par de carteles de películas de culto independientes. No había muebles de diseño ni vajilla de plata, pero desprendía una calidez que jamás había sentido en el ático de Sarrià.

—Oye... —dije, apoyando la barbilla en su pecho desnudo, trazando círculos invisibles sobre su piel caliente—. Dijiste que vivías con tu abuela en Sants. ¿De quién es este piso entonces?

—Es mío, Gabriela —respondió él, acariciándome el pelo con suavidad, con un orgullo genuino en la mirada—. Vivir con mi abuela es por cuidarla, que ya está mayor y me necesita y ella fue la única que me abrió las puertas de su casa cuando lo necesité. Pero este rincón lo compré hace un año. Metro a metro. Con cada céntimo que

gané en la serie de televisión que rodé y los anuncios que he hecho. No me ha ayudado nadie. Es pequeño, está en el Raval y los vecinos hacen ruido, pero es mi santuario. Mi libertad.

Me quedé mirándolo, completamente admirada. Mientras yo había vivido en una burbuja de oro financiada por los barcos de mi padre, el hombre que tenía delante se había construido su propio mundo con puro talento y esfuerzo. El deseo de anoche se transformó en un respeto profundo que me encogió el corazón. Gabriel no era solo un actor guapo con el que desquitarme de mi familia; era el hombre más real y valiente que había conocido en toda mi vida.

—Así que metro a metro... —murmuré, estirándome para morderle suavemente el hombro—. Eres una caja de sorpresas, Salas. Además de actor, propietario independiente. Te estás volviendo peligrosamente ideal para ser un novio de mentira.

—Te lo advertí, jefa. Soy un profesional en todo lo que hago —rio Gabriel, dándome un azote cariñoso en la cadera antes de destaparse por completo, dejándome disfrutar de la vista de su espalda esculpida mientras se ponía unos pantalones cortos—. Quédate en la cama. Voy a bajar a la cafetería de la esquina a por unos cruasanes de chocolate que te van a hacer olvidar el Paseo de Gracia.

—¿Quieres que yo haga algo mientras? —, pregunté.

Él sacudió la cabeza y terminó de meterse una camiseta limpia por la cabeza antes de volver a mirarme.

—Solo descansa un poco más.

Se inclinó para darme un rápido beso en los labios y salió de la habitación.

En cuanto escuché el click de la puerta principal al cerrarse, me estiré como un gato entre las sábanas que aún olían a él y busqué desesperadamente el móvil en el bolso de viaje. Tenía el chat de grupo echando humo. Tenía varios mensajes desde la noche

anterior y habían pasado de ser tipo cachondeo a preocupación genuina.

Gabi: Chicas. Sigo viva.

Carlota: ¿Qué has estado haciendo? Tenías el móvil muerto.

Gabi: Cuando llegué a casa mi padre estaba allí. Me echó de la casa.

Marina: ¿Qué demonios? ¿Por qué no nos lo dijiste ayer?

Carlota: ¿Dónde has pasado la noche?

Dudé un segundo.

Gabi: En casa de Gabriel.

Marina: ¿De Gabriel? Pillina. ¿Y qué tal la noche?

Sonreí y me enrollé más entre las sábanas de la cama.

Gabi: Oficialmente he cruzado el rubicón. Y la línea del contrato. Y todo lo que se podía cruzar.

Marina: ¡¡SABÍA YO!! ¡A ver, detalles! ¿Y dónde estás ahora?

Gabi: Estoy en el Raval. Sigo en el piso de Gabriel.

Carlota: A ver, que mi mente lo procese. ¿El actor te ha rescatado de las garras de tu padre y has terminado pasando la noche en su casita? Exijo confirmación de si el rendimiento estuvo a la altura del presupuesto.

Marina: ¡Ualaaa! Me los imagino en plan película romántica. Gabi, confiesa: ¿se portó como un novio devoto o como el dios griego que sospechábamos en la playa? Contesta ya que me muero.

Gabi: ¡Callaos! Ha sido... increíble, ¿vale? Es el tío más real del mundo. Pero tenemos problemas serios. Mi padre me congela las tarjetas hoy mismo y me echa de Sarrià. Necesito tu conocimiento

legal, Carlota. Quiero seguir con mi línea de joyería por mi cuenta y necesito saber qué dinero es legalmente mío para alquilar algo.

El tono de broma de las chicas cambió al instante en la pantalla. Marina mandó tres emoticonos de corazones y Carlota se puso en modo profesional.

Carlota: Cuenta con ello. Esta tarde revisamos los estatutos de la marca. Si registramos la firma a tu nombre, ese capital está blindado. Te voy a ayudar a buscar un piso mono por Gracia o Poblenou para que mandes a tu padre a paseo definitivamente. Eres libre, Gabi. Nosotras te cubrimos.

Marina: Y puedes quedarte con nosotras todo el tiempo que necesites mientras encuentras algo. No te preocupes.

Gabi: Gracias, chicas. No sé qué haría sin vosotras.

Carlota: Ahora tienes a Gabriel.

Marina: Eso de que se llamen igual debía ser cosa del destino.

Carlota: jajaja.

Gabi:Muy graciosas.

Bloqueé la pantalla justo cuando escuchaba las llaves de Gabriel en la cerradura. Dejé el móvil en la mesilla con una sonrisa, pero en cuanto mis pies descalzos tocaron el suelo frío del Raval, una punzada de realidad me encogió el estómago. Estaba a punto de empezar desde cero, y el vértigo era real.

Gabriel entró cargado con una bolsa de papel de la que salía un olor celestial a mantequilla y café recién molido. Desayunamos sentados en el borde de la cama, compartiendo el cruasán de chocolate y riéndonos de las anécdotas de sus castings más desastrosos. Estar con él era fácil, casi natural, pero en cuanto se metió en la ducha para irse a un ensayo, mi teléfono volvió a vibrar con una videollamada entrante de Marina y Carlota.

Giré la pantalla para que no se viera el fondo de la habitación y acepté la llamada. Las caras de mis amigas aparecieron de inmediato; estaban juntas en el despacho de Carlota.

—Gabi, hemos estado revisando los números de la sociedad de joyería —empezó Carlota, directa como siempre, pero con una suavidad inusual en su voz—. Tienes capital suficiente para independizarte. Mañana mismo podemos firmar el papeleo. Vas a poder volar sola.

—Eso es genial, de verdad —dije, intentando forzar una sonrisa, pero sintiendo un nudo opresivo en la garganta.

Marina se acercó más a la cámara, entornando los ojos con preocupación sincera.

—Gabi, cariño... deja los números a un lado un segundo. ¿Cómo estás tú? Sabemos que estás cabreada con tu padre, pero... siempre has sido muy niña de papá y mamá. Te pasas el día quejándote de sus normas, pero los adoras. Esto de que te congelen las cuentas y te echen de casa va a ser jodidamente duro para ti. Alejarse de la familia de esta manera duele muchísimo.

Las palabras de Marina me dieron directo en el centro del pecho. Toda la fachada de heredera rebelde y autosuficiente que había mantenido en las últimas horas se desmoronó por completo. La realidad me cayó encima como una losa de hormigón. Era verdad. A pesar de sus manías aristocráticas y estúpidas, de Borja de la Quadra y de sus exigencias, eran mis padres. Eran los que me habían cuidado siempre, los que desayunaban conmigo los domingos en Paseo de Gracia. Pensar que ahora me miraban con desprecio y que me habían desterrado hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Una lágrima gorda y caliente resbaló por mi mejilla, seguida de otra. Me tapé la boca con una mano, sintiéndome de repente completamente desolada, pequeña y asustada en medio de ese piso del Raval que no era el mío.

—Ay, Gabi... no llores, por favor —pidió Marina, con los ojos empañados también a través de la pantalla—. Te prometo que todo se va a arreglar. Nos tienes a nosotras.

—Bueno, ¡basta de dramas que me vais a hacer correr el rímel a mí también! —intervino Carlota con falsa severidad, dándole un golpe cariñoso a la mesa de su despacho—. Gabi, mírame. Eres una Uría, pero de las que tienen agallas. Vas a salir de esta reforzada, y tus padres acabarán bajando la cabeza cuando vean el imperio que montas por tu cuenta. Pero hoy no es el día de enterrarse en vida.

Me limpié las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano, soltando un suspiro tembloroso mientras intentaba recuperar el aire.

—¿Y qué sugieres que haga? —pregunté con un hilo de voz.

—Te recuerdo que hoy es mi cumpleaños —dijo Carlota, enarcando una ceja con una sonrisa de lo más perversa—. Y he organizado una fiesta de las que hacen época en un reservado del Born. No pienso dejar que el dictador de tu padre me amargue la noche, y mucho menos a ti. Te quiero ver allí vestida de infarto. Marina y yo pasamos a buscarte al Raval a las ocho.

—¿Y Gabriel? —Marina asomó la cabeza por la pantalla, guiñando un ojo—. Supongo que el guardaespaldas de alquiler tiene un pase vip para la celebración, ¿no? Nos vendrá de miedo para que marque territorio si aparece algún clon de Borja por el local.

Me reí por lo bajo, sintiendo cómo el nudo del pecho se aflojaba un poco gracias a la insistencia de mis aliadas. Miré hacia la puerta del baño, de donde aún llegaba el sonido del agua y los canturreos desenfadados de Gabriel.

—Sí, vendrá con nosotras —admití, sintiendo que el corazón me daba un vuelco mucho más dulce—. Le diré que tiene horas extras esta noche.

—¡Perfecto! Nos vemos luego, Gabi. Te queremos —se despidieron las dos antes de colgar la llamada.

Me quedé mirando la pantalla apagada del móvil, respirando hondo. El futuro daba miedo y la distancia con mis padres me dolía en el alma, pero al levantarme de la cama y ver a Gabriel salir del baño con una toalla en la cintura y esa sonrisa traviesa suya lista para comerse el mundo, supe que en esa pequeña fortaleza del Raval no iba a estar sola. La noche en el Born prometía ser salvaje, y yo estaba dispuesta a quemar Barcelona entera con tal de olvidar mis penas.

Capitulo 14

El local del Born era justo lo que Carlota necesitaba para celebrar sus veintiocho años: un reservado oscuro con paredes de piedra del siglo catorce, sofás de cuero capitoné, luces de neón rojas y un barman que preparaba unos cócteles que entraban como agua pero golpeaban como un camión de carga. Para cuando llegamos, el ambiente ya estaba caldeado, la música retumbaba en las paredes y yo llevaba encima dos copas de champán que me habían borrado de un plumazo el sofocón de la mañana.

Me había puesto un minivestido negro de satén con la espalda completamente al aire. Gabriel, que caminaba a mi lado sosteniéndome por la cintura, vestía unos pantalones oscuros y una camisa negra de seda que llevaba con los tres primeros botones desabrochados. Cada vez que nos movíamos por el local, su cuerpo rozaba el mío, recordándome con una electricidad sutil que esa noche las reglas del contrato se habían quedado flotando en el puerto.

Aunque mejor mirado ya la noche anterior habíamos sobrepasado esas reglas. Y me había encantado.

—Vaya, la exheredera ha venido a quemar el Born —se burló Carlota, acercándose a nosotros con una copa de gin-tonic en la mano y dándome un abrazo—. Estás espectacular, Gabi. Y tú, Salas, gracias por traerla sana, salva y con esa percha. Estás invitado a barra libre toda la noche por los servicios prestados.

—Un placer, letrada. Felicidades —respondió Gabriel con su sonrisa más traviesa, chocando su vaso con el de ella—. Ya sabes que por la jefa hago las horas extras que hagan falta, incluso si implican aguantar la música comercial de este sitio.

Marina apareció por detrás, vestida con un mono ajustado de color verde esmeralda, pero su sonrisa habitual de fiesta parecía un poco forzada. Tenía los ojos fijos en la pantalla de su móvil, tecleando con una insistencia nerviosa que me llamó la atención de

inmediato. Me acerqué a ella, aprovechando que Gabriel se había girado para pedir una ronda de chupitos en la barra del reservado.

—Marina... ¿qué pasa? —le susurré al oído, poniéndole una mano en el hombro—. Tienes cara de estar esperando un mensaje de la Interpol. ¿Es por Liam?

Marina soltó un suspiro tembloroso, guardando el teléfono en el bolso con dedos torpes. Me miró con los ojos empañados por una mezcla de alcohol y miedo real.

—Gabi... ha vuelto a pasar —confesó en un murmullo que apenas escuché por encima de la música—. Esta tarde, antes de venir, pasé por el taller a recoger unos pendientes. La puerta de Liam estaba entornada. Había un hombre dentro con él. Un tipo trajeado, con acento extranjero, que le estaba gritando en alemán. Escuché perfectamente que le decía que "el plazo en Barcelona se había terminado" y que si no entregaba lo que faltaba antes del fin de semana, la chica de la foto pagaría las consecuencias.

—¿Qué chica? —preguntó Carlota, que se había pegado a nosotras al notar la tensión.

—Eso es lo peor, chicas —Marina tragó saliva, temblando—. Cuando el tipo salió del taller, entré corriendo a ver a Liam. Estaba blanco, con la mirada perdida. Sobre su mesa de trabajo había una fotografía de carné arrugada. Me acerqué a mirarla... y la chica de la foto soy yo.

El frío me recorrió la espalda de golpe, anulando por completo el efecto del champán. Carlota y yo nos miramos, horrorizadas por lo que Marina acababa de soltar. La música del Born seguía retumbando a nuestro alrededor, pero en nuestro rincón del reservado el aire se había vuelto irrespirable.

—A ver, Marina, ¿me estás diciendo que ese maldito loco tiene una foto tuya en su mesa y que un tipo peligroso te está usando como amenaza? —Carlota activó su modo protector implacable, agarrando a Marina de las manos—. Esto ya no es una tontería. Esto

es una coacción en toda regla. Mañana mismo ponemos una denuncia. No vas a volver a pisar ese taller.

—No puedo denunciar, Carlota —lloriqueó Marina, limpiándose una lágrima traicionera—. Liam me suplicó que no llamara a la policía. Dijo que si los Mossos se metían por medio, esos tipos actuarían más rápido. Dijo que me va a proteger, pero tengo un miedo espantoso.

Antes de que la conversación nos hundiera en un ataque de pánico colectivo, Gabriel regresó de la barra sosteniendo una bandeja con cuatro chupitos de tequila y rodajas de lima. Captó la tensión en el acto; su mirada verde se afiló, escaneando nuestros rostros serios.

—Oigan, ¿qué pasa aquí? —preguntó, apoyando la bandeja en la mesa baja y dando un paso hacia mí—. Tenéis cara de estar planeando un atraco. ¿Va todo bien, Marina?

—Sí, sí, cosas de chicas, Salas —disimuló Carlota, dándole un trago largo a su copa y forzando una sonrisa—. Demasiadas hormonas y dramas financieros en una sola mesa. Nada que un buen trago no cure. Venga, ¡arriba esos vasos, que es mi cumpleaños!

Chocamos los vasos y el tequila nos bajó quemando por la garganta. Gabriel no pareció muy convencido con la respuesta de Carlota, pero decidió no presionar. Dejó su vaso vacío, se giró hacia mí y me rodeó la cintura con su mano grande, atrayéndome hacia su cuerpo con una firmeza que me hizo soltar un suspiro ahogado.

—Jefa, estás demasiado metida en tu cabeza esta noche — me susurró al oído, rozando mi piel con sus labios carnosos—. Has venido aquí a olvidar tus penas, ¿te acuerdas? Olvídate de los contratos, de los padres y de los problemas por unas horas. Ven a bailar conmigo.

Me miró con esos ojos verdes cargados de una promesa tan física que sentí un vuelco salvaje en el vientre. Miré a Marina, que me hizo un gesto con la cabeza animándome a irme, intentando

quitarle hierro a su propio problema. Carlota me hizo los mismos gestos, haciéndome entender que ella hablaría con Marina. Asentí con la cabeza y agarré a Gabriel por las solapas de su camisa negra de seda y dejé que me arrastrara directamente hacia el centro de la pista de baile, dispuesta a perder el control por completo.

La pista de baile del Born era un hervidero de luces rojas y sombras parpadeantes. La música cambió de golpe, cayendo en un ritmo de R&B lento, pesado y sumamente sensual que parecía diseñado exclusivamente para ponernos a prueba. Gabriel no tardó ni un segundo en reclamarmel; dio un paso al frente y me pegó por completo a su cuerpo, rodeándome la cintura con ambas manos de una manera tan firme que sentí la dureza de sus muslos contra los míos.

—Estás increíblemente sexy con este vestido negro, Gabriela —susurró con una voz ronca que me vibró directo en el pecho, mientras empezaba a mover sus caderas al compás de la música.

Le di la espalda de forma fluida, pegando mis glúteos a su pelvis y arqueando ligeramente la columna. Al tener la espalda totalmente al aire, el contacto directo de sus manos grandes y cálidas contra mi piel desnuda me provocó un escalofrío brutal. Sentía la tela de seda de su camisa rozando mis hombros a cada movimiento. Gabriel soltó un gruñido ahogado contra mi nuca y bajó sus dedos lentos por mis costados, apretándome con posesión absoluta mientras nos movíamos muy pegados, ajenos por completo al resto de la discoteca.

Desde el reservado, Marina y Carlota nos miraban fijamente sobre sus copas. Marina me guiñó un ojo con una sonrisa pícara, olvidando por un segundo su problema o puede que más tranquia después de que Carlota hubiera encontrado una solución, y Carlota levantó su vaso haciendo un brindis silencioso de puro pitorreo. El alcohol de los chupitos y el champán me corría por las venas, nublándome el juicio y encendiéndome un deseo asfixiante que ya no quería ni podía frenar.

Giré la cabeza hacia atrás, clavando mis ojos en los suyos. Gabriel se inclinó de inmediato, rozando mis labios con los suyos en un beso rápido pero exasperantemente húmedo que me supo a poco. Tenía la respiración totalmente agitada y sus ojos verdes estaban oscuros, fijos en mí con un hambre que amenazaba con hacernos saltar por los aires allí mismo, en mitad de la pista de baile.

El alcohol y la música pesada terminaron por nublarme la vista por completo. Para cuando salimos del Born, la noche era un borrón de luces y risas lejanas, y yo apenas podía mantenerme en pie sobre mis tacones de aguja. Gabriel me cargaba prácticamente en vilo, con su brazo robusto rodeándome firmemente por la cintura mientras subíamos los escalones de piedra de su portal en el Raval. Yo me reía de cualquier tontería, borracha de tequila, de champán y, sobre todo, de unas ganas salvajes de devorarlo que ya no cabían en mi pecho.

En cuanto la puerta del piso se cerró tras nosotros con un golpe seco, la poca cordura que me quedaba se desintegró.

—Gabriel... ya no puedo más —gemí, dándome la vuelta y tirando de las solapas de su camisa de seda negra con desesperación.

Él no respondió con palabras. Soltó un gruñido ronco, me agarró de las caderas con sus manos grandes y calientes y me estampó de espaldas contra la pared del recibidor. Su boca se estrelló contra la mía en un beso feroz, húmedo y desesperado, que sabía a alcohol y a una urgencia contenida que nos quemaba las entrañas. Le abrí los labios al instante, enredando mi lengua con la suya en un choque salvaje, mientras mis manos subían por su cuello para aferrarme a su pelo rebelde.

Gabriel bajó una de sus manos por mi muslo descalzo, arrugando la tela de satén de mi minivestido negro, y tiró de ella hacia arriba con fuerza. Me levantó del suelo sin ningún esfuerzo, obligándome a enganchar mis piernas alrededor de su cintura. Soportando todo mi peso con sus brazos musculosos, caminó a

ciegas por la penumbra del pasillo directo al dormitorio, sin romper el beso ni un solo segundo.

Nos caímos juntos sobre la cama en una maraña de extremidades y jadeos asfixiantes. Gabriel se deshizo de su camisa en un movimiento violento, enviando los botones a volar por el suelo, y el contacto directo de mi pecho contra su torso desnudo y sudoroso me provocó una descarga eléctrica brutal que me hizo arquear la espalda. Sus manos recorrieron cada centímetro de mi piel con una posesión absoluta, bajando la cremallera de mi vestido para dejarme completamente expuesta ante sus ojos verdes, que brillaban con un hambre insaciable bajo la luz de la luna.

Cada roce de sus labios calientes bajando por mi cuello, cada caricia firme de sus dedos hundiéndose en mis caderas, en mi vientre o mis pechos me dejaba sin aliento, sumergiéndome en una marea de sensaciones ardientes y jadeos compartidos que retumbaban en las paredes del pequeño piso.

—Jodee, Gabi… —su voz sonó tan baja y tan ronca que me estremecí—. Eres preciosa.

Me mordí los labios con fuerza. Mi clítoris palpitaba con fuerza bajo la fricción despiadada de sus dedos.

Ni siquiera me di cuenta en qué momento se puso un condón, pero sentí como la presión de su pene apretaba contra la humedad de mi abertura, succionandolo con avidez con un fuerte gemido mientras me aferraba con fuerza a las sábanas de la cama, arrastrando la espalda por la cama una y otra vez con cada una de sus embestidas hasta que todo se volvió rojo, alcanzando el orgasmo.

Nos devoramos mutuamente hasta el amanecer, perdiendo por completo la noción del tiempo y posiblemente repitiéndolo varias veces antes de quedar finalmente dormida.

Capitulo 15

El despertar fue como si un batallón de castellers de Vilafranca hubiera decidido ensayar su estructura más pesada directamente sobre mi frente. Me di la vuelta entre las sábanas con un gemido que sonó a lamento prehistórico, parpadeando ante la luz del sol del Raval que se filtraba por el balcón. Tenía la boca seca, sabor a tequila y la piel todavía extrañamente sensible. Al estirar el brazo, me topé con el torso desnudo de Gabriel. Estaba bocarriba, con los ojos cerrados, una sonrisa perezosa en los labios y el pelo castaño completamente alborotado tras la salvaje noche.

—Buenos días, jefa —murmuró sin abrir los ojos, rodeándome la cintura con su brazo musculoso para pegarme a su costado caliente—. Vaya forma de quemar Barcelona. Anoche bailabas como si no tuvieras un mañana.

—Anoche bebí como si no tuviera un hígado, Salas —protesté, escondiendo la cara en el hueco de su cuello, aspirando su olor a limpio y menta que me calmaba el dolor de cabeza—. Creo que los barman del Born le pusieron algo ilegal a mis chupitos. Me tiembla todo el cuerpo.

Gabriel soltó una carcajada ronca que le vibró en el pecho, pero antes de que pudiera responder con una de sus típicas burlas, un tono de llamada estridente cortó el ambiente íntimo del dormitorio. Gabriel resopló, estiró el brazo y cogió el móvil de la mesilla de noche.

—¿Sí? Dime, Montserrat —respondió, incorporándose sobre los codos y dejando a la vista sus abdominales perfectamente definidos—. Sí, ya sé que es martes... ¿Cómo? ¿Hoy? Pero si la sesión de fotos estaba programada para la semana que viene.

Me quedé mirándolo, intentando procesar la información a través de mi neblina alcohólica. Gabriel escuchó atentamente a su agente durante un minuto, frunciendo el ceño y tensando sutilmente la mandíbula.

—Vale, de acuerdo. En dos horas estoy en el Palau Robert. Sí, llevo lo que acordamos—colgó el teléfono y me miró con una mezcla de disculpa y un brillo de pura picardía en sus ojos verdes—. Jefa, se han adelantado los planes de la agencia. Montserrat dice que la marca de moda urbana con la que tengo el contrato quiere hacer hoy mismo una sesión de fotos casual para las redes. Es en los jardines del Palau Robert. Y me ha pedido explícitamente que te lleve conmigo.

—¿A mí? ¿Para qué? —pregunté, abriendo los ojos de par en par.

—Dice que el cotilleo de la foto de Razzmatazz ha funcionado de miedo. La marca quiere aprovechar el tirón de "la pareja del verano" para darle realismo a la campaña. O sea, que te toca trabajar de verdad, Gabriela. Te vienes conmigo a hacer de novia oficial ante los focos. Levántate, que el probador nos espera.

Parpadeé aún procesando toda la información.

—¿Qué…?

Gabriel se inclinó en la cama para darme un rápido beso en los labios y se levantó completamente.

Mientras Gabriel se metía en la ducha a toda velocidad, yo aproveché para sentarme en el borde de la cama y encender el móvil con los dedos temblorosos. Mis amigas ya estaban activas.

Gabi: Chicas, sigo viva pero mi cabeza va a estallar. ¿Cómo estáis vosotras?

Carlota: Muerta.

Marina: No pienso volver a beber jamás.

Sonreí, frotándome la sien derecha despacio.

Gabi: Hay novedades: la agencia de Gabriel nos ha convocado a una sesión de fotos YA en el Palau Robert. Quieren usar el tirón de

lo de Razzmatazz. Voy de acompañante oficial.

Carlota: ¡Brillante! Publicidad orgánica para justificar tu farsa. Tu padre va a necesitar tila doble cuando vea las fotos en Diagonal.

Marina: ¡Qué fuerte! Gabi, aprovecha! Igual hasta te vuelves modelo y no tienes que preocuparte de nada más.

Gabi: ja, ja. Mejor seguiré confiando en la línea de joyería. ¿Qué tal estás?

Marina: Sigo algo nerviosa por lo de Liam, pero posiblemente me estaba dejando llevar por el pánico. Ya he hablado con él con más calma. Luego hablamos con más calma.

Guardé el teléfono sintiendo una mezcla de adrenalina y mareo. Una hora más tarde, el descapotable azul nos dejaba en la confluencia de Paseo de Gracia con Diagonal. Los jardines del Palau Robert eran un oasis verde en mitad del bullicio del Ensanche, llenos de palmeras, hiedras y una luz matinal que cortaba la respiración.

Allí nos esperaba ya el equipo de TalentBCN. Montserrat nos saludó con un beso rápido en cada mejilla y nos presentó a la fotógrafa, una chica llamada Chloe que llevaba tres cámaras colgadas del cuello y cara de no tener tiempo ni para respirar.

—A ver, pareja —soltó Chloe, colocándonos directamente bajo la sombra de una gran palmera—. La marca busca frescura urbana. Nada de posados rígidos. Quiero complicidad real. Gabriel, abrázala por detrás. Gabriela, bájate un poco las gafas de sol y mírale de reojo con cara de estar locamente enamorada.

Gabriel no se lo pensó dos veces. Dio un paso al frente y me pegó a su pecho, rodeándome la cintura con sus manos grandes por encima de mi vestido veraniego. Su respiración, que aún olía a la menta del dentífrico, me acarició la nuca de inmediato. El contacto físico diurno, frente a los focos y con los paseantes de la Diagonal mirándonos a través de la verja, me provocó un vuelco salvaje.

—Estás temblando, jefa —me susurró al oído con esa voz ronca, mientras Chloe empezaba a disparar las cámaras con un

rítmico click-click-click—. Sonríe, que la farsa de hoy cotiza al alza.

—Cállate, Salas —murmuré entre dientes, forzando mi mejor sonrisa para el objetivo mientras sentía que la temperatura entre nosotros volvía a rozar el punto de ebullición.

Nunca antes había posado para una sesión de fotos profesional pero era más cansado de lo que realmente parecía. Había que poner la expresión exacta que te pedían, la postura sin que resultara rígida y poco natural. Gabriel estaba acostumbrado a todo eso pero a mí me costaba actuar natural y mucho más con su cuerpo continuamente provocando al mío, aunque también era porque estaba con él que podía con todo eso.

—¡Perfecto! Así, seguid así. Ahora caminaos de la mano hacia la fuente. Gabriel, bromea con ella. Gabriela, échate a reír —ordenaba Chloe sin parar de disparar desde distintos ángulos.

Cumplimos las órdenes al pie de la letra. Gabriel me susurraba barbaridades al oído sobre lo que me quería hacer en cuanto estuviéramos a solas, consiguiendo que mis carcajadas sonaran completamente reales ante la cámara. Nos abrazamos junto a los rosales, caminamos entrelazando los dedos por los senderos de gravilla y nos regalamos miradas cargadas de complicidad y deseo que empezaba a resultar insoportable. Para los ojos del equipo y de los curiosos que se asomaban a la verja del Palau Robert, éramos la viva imagen del amor de verano. Una pareja idílica, fresca y perfecta.

Y realmente hasta yo comenzaba a creermelo.

—¡Espectacular! Hemos terminado la primera tanda en exteriores —anunció Chloe, bajando por fin la cámara principal—. Gabriel, necesitas cambiar de vestuario para los planos de plano corto. Id a los probadores que nos han habilitado en la carpa del fondo.

Nos dirigimos a toda velocidad hacia la zona de vestuario. El probador era un habitáculo improvisado, estrecho, cerrado con una pesada cortina de lona negra y apenas iluminado por un foco

halógeno que generaba un calor asfixiante. En cuanto entramos los dos para dejar las perchas, Gabriel tiró de la cortina sellando nuestro espacio con un golpe seco. El ruido exterior de Paseo de Gracia se desvaneció por completo.

Me di la vuelta dispuesta a coger aire, pero no tuve tiempo. Gabriel se deshizo de la primera camisa en un movimiento violento y me acorraló contra el gran espejo del probador. Sus manos grandes y calientes se hundieron en mis caderas con una fuerza brutal, pegando mi cuerpo al suyo desnudo y musculoso, que brillaba por el calor y el sudor de la mañana.

—No te imaginas lo que me ha costado contenerme ahí fuera con todo el mundo mirando, jefa —susurró con una voz ronca, rota por la excitación, mientras sus ojos verdes se clavaban en mi boca con un hambre insaciable.

—A mí tampoco me ha resultado fácil, Salas —admití en un jadeo, enredando mis manos en sus hombros perfectos.

Su boca se estrelló contra la mía con una ferocidad salvaje que me borró la cordura. Fue un beso abrasador, cargado de la adrenalina de los focos y de un deseo animal.

Gabriel no tenía intenciones de perder el tiempo; sus manos grandes y calientes bajaron con firmeza por mis glúteos, tirando de la falda fluida de mi vestido hacia arriba hasta arrugarla por completo en mi cintura. Me elevó del suelo con un solo impulso de sus brazos musculosos, y yo, completamente cegada por el deseo y la urgencia, enganché mis piernas alrededor de sus caderas, clavando la espalda contra el cristal del espejo, que se empañó al instante con el calor de nuestros cuerpos.

—Gabriel... Dios, nos van a escuchar fuera —gemí directamente contra sus labios, aunque mis manos se adelantaban solas, desesperadas por desabrocharle el cinturón de los pantalones vaqueros.

—Que escuchen lo que quieran, Gabriela —susurró con una voz ronca, rota por la excitación, mientras su boca devoraba mi

cuello, dejándome la piel de gallina y el vientre encendido por una pulsación ardiente.

Se deshizo de la lencería fina que me quedaba en dos movimientos rápidos y certeros. El contacto directo de nuestras pieles desnudas, en esa penumbra asfixiante bajo el foco del Palau Robert, nos hizo soltar un jadeo ahogado al mismo tiempo. Gabriel me sujetó con más fuerza contra el espejo, hundiéndose en mí con una ferocidad salvaje que me vació los pulmones de golpe. Le respondí con la misma desesperación, mordiéndole el hombro para no soltar un grito que alertara a todo el equipo de fotografía que esperaba a escasos metros tras la cortina de lona.

Cada embestida suya, firme y profunda, retumbaba en mis costillas, sumergiéndome en una marea de placer salvaje que borró cualquier rastro de duda. Nos movimos a un ritmo frenético que amenazaba con hacer saltar las paredes del probador por los aires. Cuando el clímax nos golpeó juntos en una oleada abrasadora, nos quedamos temblando, abrazados con fuerza y jadeando en la penumbra, conscientes de que habíamos cruzado la línea definitiva a plena luz del día.

Apenas dos minutos después, la voz de Chloe resonó desde el set exterior:

—¡Gabriel! ¿Ya has terminado? ¡Que perdemos la luz de la mañana!

Gabriel se separó despacio, saliendo de mi interior, me dio un tierno beso en la comisura de los labios y me guiñó un ojo mientras se abrochaba rápidamente los pantalones, dejándome apoyada contra el espejo, temblorosa, encendida y completamente jodida de amor por mi propio empleado.

Capitulo 16

Salimos del set de fotografía de los jardines del Palau Robert flotando en una nube de pura euforia. Chloe estaba entusiasmada con el resultado del reportaje y Montserrat no paraba de repetir que las redes sociales iban a arder en cuanto se publicara la campaña urbana. Caminábamos hacia el descapotable azul entrelazando los dedos, riéndonos en voz baja del sofocón del probador y de cómo habíamos tenido que disimular el sudor y la respiración alterada frente a los focos. Tampoco tenía claro que la expresión de Chloe al vernos volver del probador no fuera porque imaginaba lo que había pasado dentro.

O directamente nos había escuchado.

—Jefa, admito que como ayudante de vestuario no tienes precio —se burló Gabriel, dándome un sutil tirón de la mano para pegarme a su costado mientras cruzábamos la acera de la Diagonal —. Me has dejado el cuerpo tan listo que creo que podría rodar tres películas de acción seguidas sin necesidad de dobles.

—Cállate, que todavía me da vergüenza mirar a la estilista a la cara —le respondí, sintiendo un calor delicioso en las mejillas—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos? Son las dos de la tarde, hace un día espectacular y oficialmente no tengo ninguna cena familiar a la que asistir. ¿Qué te parece si vamos a comer unos arroces a la Barceloneta o nos perdemos por las terrazas del Gótico? Invito yo... bueno, con el poco dinero en efectivo que me queda en el bolso.

Gabriel me miró con una sonrisa ancha y tierna que me derritió por dentro. Abrió la boca para responder, pero justo en ese instante el teléfono de su pantalón empezó a vibrar con insistencia. Se detuvo junto a la puerta del conductor y sacó el móvil. Al mirar la pantalla, su expresión se suavizó por completo, transformándose en una mueca de genuina preocupación.

—Es mi abuela —dijo, deslizando el dedo por la pantalla—. Un segundo, reina. ¿Sí, iaia? Dime... ¿Qué ha pasado? A ver, calma, no

te muevas. Sí, voy para allá ahora mismo. No te preocupes.

Gabriel colgó el teléfono exhalando un suspiro hondo, frotándose la nuca con evidente nerviosismo. La mandíbula se le había vuelto a tensar.

—Tengo que irme, Gabriela —soltó, mirándome con un brillo de disculpa en los ojos verdes—. Mi abuela se ha mareado en la cocina. Dice que no es nada, pero está sola en este momento y no me fío un pelo. Prefiero ir a asegurarme.

Sentí un vuelco en el corazón. Lejos de asustarme, la idea de verle en su faceta más humana y familiar me emocionó. Sentí que era el momento de demostrarle que lo nuestro ya no era solo sexo casual o un contrato de farsa.

—Te acompaño —le dije de inmediato, poniéndole una mano en el brazo con total confianza y una sonrisa sincera—. Vamos juntos en el coche. Así la conozco, le echamos una mano con lo que necesite y vemos si hace falta llamar a un médico. No me importa pasar la tarde con ella, de verdad.

Gabriel se quedó rígido bajo mi contacto. Miró mi mano en su brazo y luego clavó sus ojos verdes en los míos. La calidez de hacía un momento se había evaporado, sustituida por una barrera invisible pero sólida que me congeló la sonrisa en el acto.

—No —soltó de golpe, con una firmeza seca que me golpeó como una bofetada—. No, Gabriela. Prefiero ir solo.

El silencio que siguió a su negativa se estiró como un chicle incómodo en mitad de la Diagonal. Supongo que mi cara debió de ser un poema de desconcierto, porque Gabriel reaccionó de inmediato. Dio un paso hacia mí, me cogió suavemente por los hombros e intentó suavizar el golpe con esa voz ronca que solía usar para desarmarme.

—A ver, reina, no me mires así —pidió, buscando mis ojos—. No es por ti, de verdad. Mi abuela es una señora muy mayor, muy tradicional, y si aparezco en su casa del brazo de una chica, le da un síncope allí mismo. Además, el piso es minúsculo, no hay aire

acondicionado y se va a poner nerviosa. Déjame que vaya yo solo, la tranquilice y compruebe que está bien. Te prometo que te llamo en cuanto termine.

—No, si no pasa nada, de verdad. Faltaría más —respondí, forzando una sonrisa helada y retirándome un paso para librarme de su agarre. Activé mi mejor escudo de orgullo Uría, ese que usaba para que nadie notara cuando me hacían daño—. Tu abuela es lo primero. Yo tengo mil cosas que hacer de todas formas. Coge el coche y vete. Ya me busco la vida.

Gabriel me miró con una mueca de duda, como si supiera perfectamente que estaba mintiendo, pero el tiempo apretaba. Me dio un beso rápido en la frente, se subió al descapotable y arrancó el motor, perdiéndose en el tráfico.

Me quedé de pie en la acera, sintiendo una punzada extraña en el centro del pecho. El probador del Palau Robert todavía me quemaba en la piel, pero el rechazo de Gabriel me había devuelto a la realidad de un plumazo.

Con el orgullo un poco tocado, decidí coger un taxi e irme directa al Poblenou. Necesitaba mi búnker. Necesitaba el taller de Marina.

Cuando empujé la gran puerta metálica del local, el olor a serrín, pintura y aguarrás me recibió al instante. Marina estaba sentada sobre una mesa de trabajo, con las piernas colgando y una sonrisa radiante que contrastaba por completo con el ataque de pánico de la noche anterior. Carlota también estaba allí, apoyada en una estantería de hierro con los brazos cruzados y una expresión de escepticismo absoluto que se divisaba a kilómetros.

—¡Gabi! ¡Qué bien que vengas! —exclamó Marina, bajándose de un salto y viniendo a abrazarme—. Tienes que ayudarme a convencer a la abogada. ¡Que ya está todo solucionado! Lo de Liam era un malentendido gigante con unos inversores de Berlín, nada peligroso. ¡Ya no hay amenazas!

Carlota soltó un bufido desde su rincón, ajustándose las gafas con un gesto que derribaría a cualquier testigo en un tribunal. Su cara era el vivo retrato de la incredulidad absoluta.

—Marina, por el amor de Dios, no me vendas motos que no caben en este taller —espetó Carlota, dando un paso al frente—. Anoche tenía una fotografía de carné arrugada en su mesa, tipos trajeados gritando en alemán sobre plazos que se acaban y amenazas de que pagarías las consecuencias. ¿Y ahora me dices que todo era un "malentendido con inversores"? Eso no se lo traga ni un estudiante de primero de derecho. Quiero conocer a ese Liam hoy mismo. Exijo que me dejes hablar con él.

—¡Que no, Carlota! —protestó Marina, cruzándose de brazos y poniéndose a la defensiva, con las mejillas encendidas—. Liam me ha pedido espacio. Está muy agobiado solucionando los flecos de los contratos con Alemania y me ha prohibido que le monte un número. Me ha jurado por lo más sagrado que estoy a salvo y yo le creo. No necesita que mi amiga la abogada penalista vaya a hacerle un tercer grado como si fuera un delincuente. Dejad el tema, por favor.

Me dejé caer en una vieja silla de director que había junto a una cómoda a medio decapar. Escuchar la discusión de mis amigas me hizo sentir una punzada de envidia. Al menos Marina tenía claro lo que sentía por su escultor atormentado y Liam parecía estar moviendo cielo y tierra para protegerla, aunque fuera de una forma extraña. Yo, en cambio, venía con el corazón hecho pedazos tras quedarme plantada en mitad de la Diagonal.

—Dejala, Carlota —intervine con un hilo de voz que hizo que las dos se giraran a mirarme de golpe, rompiendo su disputa en el acto.

—Gabi... ¿qué cara es esa? —Marina se acercó a mí, agachándose para quedar a mi altura—. Pensábamos que vendrías flotando después de la sesión de fotos del Palau Robert. ¿Ha ido mal?

—La sesión de fotos ha sido espectacular —admití, mirando mis manos desnudas—. De hecho... hemos terminado en el

probador y ha sido lo más salvaje, ardiente e increíble de toda mi vida. Pero después de eso... todo se ha ido al traste.

Las dos se sentaron a mi lado en el acto, olvidando por completo al escultor alemán. Me abracé a las rodillas, sintiendo cómo los ojos se me empañaban de nuevo de pura impotencia.

—Le ha llamado su abuela porque se sentía mal —les conté, tragando saliva con dificultad—. Yo me he emocionado. Pensaba que después de lo que estamos viviendo, de dormir juntos, de defenderme de mi padre... había una confianza real, que había sentimientos reales. Le he dicho con toda mi buena intención que le acompañaba, que quería ayudar. Y me ha soltado un "no" como una catedral. Seco. Frío. Ha levantado un muro gigante entre su vida real y yo. Y chicas... me ha dolido tanto que me he dado cuenta de la peor verdad de todo este verano: estoy completamente enamorada de Gabriel. Pero tengo un miedo espantoso de que para él yo solo sea un maldito contrato muy bien pagado y una distracción divertida en su cama. Creo que él no siente absolutamente nada real por mí.

Marina me rodeó los hombros con el brazo, apretándome con fuerza contra ella, mientras Carlota se sentaba a mi lado con una expresión inusualmente tierna en el rostro.

—A ver, Gabi, mírame —me pidió Carlota, cogiéndome de las manos—. Estás asustada y es normal. Has mandado a paseo tu vida por un tío y ahora sientes que estás en la cuerda floja.

—No fue por un tío —le recordé con suavidad y ella puso los ojos en blanco, haciendo un movimiento indiferente con la mano.

—Eso es irrelevante —aseguró—. La cuestión es que un tío estaba metido por medio. Pero analiza los hechos: nadie actúa de manera ficticia como él en Razzmatazz, ni te rescata de tu padre plantándole cara de esa manera si solo piensa en un cheque a fin de mes. Si ha puesto ese muro con su abuela, puede ser por mil razones que no tienen nada que ver con que no te quiera. Orgullo, vergüenza de su barrio, miedo a mezclar las cosas... Dale un voto de confianza.

—Carlota tiene razón, Gabi —añadió Marina, limpiándome una lágrima rebelde con el pulgar—. El amor da un vértigo espantoso, y más cuando empieza con un contrato de por medio. Pero no te adelantes a los acontecimientos. Deja que vuelva, habla con él y pon las cartas sobre la mesa. No saques conclusiones antes de tiempo.

Respiré hondo, intentando que el aire me llenara los pulmones y me templara el estómago. Mis amigas tenían razón, como siempre. Estaba saboteándome a mí misma por puro miedo al rechazo.

—Está bien —dije, esbozando una sonrisa más sincera—. Voy a intentar no volverme loca antes de que me llame. Gracias, chicas. No sé qué haría sin vuestro apoyo.

—¡De nada! Pero ahora, ¡arriba esos ánimos! —exclamó Marina, dándome una palmadita en la pierna—. Que mañana es el desahucio oficial de tu piso de Sarrià y hoy tenemos que empezar a empaquetar tus cosas. Además, Carlota ha encontrado un par de pisos monísimos en alquiler por el Born que tenemos que ir a ver. Tu nueva vida independiente empieza ya, Uría. Y nosotras vamos a estar en primera fila.

Me levanté de la silla sintiendo que el peso del pecho se aligeraba notablemente. Tenía el corazón confundido y el futuro en el aire, pero con ellas a mi lado, la aventura de volver a empezar ya no parecía tan aterradora.

Capitulo 17

El suelo de mi piso en Sarrià estaba cubierto de cajas de cartón vacías y precinto adhesivo. Ver las estanterías desnudas y las paredes sin mis cuadros me provocaba un vacío extraño en el estómago, pero estaba decidida a cerrar esta etapa de mi vida. Había quedado con Marina y Carlota más tarde para empezar la mudanza real, pero aquello seguía siendo un trago amargo.

No solo abandonaba aquel lugar definitivamente, sino que aunque intentaba idea alguna manera de no romper completamente con mis padres, mi familia, no veía una salida a aquella situación si no era cediendo como siempre y haciendo lo que ellos querían.

El timbre sonó. Al abrir, me encontré de frente con mi madre. Victoria Uría vestía un traje de chaqueta beige impecable, las gafas de sol sobre la cabeza y esa expresión de decepción que tan bien sabía imponer. Pasó al recibidor sin pedir permiso, taconeando con fuerza sobre el parqué y arrugando la nariz al ver las cajas.

—Vaya, Gabriela. Veo que te has tomado este capricho de una manera terriblemente literal —soltó, cruzándose de brazos—. He venido a intentar poner un poco de cordura en tu cabeza antes de que cometas el mayor error de tu vida. Tu padre está furioso, pero yo sé que en el fondo todo esto es una rabieta de niña consentida. Es hora de dejarte de tonterías, pedir disculpas y volver al Paseo de Gracia. Borja de la Quadra está dispuesto a olvidar este desliz si recapacitas.

—Y dale con Borja.

—¡Es un hombre que te conviene!

La miré incrédula.

—Mamá, no me gusta Borja. Nunca me ha gustado. Cuando he quedado con él es porque me habéis obligado.

—No seas ridícula, Gabriela. ¿Qué no te gusta de él?

—¡Nada!

—Tiene dinero, una familia conocida y tú padre y su padre se conocen desde niños.

—Pero no me gusta.

Mi madre sacudió la cabeza con un chasquido de la lengua.

—Solo es una rabieta.

—No es una rabieta, mamá —respondí, manteniendo la voz firme mientras me apoyaba en la puerta—. Es mi vida. Estoy vaciando el piso porque prefiero pagar mi propio alquiler a seguir viviendo bajo vuestras amenazas y vuestras imposiciones. No voy a pedir disculpas por no querer casarme con un hombre al que no soporto.

—¡Eres una inmadura y una desagradecida! —exclamó mi madre, elevando el tono por primera vez, perdiendo su habitual compostura—. Te lo hemos dado todo. Educación, estatus, una vida con la que cualquiera soñaría. ¿Y lo tiras todo a la basura por un... por un camarero?

—¡No es un camarero! —exploté, furiosa, notando como los ojos se me llenaban de lágrimas por la rabia. Si, un hábito completamente deplorable pero no es como si pudiera hacer nada sobre eso.

—¡No es alguien de tu nivel!

Bufé, indignada, también para apartar las lágrimas que ya asomaban de mis ojos.

—¿Y quién según tú sí es alguien de mi nivel?

—Borja es…

—¡Borja! ¡Por supuesto!

—Sí, Borja. Y de verdad que no entiendo cómo puedes hacerle este desplante a tu familia por un hombre como ese Gabriel. Un tipo que no tiene dónde caerse muerto y que solo busca aprovecharse de tu apellido. ¡Es un don nadie, Gabriela!

Las palabras de mi madre me dieron directo en el centro del pecho, despertando el dolor y la frustración que llevaba contenida desde el rechazo del día anterior en la Diagonal. Toda mi rabia y mi orgullo explotaron en mitad del salón vacío, permitiendo que las lágrimas se desbordaran por mis mejillas.

—¡Pues ese don nadie tiene más dignidad, más valentía y más verdad en un solo dedo que todo vuestro club de polo junto! —le grité, sintiendo cómo las lágrimas de rabia me quemaban los ojos —. Y no lo hago solo por llevaros la contraria, mamá. ¡Lo hago porque estoy jodidamente enamorada de él! ¡Le quiero a él! Con sus vaqueros rotos, su piso del Raval y todo su desastre. Aunque a él le cueste dejarme entrar en su vida, prefiero arriesgarme a sufrir por alguien real que vivir muerta en vida al lado de Borja. ¡Así que por una vez en tu vida, déjame en paz, mamá!

Mi madre se quedó completamente alucinada, boquiabierta, mirándome como si acabara de confesar un crimen de estado. Aproveché su parálisis para coger mi bolso de mano, darle la espalda de golpe y salir disparada hacia el ascensor, con el corazón destrozado y el alma en un puño.

El portazo del ascensor resonó en todo el edificio.. Bajé a la calle con las lágrimas quemándome las mejillas y la respiración tan entrecortada que el aire parecía rasparme los pulmones. Me subí al primer taxi libre que bajaba por la calle Mayor y me desplomé en el asiento trasero, ocultando los ojos detrás de mis gafas de sol gigantes para que el conductor no viera el desastre emocional en el que me había convertido.

Justo en ese momento, el móvil empezó a vibrar en mi mano. La pantalla se iluminó con la foto de Gabriel. El corazón me dio un vuelco violento, pero la oleada de amor fue aplastada de inmediato por el recuerdo frío de su rechazo y la humillación que acababa de sufrir con mi madre.

Deslicé el dedo con desgana y me puse el teléfono en la oreja.

—¿Sí? —solté, con un tono gélido, distante, que ni yo misma reconocí.

—Hola, jefa —la voz de Gabriel sonó profunda, pero arrastraba una vibración extraña, menos burlona de lo habitual, casi prudente—. He estado llamándote toda la mañana. Mi abuela ya está bien, fue solo un susto por el calor. Quería saber dónde estás. Montserrat me ha dicho que el reportaje del Palau Robert ya está listo y... bueno, quería verte.

—Estoy en un taxi —respondí, clavando la mirada en el asfalto de la Vía Augusta—. Voy hacia tu piso en el Raval. He dejado allí un par de mudas, mi ordenador y el neceser de la noche del cumpleaños. Voy a recoger mis cosas.

Hubo un silencio denso al otro lado de la línea. Escuché cómo Gabriel exhalaba un suspiro hondo.

—Vale, perfecto —dijo, intentando sonar relajado—. Yo acabo de llegar al apartamento. Ven, recogemos eso y aprovechamos para hablar un rato tranquilamente. Creo que nos lo debemos después de cómo nos despedimos ayer.

—No hay mucho de qué hablar, Gabriel —le solté, apretando los dientes para que no se me quebrara la voz—. Pero ya que me das la oportunidad, te lo adelanto: se ha terminado. Ya no te quiero como mi novio de alquiler. He vaciado mi piso de Sarrià, mis padres me han congelado las cuentas y la farsa ya no tiene ningún sentido. Así que me gustaría saber... ¿qué piensas tú exactamente de lo que ha pasado entre nosotros? ¿Qué ha sido todo esto para ti cuando no había cámaras delante?

O incluso con ellas delante.

El silencio que siguió a mi pregunta fue absoluto. El taxi enfiló las calles que bajaban hacia el Raval y yo me quedé conteniendo el aliento, con el alma en un puño, esperando una respuesta que podía terminar de destruirme o salvarme la vida por completo.

—Gabi, decías que estabas en un taxi, ¿verdad?

—Sí.

—Hablemos cuando llegues.

Apreté el teléfono con fuerza en la mano antes de apartarlo de la oreja y cortando la llamada sin despedirme.

¿Así que quería hablarlo en persona? Oh, bueno, a la mierda con todo.

Cuando el taxi se detuvo frente al portal del Raval, tardé varios segundos en reaccionar. Pagué al conductor con los últimos billetes sueltos que me quedaban y bajé arrastrando los pies. Subí las escaleras de piedra con el bolso de viaje vacío colgando del hombro y una sensación de desamparo que me calaba hasta los huesos. Al introducir la llave en la cerradura, la puerta se abrió desde dentro.

Gabriel me esperaba de pie en mitad del salón. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta gris que le marcaba el pecho, pero su habitual media sonrisa descarada había desaparecido por completo. Tenía los ojos verdes fijos en mí, cargados de una seriedad y una preocupación que me descolocaron.

—Hola, Gabriela —dijo, dando un paso al frente con la intención de coger mi bolso, pero me aparté sutilmente, esquivando su contacto físico. Su mandíbula se tensó ante mi rechazo.

—Hola —respondí con frialdad, cruzando el salón directo al dormitorio—. Solo vengo a por el ordenador y el neceser. No te quitaré mucho tiempo.

Gabriel me siguió hasta el umbral de la habitación, cruzándose de brazos y apoyándose en el marco de madera. La tensión en el piso era tan espesa que casi se podía cortar.

—A ver, jefa... corta ya ese rollo—soltó con su voz ronca, dando un paso hacia el interior del cuarto—. ¿Qué cojones está pasando?

—¿A qué te refieres?

—¿A qué venía lo del taxi?

Recogí mis cosas con un nudo en el estómago, sin volver a girarme hacia él.

—¿Qué pasa con lo del taxi? Solo te hice una pregunta. Cómo comprenderás es una tontería que siga pagandote por un servicio que ya no necesito —solté un medio bufido—. ¿O es que pensabas que aún rechazada por mis padres podría seguir pagándote?

—No estoy hablando de eso, Gabriela. ¿Y te importaría girarte y mirarme para hablar?

Me di la vuelta de golpe, con el ordenador ya entre los brazos, clavando mis ojos en los suyos. El dolor por su rechazo y la humillación de la bronca con mi madre se mezclaron, haciéndome sentir furiosa.

—Lo que pasa, Gabriel, es que se ha terminado el teatro —le espeté, con la voz temblando por el esfuerzo de no echarme a llorar —. Mi madre acaba de ir a mi piso a llamarme inmadura y desagradecida. Mi padre me ha desheredado por completo. Ya no soy la heredera rica de los Uría, ya no tengo dinero para pagar tus facturas ni tu contrato, así que la farsa de la agencia se hunde hoy mismo. Ya no te quiero como mi novio de alquiler.

Gabriel dio otro paso al frente, acortando la distancia peligrosamente. Sus ojos verdes se oscurecieron por completo.

—¿Y de verdad te crees que a mí me importa una mierda el dinero de tus tarjetas o el contrato de Montserrat? —murmuró, con un tono áspero en la voz.

—¡Pues no lo sé, Gabriel! ¡Dímelo tú! —exploté, dando un paso hacia él, desafiando su imponente figura—. Ayer en el Palau Robert tuvimos puro fuego en el probador, pero en cuanto te llamó tu abuela levantaste un muro gigante entre tu vida real y yo. Me echaste a patadas de tu mundo. Así que exijo saber la verdad. ¿Qué ha sido todo esto para ti cuando no había cámaras delante? ¿Soy solo un maldito papel muy bien pagado en tu guión o hay algo real aquí dentro?

Gabriel se quedó mudo un segundo, con el pecho subiendo y bajando de forma acelerada bajo la camiseta gris. La chulería y las frases ingeniosas de actor se le evaporaron de golpe. Su expresión se volvió seria, taciturna y contuve la respiración temiendo lo peor. Pero Gabriel dio un paso largo y me acorraló contra la cómoda de madera, atrapando mis muñecas con sus manos grandes para obligarme a soltar el ordenador sobre el mueble.

—¿Que qué ha sido todo esto para mí? —soltó con una voz que era puro fuego áspero, rozando mi cara con su respiración agitada—. Eres la tía más cabezota, caprichosa e insoportable que he conocido en mi puta vida, Gabriela. Pero me tienes completamente jodido. No levanté un muro ayer porque no te quisiera. Lo hice porque tenía un miedo espantoso de que vieras mi realidad, de que vieras la verdad de lo que soy, de que entendieras que solo soy una fachada. ¡No quería que te cansaras de mí cuando se acabara el contrato! A la mierda la agencia, Montserrat y el puto contrato. ¡Y sobre todo nuestras familias! No quiero ser tu novio de alquiler porque quiero ser tu novio de verdad. Estoy enamorado de ti hasta las trancas, jefa.

Las palabras me golpearon con fuerza. Me quedé sin aire, parpadeando, sintiendo cómo el nudo de dolor de toda la mañana se disolvía instantáneamente en una oleada de alivio y deseo salvaje.

—Gabriel... —atiné a susurrar, pero él no me dejó terminar.

Su boca se estrelló contra la mía con una ferocidad y una urgencia brutales, cargadas de toda la frustración de ese momento. Fue un beso abrasador, húmedo y desesperado que me vació los pulmones. Le respondí con la misma violencia, liberando mis muñecas para enredar mis manos en su pelo, tirando de él hacia mí mientras abría los labios para dejarme devorar. Gabriel soltó un gruñido ronco y bajó sus manos grandes a mis caderas, levantándome del suelo sin ningún esfuerzo.

Nos caímos juntos sobre la cama en una maraña de ropa arrugada y jadeos asfixiantes. Gabriel se deshizo de su camiseta en un movimiento violento, dejando al descubierto su torso musculoso

y caliente que chocó contra el mío, enviándome una descarga eléctrica brutal por toda la espina dorsal. Sus manos recorrieron cada rincón de mi piel con una posesión absoluta y real, desabrochando mis vaqueros y desizándome la ropa con una urgencia animal que amenazaba con hacer saltar los muelles del colchón por los aires. Nos entregamos al placer con una voracidad salvaje. Gabriel no intentó ser amable. Tampoco quería que lo fuera. Sentí como hundía su miembro duro y caliente dentro de mi centro y dejé que un grito se escapara de mi garganta, apretando los brazos alrededor de su pecho mientras intentaba que las fuertes embestidas no terminaran por arrastrarme fuera de la cama, saboreando el placer que recorría todo mi cuerpo en ese momento hasta alcanzar el orgasmo y sentir como Gabriel se corría dentro de mí.

Capitulo 18

El sol de la mañana se filtraba suavemente por el balcón y parpadeé, ubicándome mientras terminaba de despertar y comprender que seguía en el pequeño piso de Gabriel. Sonreí. De hecho ya no me parecía tan pequeño. No en ese momento. Me parecía el Palacio de Versalles. Me desperté con el pecho de Gabriel como almohada, escuchando el latido acompasado de su corazón y sintiendo una paz absoluta. Ayer, tras la tormenta con mi madre y el estallido en el salón, nos habíamos desnudado el alma tanto como el cuerpo. Saber que me quería de verdad, me hacía sentir como si estuviera flotando en una burbuja.

Gabriel abrió los ojos despacio, y esos ojos verdes me miraron con una ternura tan profunda que me encogió el estómago. Me apartó un mechón de pelo y me plantó un beso dulce y perezoso en los labios.

—Buenos días, mi amor —murmuró con esa voz de recién levantado que me derretía las neuronas—. Veo que ya tienes mucho mejor aspecto que ayer.

—Buenos días, Salas —sonreí, acurrucándome más contra su costado caliente—. Sigo enfadada, pero tenías razón. La libertad tiene un sabor bastante interesante. Aunque sigo teniendo un vértigo espantoso por lo de mis tarjetas bloqueadas. Ni siquiera sé dónde voy a meter mis cajas de ropa y zapatos.

Sí es que eran legalmente suyos, ya que la mayoría (por no decir todos) habían salido de esas tarjetas ya bloqueadas. ¿Tal vez debía hablar con Carlota sobre eso? Me mordí el labio con fuerza, una vez más frustrada.

Gabriel se incorporó un poco, apoyando la espalda contra el cabecero de la cama. Me rodeó la cintura con su mano grande y me miró con total seriedad, desprovisto de su habitual chulería. Comenzaba a gustarme también esa faceta suya; hacía que el miedo se disipara un poco y decidiera que el sacrificio había merecido la pena.

—Quédate aquí, Gabriela —soltó de golpe, con una firmeza que me hizo parpadear—. Tómatelo con calma. No te lances a alquilar el primer piso que encuentres. Este rincón es tuyo el tiempo que te haga falta.

—¿Qué? No, no. No hace falta.

Me miró confuso.

—¿Por qué no?

—Bueno… —me revolví incomoda—. Sé que no ganas mucho en la agencia… —musité intentando hablar con tacto aunque eso nunca había sido mi fuerte—. No puedo quedarme sin más. Tal vez sí te pago un alquiler…

—No —dijo él con firmeza.

Apreté los labios.

—Emtonces no.

—¿Lo estás haciendo por orgullo?

Lo fulminé con la mirada.

—Lo hago porque sé que dos personas gastan el doble que una.

—Entonces no hablemos de alquiler. Compartimos los gastos, nos apañamos con el espacio y... bueno, así tengo a mi jefa vigilada las veinticuatro horas para que no me despida.

Gabriel sonrió y el corazón me dio un vuelco salvaje de pura felicidad. ¿Vivir juntos? ¿Allí? Miré su dormitorio, sus guiones amontonados y su torso desnudo. En realidad me apetecía muchísimo aunque tenía dudas sobre lo que entraría en el minúsculo armario empotrado de la pared de enfrente. Aún así acepté sin pensarlo dos veces.

—De acuerdo, me quedo —admití, echándole los brazos al cuello y sellando el pacto con un beso húmedo que rápidamente empezó a subir la temperatura de las sábanas—. Pero te advierto que soy una compañera de piso bastante caprichosa. No sé usar la

lavadora y necesito café recién hecho para ser una persona civilizada.

—Me arriesgaré al peligro, Uría —rio él contra mi boca, pegando su cuerpo al mío bajo las sábanas.

—Pues vete preparándote —le avisé dándole un beso—, porque créeme. Convivir conmigo en un espacio tan estrecho es todo un peligro.

Él se echó a reír y deslizó una mano por mi cadera desnuda, alcanzando mi vientre.

—Creeme, estoy más que dispuesto a arriesgarme.

Su sonrisa se volvió endiablada y también sonreí, inclinándome para atrapar su boca justo en el momento que su móvil empezaba a sonar y vibrar estridentemente sobre la mesa.

—Aggg —gruñó Gabriel, enterrando la cabeza en mi cuello.

—Cogelo —pedí—. Me está volviendo loca.

Gabriel no respondió pero empezó a tantear con una sola mano para alcanzarlo, prácticamente arrancando el cable del cargador.

—Como no sea algo importante voy a empezar a asesinar gente.

Me eché a reír y lo observé mientras se levantaba y contestaba la llamada, una conversación rápida antes de prepararse para ir a la agencia.

—Aprovecha a descansar un poco más y te familiarizas con el piso.

Me dio un beso y salió corriendo a un ensayo de última hora, y yo tras unos minutos de pereza decidí levantarme, dándome cuenta que me encontraba sola en la casa, en pijama, mirando fijamente la cafetera como si fuera un artefacto de la NASA. Terminé poniéndole el agua por encima del filtro, el café desbordándose por los lados, y cuando la puse al fuego, aquello empezó a pitar y a soltar un humo negro con olor a neumático quemado.

—¡Maldita sea! —exclamé, apagando el fuego de un zarpazo y saltando hacia atrás con el móvil en la mano.

Desesperada, abrí el chat con las chicas para buscar ayuda. Sin duda alguna de ellas sí sabría cómo usar uno de esos aparatos, ¿no?.

Gabi: S.O.S. Casi provoco un incendio con una cafetera de metal. Oficialmente soy una inútil. ¿Alguien sabe cómo funcionan estas cosas?

Carlota: Pásate a la vida real. Se llama café instantáneo, guapa.

Me quedé mirando la pantalla, alucinada.

Marina: Ese es muy fácil de usar. Calientas leche o agua, abres el bote, le echas al agua o leche el polvito mágico a tu gusto, revuelves con una cucharadita y listo. Fácil, ¿verdad?

Gabi: Podéis iros a la mierda, chicas.

El chat se llenó de emoticonos de risas y burlas.

Gabi: Aunque tengo un… ¡NOTICIÓN! Gabriel me ha pedido que me quede a vivir con él en su piso mientras busco algo. Estoy en una nube, chicas. Es como vivir en un sueño.

Marina: ¡¡AAAAAH!! ¡Qué fuerte! Me muero. Gabi, olvídate de la cafetera. Pídele a tu dios griego que te haga el café por las mañanas. Qué envidia. ¿Hablasteis de lo que sientes?

Gabi: Sí.

Y esta vez fue ella quien llenó el chat de corazones.

Carlota: A ver, Cenicienta, pon los pies en la tierra. Me alegro por el idilio y todo eso. Sobre todo de que seas feliz pero

jurídicamente tienes que resolver tu situación.

Gabi apretó el teléfono y se sentó en una de las sillas de la cocina y pulsó el icono de mensaje de voz.

—¿No dijiste que estaba todo solucionado por esa parte?

Carlota tardó unos segundos en empezar a grabar otro audio.

—A ver, sí. Se supone que debería ser solvente. Tienes buenas ventas pero no sé de dónde salen unos gastos que tenemos que revisar juntas. Tienes varias deudas y unos créditos abiertos a tu nombre que ni siquiera sé qué necesidad tenías de ellos. Siendo realistas, los beneficios mensuales después de descontar todo no te dan ni para pagar el alquiler de una plaza de parking. Vivir con él está bien temporalmente, pero necesitas capital sí realmente quieres depender de ti misma.

Gabi: Ya lo sé... Sé que he estado haciendo locuras porque tenía el respaldo de mis padres. Además echo de menos desayunar con ellos y me he dado cuenta de que sin su dinero mi marca no es nada. Me siento pequeña y súper torpe.

Carlota: Quedamos y lo revisamos todo juntas. Habrá alguna solución de alguna manera.

Marina: Por cierto, chicas, os mando las fotos de mis últimos bocetos y yo también tengo noticias. Ayer terminé cenando con Liam.

Carlota: ¿Con Liam? ¿Planeas seguir viéndolo?

Marina:¡Os lo juro! Liam es un trozo de pan. Cenamos anoche y es súper tierno. Las dos estabais ciegas con él.

Carlota: Marina, sigues en fase de negación, pero hoy no tengo energía para desarmar a tu novio. Hablaré contigo después. Por cierto, Gabi, concéntrate: tu madre me ha llamado al despacho hace diez minutos. Estaba súper alterada.

El corazón me dio un vuelco salvaje. Miré la pantalla, conteniendo el aliento.

Gabi: ¿Mi madre? ¿Qué quiere?

Carlota: Quiere que vayas a una cena familiar mañana por la noche en el restaurante Via Veneto. Dice que tu padre ha recapacitado, que quiere hablar contigo civilizadamente y que... lleves a Gabriel. Dice que quiere conocerlo mejor.

Gabi: ¿Qué quiere qué?

Carlota: Tú decides lo que haces.

Dejé el móvil sobre la encimera llena de café derramado, parpadeando. ¿Mi padre pidiendo disculpas? ¿Una cena de reconciliación en uno de los restaurantes más caros y formales de Barcelona? Sonaba demasiado bonito para ser verdad, pero mi necesidad de recuperar a mi familia y el deseo de que aceptaran al hombre que amaba era demasiado importante como para no aprovechar esa oportunidad.

Busqué algo, cualquier cosa para limpiar el estropicio de la encimera y me decidí por un trapo que encontré bajo el fregadero, sin preocuparme si servía para eso o no y antes de pensar en otra cosa lo pasé por toda la encimera, arrastrando el café derramado por toda la superficie hasta dejarlo escurrir en el interior del fregadero y tiré el trapo directamente a la basura, satisfecha con el resultado y decidí bajar a desayunar al bar de abajo, decidida a preocuparme por el tema de ahorrar después de ese desayuno.

Cuando Gabriel regresó por la tarde, me encontró sentada en el sofá con las cuentas de mi marca de joyería desplegadas en el portátil. Mi cara debía de ser un poema de frustración. Él dejó su mochila en el suelo, se sentó a mi lado y me rodeó los hombros, besándome la sien con esa ternura que me desarmaba.

—¿Sigue la jefa intentando cuadrar el presupuesto? —bromeó, acariciándome el brazo.

—Gabriel, es un desastre —admití, cerrando la pantalla de golpe y ocultando la cara en su cuello—. Siendo realistas, con lo que gano por mi cuenta no podría pagar ni la mitad de este piso. Me siento una inútil total. Y para colmo... mi madre ha llamado a Carlota. No a mí , sino a Carlota, ¿te lo puedes creer?

Él sonrió con calma.

—¿Y para qué la ha llamado? Igual era un asunto legal…

Bufé.

—Nada de eso. Dice que mi padre ha recapacitado. Quieren que vayamos los dos a cenar mañana al Via Veneto. Dice que quieren pedir disculpas y conocerte de verdad.

Gabriel se quedó rígido. Sus ojos verdes se entornaron, fijos en la pared, y sentí cómo su respiración se volvía más pausada. Se pasó una mano por la nuca, sopesando las cosas con una gravedad que me extrañó. Supongo que en ese momento, la cruda realidad de nuestro futuro juntos le golpeó con fuerza. Ser un actor independiente en Barcelona daba para pagar un piso pequeño en el Raval, pero para mantener una vida de dos, para la idea realista de formar una familia a largo plazo... el sueño se le quedaba grande. No tenía el éxito masivo para asegurar ese futuro. Ni siquiera yo veía como poder pagar un piso más grande como para considerar un futuro… Claro que sabía que acabamos de comenzar pero ya estábamos viniendo juntos (las circunstancias eran irrelevantes), así que me estaba permitiendo soñar un poco en grande… o autodestruirme desde el comienzo. Daba igual. Fuera como fuera, a Gabriel no parecía entusiasmarle la idea de enfrentarse a mis padres estando en una relación real.

Se giró hacia mí, clavando su mirada verde en la mía con una intensidad extraña, casi como si estuviera dudando. Prácticamente me ericé, en guardia.

—Gabriela... déjame hacerte una pregunta —murmuró, tomándome de las manos—. Imagina que yo no fuera actor con… lo que ves —se señaló y yo revisé su camiseta negra y sus pantalones

vaqueros antes de volver a su rostro, sin comprender—. Imagina que en realidad tuviera dinero. Que trabajara en una empresa normal, cuadriculada, de esas que le gustan a tu padre, ganando una fortuna y todo eso. ¿Seguiría siendo igual de interesante para ti? ¿O me verías como a uno de esos estirados que tanto odias?

Lo miré alucinada. No estoy segura de si esa era la palabra que mejor describía lo que sentía en ese momento. Me eché a reír, malinterpretando por completo su tono serio. Por un momento por mi mente había pensado algo terrible pero después de todo solo estaba acomplejado por mi pasado rico. Tal vez, creyendo que no podría soportar la tensión de mi nueva realidad me estaba poniendo a prueba pero de alguna manera me pareció de lo más tierno. Que alguien como él, tan seguro de sí mismo siempre, tuviera dudas de lo que estábamos iniciando, me hacía sentir un poquito mejor.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Te ha tocado la lotería de Navidad y no me lo has dicho, Salas? —le pinché, dándole un suave golpecito en el pecho—. A ver, tonto. Me da igual si eres pobre o si mañana te da por vestir de traje. Saldríamos adelante igual, aunque yo tuviera que buscar un puesto de camarera para pagar las facturas. Me gustas tú. El Gabriel real.

Gabriel esbozó una pequeña sonrisa, un tanto misteriosa, y me acarició la mejilla con el pulgar.

—En realidad, Gabriela... mi familia es asquerosamente rica. Mii padre maneja empresas internacionales y…

Solté una carcajada, interrumpiéndole y volví a darle un golpecito en el pecho cuando me miró confuso.

—¡Sí, claro! Y mi abuela es la reina de Inglaterra, no te fastidia. Venga, volvamos a la realidad —suspiré—. Sé que te pido mucho pero de verdad que te agradecería que vinieras conmigo al Via Veneto. Por favoooor…

Le puse ojitos, al menos lo intenté pero empecé a reír.

—¡Estaba hablando en serio!

—Yo también… —me apreté a él y Gabriel no intentó apartarme, estrechándome con fuerza entre sus brazos—. Te necesito.

Gabriel se rió conmigo, besándome en la cabeza con un suspiro.

—Haremos lo que tú quieras, por supuesto.

—¿En serio? ¿No te importa?

Él sonrió, agarrándome la mano y se la llevó a los labios.

—Por supuesto que no me importa.

Capitulo 19

El restaurante Via Veneto lucía su opulencia habitual de lámparas de cristal y camareros de etiqueta. Me había puesto un vestido midi de seda azul marino y Gabriel estaba imponente con un traje oscuro que le sentaba como un guante, aunque no llevaba corbata y, en mi opinión, ni la necesitaba. Caminábamos del brazo y preguntamos por la reserva.

No era la primera vez que entraba al restaurante pero de alguna manera me sentía más nerviosa que nunca.

—Ahí están —le susurré, divisando a mis padres.

Pero en cuanto nos acercamos, la sonrisa se me congeló en los labios. Sentado junto a mi padre, con un polo gris y una sonrisita de superioridad insoportable, estaba Borja de la Quadra. Al lado de mi madre, un hombre completamente de traje negro, corbata que debía estar cortándole la respiración y que tenía cara de pocos amigos completaba la estampa. No era una cena de reconciliación; era una encerrona.

Apreté los dientes con fuerza y busqué la mano de Gabriel sin atreverme a mirarlo a la cara en ese momento.

Sentí como Gabriel me apretaba la mano con fuerza un momento antes de adelantarse, lanzándome una sonrisa tranquila mientras terminaba de acercarse a la mesa donde estaban los cuatro sentados y le tendió la mano a mi padre.

—Buenos días —saludó, dirigiéndose a todos—. Señor.

Su mirada volvió a detenerse únicamente en la expresión de mi padre que se limitó a fruncir los labios y lanzar una mirada despectiva a la mirada alzada de Gabriel.

—Gabriela, siéntate —ordenó mi padre con su voz implacable, ignorando por completo la mano alzada de Gabriel. Mi madre ni siquiera nos miró.

—¿Qué significa esto, papá? ¿Qué hace Borja aquí? —pregunté, sintiendo que la rabia me subía por el cuello.

También me adelanté, situandome al lado de Gabriel y dirigiendo mi mirada a todos los presentes, especialmente a mí madre que terminó llevándose la copa de vino a los labios.

—Significa que se ha acabado toda esta tontería, hija —habló finalmente mi madre, con un tono cargado de desprecio—. Hemos traído al contable de la familia y a Borja para que veas lo que es la realidad.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—El señor... Salas, ¿verdad? —dijo mi madre con su tono más desagradable, echando un rápido vistazo a Gabriel que seguía completamente inmóvil—. Nos ha parecido el momento idóneo para analizar su solvencia. Arturo, enséñale el informe.

Mi padre deslizó unos folios sobre el mantel blanco.

—Hemos contratado una agencia de investigación, Gabriela. Tu… ese…

—Es mi novio, mamá, por mucho que te cueste decirlo.

Mi madre hizo un movimiento con la mano.

—Lo que sea. No tiene contratos con Netflix o alguna productora, ni proyectos internacionales. Es un actor de pacotilla que trabaja a tiempo parcial poniendo cafés para pagar un piso que ni siquiera sabemos si es suyo. Sus ingresos anuales no cubren ni el precio de tus zapatos. Borja, en cambio, acaba de firmar la fusión de los viñedos. Esto es un hombre real, Gabriela. Lo tuyo es un parásito que se está aprovechando de ti.

Por un momento me quedé completamente en blanco, petrificada, negándome a creer que acabara de tener que escuchar eso con justamente Gabriel a mi lado. Lo miré de reojo, sintiendo que el mundo se desmoronaba. Esperaba que saltara, que soltara uno de sus chistes, pero se quedó completamente callado, mirando fijamente el mantel mientras bajaba finalmente la mano y la dejaba

caer al costado. Su silencio me dolió en el alma. Así que después de todo para lo único que habían querido que llevara a Gabriel a aquel lugar, conmigo, era para humillarlo públicamente, para destrozar su orgullo y hacerlo arrastrar en el fango. ¡Y yo le había pedido que viniera conmigo a aquel maldito lugar!

Las lágrimas se agolparon furiosas en mis ojos.

—¡Ya basta! —exclamé, dando un golpe en la mesa y derribando la copa de vino de mi padre, que empapó los folios del informe—. Sois unos monstruos. No tenéis derecho a hacer esto.

—¡Gabriela!

Mi padre se echó bruscamente hacia atrás para impedir que el vino derramado llegara a ensuciarle la ropa.

—Compórtate con un poco de decencia —me incriminó mi madre y miró a su alrededor, seguramente al resto de mesas ocupadas que yo ni presté atención—. Nos estás avergonzando.

Solté una fría carcajada sin emoción que sonó más a un bufido.

—¿Yo os avergüenzo? ¿Va en serio?

—Deja de ser tan infantil, Gabriela.

La voz de Borja me produjo dentera y giré la cabeza rígidamente hacia él, posiblemente descargando sobre él toda mirada húmeda cargada de odio.

—¿Qué has dicho?

Borja suspiró.

—Solo tienes una etapa. Seamos realistas, una vez se acabe eso que crees que sientes por alguien como él, la burbuja explotara en tu cara y querrás regresar corriendo a pedir perdón a tus padres y a mis brazos.

La rabia me invadió como un latigazo y di un paso más hacia la mesa, justo en la dirección donde se encontraba Borja pero Gabriel me detuvo. Giré ligeramente la cabeza hacia él y lo vi sacudir

la cabeza para negar lentamente. Lo miré durante unos segundos, después volví a mirar hacia donde se encontraba Borja conteniendo mal la bilis que se me atragantaba en la garganta.

—Vámonos, Gabriel.

Le agarré de la mano con fuerza. Gabriel se movió despacio, con los ojos verdes oscurecidos por una mezcla de rabia contenida y algo que no fui capaz de identificar, pero antes de que pudiera apartarlo de la mesa y sacarlo de aquel lugar, se estuvo, haciéndome girar una vez más.

—¿Qué…?

Sus ojos seguían clavados en mi padre.

—Veo que el único interés en conocerme lo ha dado esos informes sobre mi trabajo.

Su voz era tan gélida que congelaba. Lo miré sorprendida. Aquel no era el Gabriel que conocía, siempre alegre, siempre despreocupado.

—¿Hay algo más importante? —fue Borja quién respondió—. El dinero es lo que convierte a un hombre en alguien respetable. Y eso habla claramente de lo que soy yo y de lo que eres tú

—¿Qué hay sobre el tipo de persona que soy? —insistió Gabriel, aún mirando a mí padre, posiblemente fingiendo que Borja solo era un insecto molesto sentado en la silla de al lado—. ¿Es más importante alguien que querrá, valorará y priorizará a su hija o alguien que solo le importará y valorará el apellido que lleva su esposa, la familia que hay tras ella y el dinero que tiene su familia?

—¿Qué intentas decirme, muchacho?

—Supongo que solo intenta defender que es pobre como una rata —rió Borja.

Su padre bufó y giró la cabeza para no volver a mirarlos.

—Todo aclarado.

Gabriel se dio la vuelta finalmente y me apretó la mano, empujándome hacia la salida.

Salimos del Via Veneto a zancadas, bajo las miradas de los camareros y el resto de clientes que sin duda habrían disfrutado del espectáculo. Al pisar la acera de la calle Ganduxer, me derrumbé. Me tapé la cara con las manos, llorando de pura rabia, sintiéndome terriblemente culpable por haber arrastrado al hombre que amaba a semejante humillación.

Gabriel se limitó a abrazarme, estrechándome con fuerza entre sus brazos mientras se las arreglaba para pedir un taxi.

Capitulo 20

Aunque conseguí dejar de llorar, no hablé durante todo el camino de vuelta. La rabia me escocía; el dolor y la indignación me devoraban como un cáncer. No podía creer que me hubieran organizado esa encerrona con la esperanza que cediera, posiblemente aún creyendo que volvería y recapacitaria de lo que estaba haciendo, de mi decisión y amar a Gabriel.

Pero sobre todo no podía creer que me hubieran pedido que llevara a Gabriel conmigo para humillarlo en público, para que sí por un casual yo no decidía ceder, él decidiera que yo no valía el esfuerzo, incluso ahora que ellos no me ayudarían y no habría una cartera interminable de donde sacar dinero.

Apreté los labios, resistiendo las ganas de llorar dentro del taxi pero en cuanto cruzamos el umbral del piso y Gabriel cerró la puerta a nuestras espaldas, me derrumbé por completo. Las lágrimas que había intentado contener en el coche se desbordaron en una oleada de pura rabia y humillación. Tiré el bolso al suelo y me abracé a su pecho, sollozando con tanta fuerza que me dolían las costillas.

—Lo siento, Gabriel... Dios mío, lo siento muchísimo —gemí, hundiendo la cara en su chaqueta oscura, sintiendo el calor de su cuerpo robusto—. Siento haberte arrastrado a ese nido de víboras. Lo de mis padres ha sido una crueldad asquerosa. Traer a Borja, humillarte con tus ingresos... No se merecen ni que los miremos a la cara. Me siento fatal por haberte expuesto a esto.

Gabriel no dijo nada. Simplemente me rodeó con sus brazos grandes y firmes, apretándome contra él con una fuerza protectora brutal que me devolvió el aire. Sentí el latido rápido de su corazón contra mi mejilla. Me cogió de la barbilla con delicadeza, obligándome a levantar la mirada para clavar sus ojos verdes en los míos. No había vergüenza en ellos; había una frialdad afilada y una determinación que me descolocó por completo.

—Oye, mírame, reina —murmuró con esa voz ronca, acariciándome la mejilla con el pulgar para limpiarme las lágrimas—. No tienes que pedirme disculpas por nada. Tus padres no me han humillado porque no pueden humillar a alguien a quien no le importan sus listas de estatus. Me da exactamente igual lo que ponga ese informe de pacotilla. Lo único que me duele es verte llorar a ti por su culpa.

Me guio con suavidad hacia la cama, quitándome los tacones de aguja con una galantería tierna que me encogió el corazón. Se tumbó a mi lado, abrazándome con fuerza en la penumbra del dormitorio, mientras yo me acurrucaba contra él, intentando buscar refugio.

No sé en qué momento me quedé dormida pero me desperté a mitad de la noche con la boca seca y una sensación de desasosiego que me oprimía el pecho. Al estirar la mano entre las sábanas, descubrí que el sitio de Gabriel estaba frío. Me incorporé despacio, frotándome los ojos, y divisé una fina línea de luz dorada que escapaba por la rendija de la puerta del salón. El piso estaba en absoluto silencio, a excepción de un murmullo bajo, grave y extrañamente formal que provenía del pasillo.

Me deslicé fuera de la cama descalza, caminando de puntillas sobre el suelo de madera para no hacer ruido. Al acercarme a la puerta, reconocí la voz de Gabriel. Estaba de espaldas a mí, mirando por el ventanal que daba a los tejados del Raval, con el teléfono pegado a la oreja. Su tono era parecido al que había usado durante la encerrona con mi padre; hablaba con una frialdad y una madurez que me helaron la sangre.

—Sé perfectamente qué hora es, padre —decía Gabriel en un susurro pero cargado de tensión, como si le costara hablar—. Y no te llamaría si no fuera un asunto de extrema gravedad. Estoy listo para asentar la cabeza y asumir el puesto que tanto querías para mí... Sí, acepto tus condiciones. Pero a cambio necesito que adelantes la firma de esa alianza internacional de la que me

hablaste. Quiero que vayas en persona... No, no te preocupes, yo estaré allí contigo. Tienes mi palabra.

Me quedé congelada en mitad del pasillo, conteniendo la respiración. ¿Se suponía que estaba hablando con su padre? Sin duda cuando había dicho que su relación con sus padres se había enfriado no mentía. Lo que escuchaba y el tono no parecía una relación padre e hijo muy amorosa, pero, ¿quién era yo para juzgar cuando mis propios padres eran lo que eran? ¿Pero qué significaba esa conversación? ¿Aceptaba un puesto? ¿De qué?

Me mordí el labio, poniendo la oreja para escuchar mejor. No estaba segura de lo que estaba pasando pero deseaba que fuera lo que fuera no fuera por mi culpa.

—No es un capricho, padre —continuó Gabriel, con una seriedad que me encogió el estómago—. Es lo más importante para mí. Intento ser realista con el futuro. Te veo mañana a primera hora en el hotel. Buenas noches.

Escuché el click de la pantalla al apagarse y vi cómo Gabriel exhalaba un suspiro hondo, apoyando las manos en la barandilla del balcón. Regresé corriendo a la cama a toda velocidad, metiéndome bajo las sábanas justo antes de que él volviera a entrar en el dormitorio. Me acurruqué fingiendo estar profundamente dormida, pero por dentro el corazón me iba a mil por hora. Pensé que Gabriel estaba teniendo una disputa terrible con su familia por mi culpa, que el asalto en el Via Veneto le había obligado a mendigar ayuda de los suyos y decidí, por puro amor y orgullo, que no le preguntaría nada para no hacerle sentir más humillado pero al final no conseguí volver a conciliar el sueño hasta casi el amanecer. Gabriel ya estaba vestido cuando abrí los ojos; se estaba abrochando una camisa blanca y unos pantalones oscuros de corte sastre que le daban un aire insultantemente elegante. Se sentó en el borde de la cama, me acarició la mejilla con el pulgar y me plantó un beso suave en los labios. Sus ojos verdes transmitían una calma profunda, casi gélida.

—Tengo que salir a hacer unos recados importantes, reina —murmuró—. No me esperes para comer. Quédate aquí tranquila y

descansa. Te prometo que cuando vuelva, hablaremos con tranquilidad un poco de todo.

—Está bien, Salas —respondí, forzando mi mejor sonrisa y tragándome el nudo que me apretaba la garganta.

No quise decirle nada de la conversación que había escuchado a escondidas. Le vi marcharse, cerrando la puerta con suavidad, y me quedé sola con el zumbido de las calles que se filtraba a través de la ventana.

Para distraerme, llamé a Marina y a Carlota. Necesitaba mis búnkeres de cordura.

—Gabi, por favor, dime que el actor no ha salido huyendo después de la cena familiar de ayer —soltó Carlota en cuanto descolgó, con su habitual tono de directa sin filtros.

—Al revés —admití, abrazándome a las rodillas en la cama—. Se portó como un rey. Me consoló toda la noche.

—¿Consolar? ¿Por qué? ¿Discutiste con tus padres?

—Peor —solté, molesta al recordar lo sucedido—. Fue una encerrona. Incluso estaba Borja.

—¿Borja?

Les conté brevemente todo lo ocurrido.

—¡No me lo puedo creer!

—Seguro que son artimañas de Borja que les ha lavado el cerebro.

—Me da igual, no deberían haberme pedido que llevara a Gabriel.

—De eso se trataba —dijo Carlota con un suspiro—. Que Gabriel viera la diferencia que hay entre los dos. Seamos realistas, Gabi. Por mucho que pretendamos tu vida cambiará mucho si decides seguir ese camino. Ahora es todo muy bonito pero la realidad es que ni tú tienes dinero y él tampoco. Vives en su piso y

los gastos serán comunes pero nada de lujos. Nada de comer y cenar todos los días fuera o pensar en contratar a nadie…

Puse los ojos en blanco.

—No necesito nada de eso.

—No sabes cocinar.

—Aprenderé.

—Y te hartaras de cocinar, limpiar y todas esas cosas que hasta ahora no has tenido la necesidad de hacer.

—¿Me estás intentando animar o no?

—Estoy siendo realista.

—Carlota… —musitó Marina intimidada.

—¿Qué? Somos amigas, mi deber es celebrar las fiestas, estar ahí cuando se me necesita y ser sincera cuando debo. Soy la primera en animar su relación pero eso no significa que siendo realistas las cosas van a ser difíciles.

—Sé que serán difíciles pero aún así pienso intentarlo. No digo que todo será perfecto ni que no habrá problemas pero lo resolveremos poco a poco y decidiremos las cosas llegado el momento.

—De acuerdo —aceptó Carlota—. Esa es la actitud.

Me mordí el labio.

—Pero en realidad está raro, chicas.

—¿Quién? —se interesó Marina—. ¿Borja?

—Ese sigue siendo igual de imbécil que siempre —gruñí—. ¡Me refiero a Gabriel!

—Ah…

—Esta mañana se ha ido vestido de traje, superformal, y anoche le escuché hablar por teléfono de forma muy críptica sobre asentar la cabeza y cosas muy raras con su padre. Creo que la

humillación en el Via Veneto le ha hecho buscar ayuda en su familia y me siento terriblemente culpable.

—A ver, Gabi, no saques conclusiones —me frenó Carlota—. Si el chico tiene un plan, déjale actuar. Nosotras nos centramos en lo tuyo: ya tengo los contratos listos para desvincular tu marca de joyería de las cuentas de tus padres y salvarla de las deudas. Lo conseguiremos.

—Y yo ya tengo vistas un par de cajas de mudanza en el taller para cuando quieras que vayamos a por el resto de tus cosas —añadió Marina con entusiasmo—. ¡Estás a un paso de tu nueva vida!

Colgué la llamada sintiendo un sutil alivio. Tenía a las mejores amigas del mundo y, por primera vez, un plan propio. Fui a la cocina, me preparé un café —esta vez sin quemar la cafetera y orgullosa después de las palabras de Carlota, apuntando mentalmente que debía decírselo a mi amiga y anotarme un punto— y me dispuse a pasar la tarde intentando diseñar nuevos bocetos para mi colección.

Eso siempre me había gustado. No solo había sido una idea de negocio, sino una manera de conectar y relajarme. Mis amigas hacían yoga. Yo diseñaba.

No estoy segura de cuántas horas pasaron. Eran casi las ocho de la tarde cuando el cielo al otro lado de la ventana empezó a teñirse de tonos rosados. Llevaba horas concentrada en mis bocetos de joyería, intentando mantener la mente alejada del móvil y de la misteriosa ausencia de Gabriel. El nudo de culpabilidad en mi estómago seguía ahí, pero el dibujo de un nuevo collar de plata me había servido de anestesia temporal.

Me desesperecé despacio, estirando los brazos por encima de la cabeza y solo miré hacia el teléfono, relegado a una esquina de la mesa de la cocina cuando empezó con su vibración estridente.

Miré la pantalla y el pulso se me paró en seco. Victoria Uría. Mi madre.

Por un momento pensé en no responder. Aparté la mirada de la pantalla y volví a clavarla en los folios pero una vez se terminó la llama no tardó en volver a sonar con la misma vibración estridente y con mala cara, alargué la mano y lo cogí.

Deslicé el dedo por la pantalla con una mezcla de cansancio y rabia, preparándome para otra ronda de insultos o exigencias de que recapacitara y empezará a organizar la boda con Borja. ¡Pues que constara que no pensaba ceder! ¡Ni un poco!

—¿Sí, mamá? —solté con una marcadisima nota de fastidio—. Si vienes a recordarme la solvencia de Gabriel, lo rápido que correré de vuelta y lo maravilloso que es Borja… te ahorro el tiempo, ya...

—¡Gabriela! ¡Gabriela, por el amor de Dios, escúchame! —el grito de mi madre al otro lado de la línea fue tan agudo y desesperado que me obligó a apartar el auricular de la oreja. Estaba completamente histérica, sin rastro de su habitual frialdad—. ¡Tienes que venir ahora mismo al hotel! ¡Es un desastre absoluto, tu padre está a punto de desmayarse en mitad del reservado!

—¿De qué estás hablando? ¿Qué hotel? —pregunté, poniéndome en pie de un salto, contagiada por el pánico real de su voz.

—¡Al hotel donde se iba a firmar la alianza de los astilleros! —exclamó mi madre, hiperventilando—. El todopoderoso empresario internacional, el hombre con el que tu padre lleva meses suplicando una reunión para salvar las empresas navieras... ¡ha venido en persona! Tu padre estaba atacado de los nervios por la firma... ¡y resulta que el magnate ha venido acompañado de su hijo! ¡De su único heredero!

—¿Y a mí qué me importa el hijo de ese magnate, mamá? —gruñí, perdiendo la paciencia—. Tengo mis propios problemas. Te recuerdo que me habías lanzado a la lista negra y…

—¿Por qué no nos lo habías dicho desde el principio? —me interrumpió mi madre, obligándome a cerrar la boca.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo iba a saber yo quién es el hijo de quién? ¡Yo no conozco a nadie de esa empresa!

¿De qué hablaba ahora? ¿Ahora también era mi culpa si un contrato no se formalizaba como mi padre quería? ¡Esto ya era de locos!

—¡No te hagas la tonta, Gabriela! ¿Sabes lo mal que lo está pasando tu padre después de lo mal que trató al muchacho?

Me llevé una mano a la sien y empecé a masajearla lentamente.

—Mamá —dije despacio con el límite de la paciencia rozando peligrosamente—. No tengo ni idea de lo que estás hablando pero por lo visto a papá debe gustarle despreciar a más de un tipo de persona. Que lo hubiera pensado antes y no vengáis ahora culpándome a mí de las cosas. Ahora sí no te importa tengo que seguir trabajando. Ya sabes, las cosas normales que hacen las personas para sobrevivir.

—¡Que es él, Gabriela! ¡Es ese muchacho tuyo! ¡El actor! ¡Tu Gabriel es el heredero de la fortuna de los Salas y del título de los condes de Sants! —gritó mi madre, completamente histérica a través del teléfono—. ¡Ven ya, Gabriela, que tu padre no puede ni respirar!

La pantalla del móvil se quedó en negro en mi mano cuando mi madre colgó sin respirar. Me quedé petrificada en mitad de la cocina, con la boca abierta, el corazón dándome vuelcos salvajes y las palabras de Gabriel de la tarde anterior resonando en mi cabeza: «Mi familia es asquerosamente rica...».

—No, espera…

Apreté el teléfono con fuerza, como si necesitara algo sólido donde apoyarme para no caerme.

¿No había mentido? ¿Entonces no había sido un intento por hacerse el chulo preocupado por la actitud de mis padres?

Solté el móvil y apoyé las manos en la superficie de la mesa.

Los condes de Sants…

—Hay que joderse…

Capitulo 21

Si el trayecto en taxi desde el piso de Gabriel hasta el hotel hubiera durado cinco minutos más, habría atravesado la mampara de plástico del conductor con mis propios dientes. Iba encogida en el asiento trasero, con las manos apretadas contra las rodillas y el cerebro funcionando a mil revoluciones por segundo. Las palabras de mi madre seguían retumbando en mis oídos como una descarga de artillería pesada: «¡Tu Gabriel es el heredero de la fortuna de los Salas y del título de los condes de Sants!».

Recordé, con una mezcla de vergüenza y asombro, la conversación de la tarde anterior en el sofá de su piso. Me había dicho con total naturalidad que su familia era asquerosamente rica y que venía de un linaje con títulos nobiliarios. ¡Y yo me había reído en su cara! Le había llamado mentiroso y le había ofrecido buscar un puesto de camarera en el Born para sacarnos adelante. Dios mío, y yo dándole lecciones de supervivencia económica al único tipo capaz de comprar la mitad de los astilleros de mi padre con un chasquido de dedos.

Pero el asombro no tardó en transformarse en una punzada de pánico al recordar la conversación que había tenido Gabriel la madrugada anterior con su padre. ¿No significaba que aceptaba las condiciones que su padre le había impuesto? ¿No sé había distanciado de su familia para poder dedicarse a lo que le gustaba y prácticamente había sido repudiado como me había pasado a mí? Él había aceptado las condiciones de su padre, había decidido asentar la cabeza y asumir un puesto de lo que fuera y que sin duda odiaba solo por mí. Por asegurar un futuro. Por mí, el alma libre que tanto presumía y enorgullecía de haberse comprado un piso diminuto con su propio dinero, con el que él había ganado, no con el de su familia, estaba dispuesta a encerrarse en una oficina y a renunciar a su verdadera pasión por el cine. Se me llenaron los ojos de lágrimas, no de rabia, sino de una emoción tan honda y dolorosa que me costaba respirar.

El taxi se detuvo con un frenazo seco frente a la imponente fachada iluminada del hotel de lujo de la zona alta. Bajé volando, ignorando al botones, y crucé el vestíbulo de mármol a zancadas, directa hacia el reservado principal del restaurante.

Al empujar las puertas dobles de madera, la estampa que me encontré superó cualquier comedia romántica que hubiera visto en mi vida.

En la cabecera de la enorme mesa imperial, presidida por copas de cristal y cubertería de plata, estaba sentado un hombre de unos sesenta años, con un traje oscuro impecable, el pelo canoso perfectamente peinado hacia atrás y un aura de poder absoluto que hacía que el salón entero pareciera suyo. A su lado, con una postura rígida pero impecable, vestiendo un traje de diseño que le sentaba como a un auténtico príncipe y con una calma gélida en sus ojos verdes, estaba Gabriel.

Frente a ellos, mis padres parecían dos estatuas de sal. Arturo Uría, el todopoderoso magnate que dos días antes amenazaba con dejarme en la indigencia, estaba blanco como el papel, sosteniendo un vaso de agua con una mano tan temblorosa que el cristal tintineaba contra sus anillos. Mi madre mantenía la boca entreabierta, alternando la mirada entre Gabriel y el maletín de contratos de la alianza internacional de astilleros como si estuviera presenciando la misma virgen que se le apareció a Bernadette en Lourdes.

Me hubiera echado a reír en otras circunstancias.

—¡Gabriela! ¡Por fin llegas! —exclamó mi madre con un hilo de voz, levantándose a medias de la silla, completamente descompuesta.

Gabriel se puso en pie en el acto al verme entrar. Su mirada verde se suavizó, perdiendo esa frialdad y me sostuvo la mirada con una mezcla de disculpa y determinación absoluta.

—Buenas noches, jefa —dijo, con esa voz profunda y ronca que, a pesar del traje de miles de euros, seguía siendo mía—. Llegas

justo a tiempo para la firma del acuerdo.

Mi padre tragó saliva con una dificultad espantosa, mirando a Gabriel con un respeto y un miedo que jamás le había visto procesar ante ningún ser vivo.

—Señor... Señor Salas... —balbuceó mi padre, con la voz completamente rota—. Nosotros... no teníamos ni la más mínima idea de que el hijo del conde de Sants fuera... el joven del que Gabriela nos presentó. Les ruego que disculpen las... imprecisiones de la cena del Via Veneto. Ha sido un lamentable error por nuestra parte.

El padre de Gabriel soltó una carcajada apoyando los brazos en la mesa.

—No se preocupe, señor Uría. Mi hijo siempre ha tenido una preocupante tendencia por hacer lo que le da la gana —enarqué una ceja al escuchar las palabras desenfadadas del padre de Gabriel aunque sin duda mi padre se puso aún más blanco de lo que ya estaba—. Pero veo que su hija ha sido la única capaz de hacerle entrar en razón y asumir sus responsabilidades, centrarse y volver a la familia. Por mi parte, el contrato de la alianza queda aprobado, siempre y cuando se garantice la total independencia y el bienestar del futuro hogar de los muchachos.

No aguanté más. La cabeza me iba a estallar. Caminé a zancadas hacia la mesa, agarré a Gabriel firmemente del brazo y clavé mis ojos en los suyos.

—Tú y yo nos vamos al baño ahora mismo —le espeté en un susurro furioso, arrastrándolo fuera de la mesa antes de que mi padre terminara de desmayarse sobre el carpaccio de buey.

Empujé la pesada puerta de mármol del baño del restaurante con una fuerza que casi la hace golpear contra la pared. Metí a Gabriel hacia el interior de un tirón y me aseguré de girar el pestillo interior con un golpe seco. El silencio de los lavabos privados nos envolvió de golpe, interrumpiendo las disculpas temblorosas que mi padre seguía balbuceando desde el reservado.

Me di la vuelta sobre mis talones, cruzándome de brazos y clavando mis ojos en los suyos. Gabriel estaba apoyado contra la encimera de granito negro, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. La camisa blanca impecable le resaltaba el bronceado y esa sonrisita traviesa y misteriosa volvía a dibujarse lentamente en la comisura de sus labios carnosos.

—¿Se puede saber qué cojones significa todo este espectáculo, Gabriel? —le espeté, con la voz temblando por una mezcla de adrenalina, alivio y desconcierto—. ¿El hijo del conde de Sants? ¿El heredero de la corporación que va a salvar los astilleros de mi padre? ¡Casi le da un síncope a mi familia ahí fuera! ¡Me has estado mintiendo desde el primer momento en que nos chocamos en la agencia!

Gabriel exhaló un suspiro hondo, sacando las manos de los bolsillos para dar un paso largo hacia mí. Sus ojos verdes brillaban con una seriedad inquietante bajo los focos del baño.

—Jefa, yo no te he mentido en nada —murmuró con esa voz profunda y ronca que me había hecho estremecer desde la primera vez—. Te lo dije ayer por la tarde. Te confesé que mi familia era asquerosamente rica y que venía de un linaje con títulos nobiliarios. Fuiste tú la que se partió de risa en mi cara, me llamó mentiroso y se ofreció a trabajar de camarera para sacarme adelante.

Me quedé muda un segundo, recordando la escena con una oleada de vergüenza. Tenía toda la razón. Me lo había dicho y yo me lo había tomado a broma pero, siendo realistas, ¿quién se lo hubiera tomado en serio?

—Eso... eso da igual ahora —titubeé, intentando recuperar mi coraza mientras sentía que el corazón me martilleaba con fuerza contra las costillas—. Lo que me importa es lo que escuché la otra noche en el pasillo de tu piso. Te escuché hablar con tu padre de madrugada. Dijiste que aceptabas sus condiciones, que ibas a asentar la cabeza y asumir un puesto en su corporación. Gabriel... tú odias ese mundo. Renunciaste a tu fortuna, te fuiste a vivir con tu abuela y te rompiste los cuernos metro a metro en la agencia solo

por defender tu libertad y tu pasión por el cine. ¡No puedes tirar tu vida por la borda y encerrarte en una oficina por mi culpa! ¡No quiero que renuncies a tus sueños por mí!

Gabriel acortó los últimos centímetros que nos separaban. Me agarró suavemente por las muñecas, con un agarre firme pero increíblemente tierno que me hizo soltar un suspiro ahogado, obligándome a mirarle directamente a los ojos.

—Escúchame bien, Gabriela —susurró, inclinándose tanto que su aliento me acarició el rostro—. No estoy renunciando a nada. Cuando me fui de casa, lo hice porque pensaba que el cine era lo único que le daba sentido a mi vida. Pero estos días… me he dado cuenta de una verdad mucho más grande. El cine era un sueño bonito y lo ha sido durante unos años pero tú... tú eres mi realidad. No tengo que renunciar a mis sueños, jefa, porque mi único y verdadero sueño ahora mismo eres tú. Y estoy dispuesto a vestir de traje todos los días de mi vida y a negociar con el tiburón de tu padre con tal de asegurar nuestro futuro y no dejarte ir jamás.

—Nos acabamos de conocer, Gabriel…

Gabriel sonrió y me agarró las manos.

—Es verdad y el futuro es incierto. No te prometo que será siempre bonito o para toda la vida, pero ahora mismo siento que eres lo más valioso que me ha pasado en la vida y estoy dispuesto a cualquier cosa por ti.

Me quedé completamente desarmada. Las lágrimas que tanto había intentado contener volvieron a asomar a mis ojos, pero esta vez no eran de rabia ni de humillación. Eran de pura alegría. Tener a este hombre imponente frente a mí, vestido con un traje que costaba una fortuna, confesándome que yo era su único sueño real, me vació la cabeza de cualquier duda que pudiera tener.

—Eres un idiota integral, Salas —susurré, con la voz rota, rodeándole el cuello con los brazos—. Un idiota maravilloso. Me da igual tu título de conde de Sants y las empresas de tu padre. Te quiero a ti.

—Lo sé, jefa. Por eso he montado todo este circo —murmuró con una sonrisa traviesa, acortando el último milímetro de distancia.

Su boca se estrelló contra la mía con una ferocidad salvaje que me borró el sentido común en un pestañeo. El beso fue profundo, húmedo, cargado de la adrenalina de la cena de negocios y de una necesidad física asfixiante que no entendía de nada. Gabriel me agarró firmemente por las caderas con sus manos grandes, empujándome de espaldas contra la pared de azulejos oscuros del baño. Su cuerpo robusto cayó sobre el mío como una losa de calor, y el contraste entre la seda fina de mi vestido azul marino y la dureza de su traje de sastre me provocó un fuerte estremecimiento..

Le abrí los labios al instante, respondiendo a su voracidad con la misma desesperación, enredando mis dedos en su pelo hasta desordenárselo por completo. Gabriel soltó un gruñido ronco y bajó una de sus manos por mi muslo, tirando de la falda hacia arriba con urgencia.

—Da igual que lleve corbata o que firme contratos millonarios, Gabriela —susurró contra mi boca, jadeando, mientras sus labios descendían por mi mandíbula hasta morder suavemente mi cuello—. En este baño, en el Raval o donde sea, sigo siendo el mismo idiota que te vuelve loca. Y pienso demostrártelo ahora mismo.

—¿En serio? —lo provoqué sin dejar de besarlo.

Gabriel solo respondió con algo parecido a un gruñido y yo reí sobre su boca, entre besos y beso; me subió sobre la fría encimera de granito negro, separando mis piernas con un movimiento suave pero firme que arrugó mi vestido de seda azul marino en mi cintura. Yo estaba cegada, desesperada por sentirlo, y mis dedos se adelantaron a desabrocharle los botones del pantalón con una urgencia que me hacía temblar las manos.

—Gabriel... Dios, nuestros padres están a diez metros —gemí contra su boca, pero la advertencia murió en un suspiro cuando él se

deshizo de mis braguitas, deslizándolas hábilmente hacia abajo y dejó que quedaran colgando de uno de mis tobillos.

—Que esperen, jefa. Hoy las normas las ponemos nosotros —susurró con una voz ronca, rota por la excitación, justo antes de clavarse dentro de mí de manera profunda, firme y salvaje.

Solté un grito ahogado que apagué mordiéndole el hombro, hundiéndole las uñas en la tela fina de su americana. Cada una de sus embestidas hacía retumbar mi espalda contra el gran espejo de los lavabos.

Intenté ahogar mis jadeos y gemidos, aferrándome a él con los dos brazos, moviéndonos en un ritmo frenético y asfixiante que nos llevó juntos a un clímax abrasador que nos dejó temblando, sudorosos y jadeando abrazados bajo las luces del cuarto de baño.

—¿Lo habías hecho alguna vez en un baño? —me interesé aún con la respiración acelerada sin apartar los brazos de su cuello.

—No… —murmuró con voz ronca, besándome el cuello y yo solté un pequeño quejido de placer—, pero siempre hay una primera vez.

Me reí.

—Nuestros padres están fuera.

Gabriel gruñó como protesta.

—Dejalos.

—Se estarán preguntando qué estamos haciendo…

—Seguro que se lo imaginan.

Volví a reír, negándome a imaginarme a mi madre pensando en lo que estaría haciendo su adorable hija.

Apenas dos minutos después, tras arreglarnos la ropa a toda velocidad con dedos torpes y risas nerviosas, salimos del baño. Gabriel se recolocó la chaqueta, me cogió de la mano con firmeza y regresamos a la mesa.

Nuestros padres nos miraron en absoluto silencio. El padre de Gabriel sonreía con aprobación; el mío, todavía pálido, firmó los documentos de la alianza naviera con una sumisión que no le había visto en la vida, mientras mi madre asentía con la cabeza, dándose cuenta de que su caprichosa hija acababa de pescar, sin querer, al heredero más codiciado de toda España.

Epílogo

El sonido rítmico de las olas del Mediterráneo rompiendo contra las rocas de la Barceloneta se filtraba por el balcón abierto de nuestro nuevo piso. Hacía exactamente un año desde que entré como una mujer caprichosa y desesperada en la oficina de TalentBCN dispuesta a comprarme un novio de alquiler, y hoy, la realidad superaba con creces a cualquier guión de comedia romántica que hubiéramos intentado ensayar.

Estaba de pie en la cocina, descalza y vistiendo únicamente una camisa blanca de Gabriel tres tallas más grande, removiendo el café en dos tazas de cerámica. A mi lado, sobre la barra de madera flotante, descansaban los bocetos de mi nueva colección de joyería. Ya no dependía de los barcos de mi padre ni de sus fondos corporativos. Con la ayuda legal de Carlota y el apoyo creativo de Marina, mi marca había empezado a despegar con fuerza por mérito propio. Cada pieza distribuída y vendida sabía a una libertad que el dinero de los Uría jamás habría podido comprar.

Unos brazos robustos y calientes me rodearon la cintura por detrás, pegando mi espalda contra un pecho desnudo que conocía de memoria. Gabriel hundió su nariz en mi cuello, aspirando mi aroma con un suspiro profundo que me provocó un escalofrío delicioso por toda la espina dorsal.

—Buenos días, jefa de mi vida —murmuró con esa voz ronca de recién levantado que seguía pareciéndome igual de fascinante que la primera vez—. Huele delicioso. Veo que la vida como persona normal te está sentando de maravilla.

—Buenos días, conde Salas —sonreí, girándome entre sus brazos para colgarme de su cuello y clavar mis ojos en los suyos—. He aprendido a usar la cafetera sin quemar el edificio, deberías darme una medalla.

Gabriel soltó una carcajada, esa risa traviesa que me había enamorado entre los setos de Horta y las luces rojas del Born.

Llevaba el pelo castaño completamente alborotado y húmedo y unos pantalones cortos de lino. Había aceptado el puesto en la empresa de su padre, vistiendo de traje de lunes a viernes para asegurar nuestro futuro, pero en cuanto pisaba nuestro piso de la Barceloneta, volvía a ser el alma libre y rebelde que me pertenecía por completo.

—¿Sabes qué estaba pensando mientras me duchaba? —dijo, rozando mi labio inferior con el pulgar con una lentitud exasperante.

—¿Qué? —me interesé intentando morderle el dedo pero él lo apartó a tiempo, sonriendo.

—Nuestros nombres —explicó poniendo los ojos en blanco—. La primera vez creí que era una coincidencia divertida. Tú Gabriela, yo Gabriel... Pero eso no fue una casualidad. Eso fue una encerrona del destino en toda regla. Estábamos condenados a encontrarnos… y a destrozar los planes de tu padre desde el primer segundo, por supuesto —su donrisaxse ensanchó—. Hubiera sido terrible que terminaras casada con ese tipo… Borja.

Me eché a reír, agarrandolo de la cinturilla del pantalón para atraerlo un poco más hacia mí.

—O tal vez el destino sabía que yo necesitaba a un actor insolente que me enseñara a besar de verdad… y un poco de la vida —le pinché, dándole un sutil mordisco en la mejilla.

Gabriel sonrió y me rodeó con un abrazo, hundiendo su rostro en mi pelo mientras nos mecíamos suavemente al ritmo de las olas que se escuchaban de fondo.

—Un año, jefa... —susurró contra mi oído, con su voz ronca volviéndose increíblemente dulce—. Un año desde que me diste aquel contrato absurdo.

Enarqué una ceja.

—¿Absurdo?

Gabriel sonrió reconciliador.

—¿Te acuerdas de las cláusulas? No enamorarse, mantener la distancia profesional, ser convincentes ante los focos...

—Creo que las incumplimos todas antes de llegar al segundo día —me reí bajito, apoyando la frente en su hombro desnudo, disfrutando del calor reconfortante de su piel—. Fuimos los peores profesionales de toda la historia.

—Al contrario, fuimos los mejores —corrigió él, separándose apenas unos centímetros para acunar mi rostro entre sus manos grandes y cálidas. Sus ojos verdes me miraban como si yo fuera el único tesoro valioso—. Actuamos tan bien que terminamos construyendo una verdad indestructible. Míranos ahora. Tus padres cenan con los míos sin tirarse los trastos a la cabeza, tu marca de joyería se vende en las mejores tiendas de la ciudad por tu propio talento y nosotros... nosotros compartimos el desayuno todas las mañanas en el sitio más bonito del mundo.

Miré por encima de su hombro hacia el balcón. El sol de la mañana terminaba de romper sobre el horizonte tiñendo el cielo de un rosa y un dorado espectaculares que se reflejaban en los cristales de nuestro salón. Sobre la mesa del comedor había un jarrón con una única rosa blanca, idéntica a la que me había llevado al piso de Sarrià aquella primera noche de nuestra farsa.

—A veces tengo miedo de despertarme y darme cuenta de que todo esto sigue siendo parte de una farsa, Gabriel —admití en un susurro, sintiendo un nudo en el pecho—, que despertaré y descubriré que solo es un sueño.

—Si esto es un sueño, reina, te prometo que no pienso despertar —respondió él, inclinándose despacio para sellar sus palabras con un beso, un beso, tierno que caldeó mi interior lo suficiente como para que todas las dudas y los miedos desaparecieran de golpe.

El timbre sonó con una insistencia que Gabriel y yo nos separamos compartiendo una sonrisa cómplice. Solo había dos personas en toda Barcelona capaces de asaltar nuestra fortaleza a las nueve de la mañana de un sábado sin previo aviso.

—Yo abro, jefa —rio Gabriel, dándome un tierno beso en la frente antes de ponerse una camiseta de punto blanca y caminar hacia el recibidor.

—¡Felicidades al primer aniversario de la parejita! —el grito de Marina retumbó en el pasillo en cuanto la puerta se abrió.

Entró como un torbellino, vestida con un mono vaquero lleno de manchas de pintura de su taller (sin duda un hábito que había tomado por costumbre y que las primeras semanas había desesperado a Carlota, negándose a qué las vieran juntas en público) y cargando una enorme caja de pasteles de la pastelería Hoffman. Detrás de ella, impecable como siempre con un traje de chaqueta de lino verde oliva y sus gafas de sol sobre la cabeza, Carlota avanzó con una botella de champán helado en la mano.

—A ver, pareja —soltó Carlota, dejándola sobre la encimera de la cocina junto a mis bocetos de joyería—. Jurídicamente hablando, vuestro contrato de alquiler simulado venció hace trescientos sesenta y cinco días. Así que hemos venido a comprobar si el nuevo régimen de gananciales reales funciona o si tengo que redactar unas capitulaciones de urgencia.

—Funciona de miedo, letrada —respondió Gabriel, rodeándome de nuevo por la cintura mientras yo les servía unas copas de champán para brindar—. La jefa ya no quema las cafeteras y yo he aprendido a doblar las sábanas sin protestar. Es una convivencia modélica.

Marina se sentó en una de las banquetas altas, devorando un cruasán de frambuesa con los ojos brillando de felicidad.

—¡Ay, Gabi, un año! Es increíble cómo ha cambiado todo. Por cierto, ayer me crucé con tu padre.

—¿Con mi padre?

—Me dijo, de forma muy sutil, que está encantado con los nuevos diseños de tu colección de plata y que... bueno, que Gabriel es el mejor yerno que ha podido tener en toda su vida. ¡Lo tenéis completamente ganado!

Carlota levantó su copa de champán, mirándonos con un cariño genuino y sacudió la cabeza, agarrando hábilmente las gafas que se le deslizaron de la cabeza.

—Se llama el triunfo del amor, Marina. Brindemos por los Gabrieles. Porque engañaron a todos que el amor siempre triunfa sobre el mal.

—¡Exagerada! —reí.

Chocamos las copas en mitad de la cocina y seguimos hablando y celebrando hasta q ue mis amigas se fueron.

Gabriel y yo bajamos a la playa de la mano, descalzos, sintiendo la arena todavía tibia bajo las plantas de los pies. El paseo marítimo bullía con el murmullo de la gente, pero abajo, junto a la orilla del mar, el mundo parecía ensordecer para dejarnos espacio a los dos. Caminamos en silencio, dejando que las olas nos lamieran los tobillos, disfrutando de esa paz que habíamos construido en ese año.

Gabriel se detuvo de golpe, obligándome a girar para quedar frente a él. Me rodeó la cintura con sus manos y me atrajo hacia su cuerpo. El viento de la tarde le revolvía el pelo castaño, y sus ojos verdes brillaban. No pude evitar sonreír.

—¿Sabes qué, jefa? —murmuró rozando mi frente con la suya —. Si hace un año me hubieran dicho que al final mi vida iba a dar este giro no me lo hubiera creído. Pero hoy no cambiaría ni una sola coma de nuestra historia.

—Yo tampoco, Salas —respondí en un susurro, sintiendo una inmensa calidez en el pecho—. Fuiste el peor novio de alquiler que una hubiera podido contratar, pero terminaste siendo el amor de mi vida.

—Por supuesto que lo soy —bromeó, sonriendo.

Puse los ojos en blanco sin poder evitar sonreír también y

agarrándolo de la camiseta, tiré de él y lo besé.